

Capítulo LVII.

Diplomacia sentimental.

I.

Después de construir el fuerte de Santo Domingo y de dejar en él una guarnición, se encaminó Bartolomé con Hernando de Guevara al hermoso país de Xaragua con el objeto de visitar á Anacaona.

Aquella pintoresca provincia ocupaba la mayor parte de la costa oriental de la isla, cerca del cabo Tiburon, dilatándose por el Sur hasta la isla que más tarde se llamó de la Beata.

La invasion de los españoles no habia llegado hasta allí, y Bartolomé deseaba, por medio de su amistad, y si no era posible por medio de la guerra, avasallar tambien aquel territorio.

Para la paz podia servirle grandemente la influencia que ejercia sobre Anacaona Hernando de Guevara.

II.

Al efecto, trató con la mayor consideracion al jóven oficial, y esta benevolencia para con él aumentó el ódio que le profesaba Francisco Roldan, porque aun no habia olvidado que el amante de Higuanamota habia defendido á Anacaona cuando trató de seducirla, y le habia llevado preso á la colonia.

Mientras Roldan con los descontentos fraguaba la conspiracion, Bartolomé con su ejército se dirigia á los dominios de Anacaona.

Para no infundir temor á los indios, que creyéndose próximos á sufrir la suerte de los habitantes de Marien y de la Vega, huian amedrentados, envió á Hernando para que trasmitiese á Anacaona las supuestas noticias que el almirante habia enviado.

III.

Púsose el jóven esposo de la india el collar de guaninos que debia salvarle de todo ataque por parte de los indigenas, y ginete en un brioso alazan, partió al encuentro de la reina.

La insignia que llevaba al cuello hacia que los indios, en vez de huir, al verle se acercasen y le ofreciesen toda clase de servicios.

Guevara conocia el camino, y se dirigió á la morada de Anacaona.

En aquellos momentos el sol, próximo á hundir-

se en el ocaso, reflejaba sus melancólicas tintas sobre la playa solitaria, en cuya blanca arena lanzaban las olas sus últimos suspiros.

IV.

Hignanamota, sentada á los piés de su madre, y dejando á la pobre reina que jugase con sus cabellos, miraba con tristeza las luces del crepúsculo.

—¿Qué tienes, madre mia?—le preguntó la jóven india.

—Pienso en tu pobre padre.

—¿Temes por él?

—¡Oh, sí!

—¿Olvidas que los españoles han prometido devolvérnosle pronto?

—¡Quién sabe si habrá podido sufrir el peso de sus cadenas!

—¿No has oído á mi amado Hernando las maravillas que cuenta de su patria? Allí hay poderosos reyes, que viven en magníficos palacios, que tienen muchos servidores vestidos con ricos trajes y adornados con oro y piedras preciosas. Tal vez, habiendo llegado á su noticia el valor de mi padre, han deseado verle; tal vez en estos momentos se encuentre en su presencia colmado de regalos y agasajos, y no lo dudes, madre mia, mi corazon me dice que volverá, que volverá muy contento para bendecir mi union con Hernando; y cuando él vuelva libre y dichoso, renacerá la paz en nuestras ciudades, las vírgenes cantarán los

airecitos con alegría, y á estas horas, en que tanta melancolía siente nuestra alma, distraerán con sus alegres danzas nuestros tristes pensamientos.

—Tu corazon te engaña: separar á Caonabo de sus queridas selvas, de sus valientes guerreros, del amor de su esposa, de las caricias de su hija, es condenarle á muerte. ¡Dios sabe si á estas horas serás tú huérfana y yo viuda!

V.

Esta conversacion fué interrumpida por un indio, que anunció á Anacaona la llegada de Guevara.

Al oir pronunciar aquel nombre la alegría brilló en los ojos de Higuamota.

Levantándose con la ligereza de la gacela, sin escuchar siquiera las órdenes que daba su madre al indio, corrió al encuentro del bizarro caudillo, que ávido tambien de recrearse en sus ojos, le tendió sus brazos con efusion.

—¡Esposo mio!—exclamó Higuamota.

—¿No me esperabas?

—No; pero pensaba en tí, como pienso siempre, porque te amo más que á mi vida.

—Yo tambien pensaba en tí, y mi felicidad ha sido inmensa al emprender este viaje, porque las nuevas que te traigo van á llenarte de alegría.

—¿Son nuevas de mi padre?

—Sí, del valiente Caonabo.

—¡Oh! Ven, ven, que nadie te escuche.

Y con infantil ligereza condujo al guerrero hasta

donde se hallaba Anacaona, poseída de una viva ansiedad, porque el temor y la esperanza combatían en su pecho.

VI.

—Madre, madre,—exclamó la joven,—mi corazón no me engañaba: Hernando, mi buen Hernando, nos trae noticias de mi padre.

—Sí,—dijo el joven;—han llegado algunos navíos de España, y en ellos cartas de nuestro jefe el almirante. Caonabo ha llegado con él después de un viaje felicísimo, y ha sido recibido por los reyes con las mayores muestras de amistad.

—¿No me engañáis?—le preguntó Anacaona, dirigiéndole una profunda mirada.

Pero como Hernando á su vez había sido engañado, y creía de buena fé lo que contaba, ni bajó los ojos, ni se estremeció al contacto magnético de aquella escrutadora mirada.

VII.

—¡Ah! No, no me engañéis,—exclamó la reina.

—Mis soberanos,—continuó Hernando,—le han tratado de igual á igual, de rey á rey. Está allí siendo objeto de los mayores agasajos, y muy en breve volverá libre á reinar á nuestro lado. Pero no sentirá el odio que hasta ahora ha sentido por mis compatriotas, sino un verdadero afecto, y entonces cesará la guerra, los beneficios de la paz nos alcanzarán á todos

y nuestra felicidad será inmensa,—añadió, dirigiendo una mirada á Higuanamota.

—Sí, sí; bendito sea tu Dios, benditos sean tus reyes, cuando tanto bien nos dispensan.

—No es mi única misión la de comunicarte estas nuevas,—añadió Hernando, dirigiéndose á Anacaona.—Al partir el almirante dejó el gobierno de la isla á su hermano. El ha venido conmigo y con algunos soldados á visitarte. Se ha detenido en la frontera de tus dominios, y pide tu permiso para verte. Las noticias que te traigo te tranquilizarán. Yo, por mi parte, te aseguro que no es la guerra lo que quiere, sino tu aprecio.

—¿Para imponerme el tributo?

—No, para obtener tu amistad y pedirte toda clase de auxilios cuando los necesite. Esto no debe ofenderte, no debe disgustarte. Tú tienes un corazón generoso, y estoy seguro de que sin necesidad de pedirte amparo nos lo otorgarás cuando lo necesitemos.

—Tienes razón; las noticias que me has traído alejan el odio de mi alma. Mucho daño nos habeis hecho; desde que habeis llegado la tea de la discordia es el único sol que nos alumbra; pero yo os lo perdono, porque habeis respetado á Caonabo, porque me ofreceis su libertad, porque reanimais en mi pecho la esperanza de volver á verle pronto, como en los felices días en que la paz y la prosperidad reinaban en nuestro suelo.

VIII.

Anacaona era generosa.

Amaba á Caonabo con delirio.

Le habia considerado muerto, y le veia próximo á volver con nuevos títulos á la admiracion y á la obediencia de sus vasallos.

Hernando de Guevara habia inspirado una pasion á su hija.

Su hija era su ídolo.

También amaba á Hernando, y no podia creer que aquel hombre la engañase.

En aquellos momentos hubiera sido capaz de comprometerse á pagar el ominoso tributo que pagaban los indios de la Vega y de los estados de Guacanajari.

—Que venga en buen hora tu jefe á mis dominios; yo le recibiré como á un amigo de mi esposo.

IX.

Convinieron en que al dia siguiente llegaria el adelantado con sus tropas hasta el palacio de Anacaona, y la reina envió inmediatamente un emisario para que llamase á Guaorocaya y fuesen á participarle las nuevas que habia recibido.

Guaorocaya vivia á muy corta distancia de Xaragua.

Apenas conversó con el emisario, partió en busca de Anacaona.

Cuando llegó, la reina velaba esperándole.
Higuanamota dormía tranquila.
Una dulce sonrisa se pintaba en sus labios.
Veía en sueños la felicidad, porque la felicidad en
la juventud es el amor.

Capítulo LVIII.

Alegrías tristes.

I.

Anacaona manifestó á Guaorocaya las noticias que habia recibido de Caonabo, y la confianza y seguridad que tenia en ellas, por habérselas trasmitido Hernando de Guevara, unido á su hija por los más estrechos vínculos.

Guaorocaya era receloso.

Habia sufrido demasiado, habia visto las desventuras que habian caído sobre su patria desde la llegada de los españoles, y trató de sofocar en Anacaona los sentimientos generosos en que habia trocado su rencor implacable hácia los enemigos, manifestándola que su amistad con ellos era peligrosa.

—Guacanajari,—añadió,—fué el primero que salió á recibirlos á su llegada. Los colmó de agasajos, ha vendido á su patria por ellos, ha puesto sus vasa-

llos al mando del cacique de los extranjeros para luchar con nosotros, y el infeliz ha muerto bajo el peso de la más negra ingratitud.

—La Providencia le ha castigado; pero nosotros, que no hemos delinquido, que hemos luchado victoriosamente para romper el yugo que han colocado en nuestro cuello nuestros opresores, no podemos sufrir igual suerte.

—De todos modos, portándose los reyes de España con mi esposo Caonabo de una manera tan generosa, no debo yo ser ménos. Estoy resuelta á recibir al hermano de Colon y á sus soldados. Tú, Guaorocaya, que gobiernas conmigo el vasto territorio dividido antes de tus desdichas en cinco reinos, saldrás á recibir á los españoles y los conducirás hasta mi presencia, en donde quiero darles pruebas de mi buena amistad.

II.

Guaorocaya obedeció con pesar la orden de Anaona.

Bartolomé habia practicado una marcha militar.

Formaba su vanguardia la caballería, y al entrar en las ciudades ó lugares indios mandaba desplegar las banderas, que paseaba majestuosamente por ellos á tambor batiente.

Habiendo hallado durante la travesía gran cantidad de palo del Brasil, dispuso su corta, y lo fué almacenando en las cabañas indias para recogerlo á su tiempo y enviarlo á España.

Guaorocaya dispuso que al amanecer del día siguiente estuvieran prontos sus mejores guerreros para acompañarle á recibir al adelantado.

No era sólo por hacerle los honores por lo que queria llevar un numeroso séquito.

Temia una emboscada, y en todo caso queria contar con medios para resistir el primer choque de sus adversarios.

III.

Al amanecer se pusieron en marcha aquellos dos ejércitos.

No tardaron en avistarse, y Guaorocaya, mandando detenerse á sus soldados, y entregándoles sus armas, se acercó al lado de dos butios hasta el punto donde se hallaba Bartolomé.

—¿Quereis decirme,—le preguntó el adelantado,—por qué saleis á recibirme con ese formidable ejército? Las noticias que tengo de Anacanoa son pacíficas. Yo no he venido á combatir con vosotros, y me extraña la actitud amenazadora en que tú te presentas á mi vista.

—Si mis guerreros están armados,—contestó Guaorocaya,—no es para luchar con los tuyos. Vienen conmigo á hacerte los honores, y al mismo tiempo á contener á aquellos de mis vasallos que por haber sufrido mucho desde que llegásteis á nuestra isla, os odian y desean vuestro exterminio.

—Yo te agradezco la intencion, aunque no necesito de tu amparo. Bastan mis armas para contrarestar la

fuerza de los tuyos y para destruir los lazos que cautelosamente pudieras tenderme.

—Tal creo; pero puesto que no os animan intenciones hostiles, dime cuál es el objeto de tu venida.

—He oído hacer los mayores elogios de esta parte de la isla, y habiendo dominado las demás, justo es que como vecinos seamos amigos y hagamos lo posible por auxiliarnos.

—Bien venido seas entonces; á tus órdenes me tienes para acompañarte hasta el palacio de Anacaona.

IV.

La comitiva se puso en marcha, los indios formaron en dos columnas para abrir paso á los españoles, los escoltaron despues, y de todas las aldeas por donde pasaban salian los caciques á ofrecer á sus huéspedes pan de cazabe y otros muchos y raros productos de sus tierras.

Todos los paisajes que hasta entonces habian recreado la vista de los españoles parecian pálidos reflejos, torpes copias de aquellos que admiraban su vista ensanchaban su ánimo.

V.

Al acercarse á la ciudad en donde residia Anacaona, treinta mujeres de la familia de la reina salieron á su encuentro.

En su diestra agitaban hojas de palmas y, bailaban

formando caprichosas figuras, al mismo tiempo que cantaban los alegres airecitos nacionales.

Gran número de indics de todos sexos y edades salieron á recibirlos.

Las indias casadas llevaban una especie de cendal de algodón.

Las vírgenes iban completamente desnudas.

Casi todas eran bellas.

Su cútis era delicado y de un color moreno claro.

VI.

Al aparecerse á la vista de los españoles, salían de entre los árboles, y balanceándose en las orillas de los arroyuelos, parecían ninfas y driadas.

La comitiva se detuvo en una gran plaza.

En ella estaba el campestre palacio de la reina.

Las vírgenes que cantaban los airecitos llegaron adonde se hallaba Bartolomé, y doblando en tierra la rodilla, le ofrecieron los ramas de palmas que llevaban en su diestra.

VII.

Poco despues, conducida en una litera formada con ramas y flores, se presentó Anacaona, la que saludó graciosamente al adelantado, conduciéndole de la mano hasta su morada.

Allí estaba preparado un gran banquete para obsequiar á los españoles, y allí, por la primera vez, se

gun cuenta la historia, se resolvieron los españoles á comer el guanaco, manjar favorito de los indios, que hasta entonces habian mirado con aversion, pareciéndoles tan sabroso que desde entonces ocupó uno de los primeros puestos en su mesa. (U.)

VIII.

Terminado el banquete, ofreció Anacaona á Bartolomé Colon y á Hernando de Guevara blandas amacas de algodón para que descansaran.

Los demás españoles se hospedaron en las casas de los indios, donde recibieron igual ofrenda.

Por lo que pudiera suceder, habia dispuesto Colon que la mitad de sus soldados velasen, mientras la otra mitad dormian.

Anacaona preguntó á Bartolomé si eran ciertas las noticias que le habia dado Hernando de Guevara, y al verlas confirmadas experimentó una inmensa alegría.

Para festejar la venida de los extranjeros, dispuso ofrecerles el espectáculo de un simulacro.

IX.

Dió á Guaorocaya las órdenes oportunas, y al día siguiente, en la gran plaza de su palacio, se presentaron á combatir dos cuadrillas de indios armados con arcos y flechas.

Se trataba de una escaramuza militar para dis-

traer á los extranjeros; pero al combatir en su presencia se entusiasmaron tanto los indios, que abandonando poco á poco la ficción por la realidad, llegaron á pelear como si fueran enemigos.

Cuatro quedaron muertos en el campo, hubo muchos fuera de combate, y no perecieron todos, porque el adelantado y muchos de los españoles que le acompañaban pidieron que cesase la pelea.

Aquel día, mientras los caciques obsequiaban particularmente en su casa á los soldados de Bartolomé, este conversaba á solas con Guaorocaya y Anacaona.

Hernando aprovechó los momentos para hablar de su amor á Higuana-mota.

X.

La idea de que Caonabo estaba en España, despertó una viva curiosidad, un interés vehemente en los monarcas indios, por saber qué nación era aquella que enviaba á través de la inmensidad de los mares á remotos países barcos monstruosos con valientes guerreros, cubiertos de metales relucientes que les preservaban de la muerte, y Bartolomé aprovechó aquella curiosidad para hacer á los indios una pomposa descripción de la magnificencia de los soberanos que hasta allí les habían enviado.

Oíanle embebecidos Guaorocaya y Anacaona.

Las descripciones de los palacios, de los templos, de las ciudades que poseían los monarcas de España; la reseña de las batallas que reñían sus ejércitos, de

los encuentros en que tomaban parte sus más nobles guerreros; todo aquello les parecía fantástico; y Anacóna se deleitaba, particularmente pensando el mágico efecto que la realidad produciría en el ánimo de su esposa Caonabo.

—¿Por qué,—le preguntó,—por qué siendo tan poderosos vuestros reyes han querido venir hasta nuestras humildes ciudades, para dominarnos é imponer-nos la guerra primero, el tributo despues?

—Porque vosotros poseéis con abundancia lo que allí falta, el oro; pero no quieren arrebatároslo. Vosotros no le dais aquí valor alguno; las entrañas de vuestras sierras atesoran ese rico metal, cuyas partículas arrastran vuestros ríos. Pero aun cuando no se os hace daño alguno despojándoos del oro, como nuestros reyes son generosos y magnánimos, desean daros por vuestro oro lo que no teneis: religion, fé, civilizacion. Si el temor de perder la libertad por vuestra parte, y los abusos cometidos por algunos de los nuestros, no hubieran tenido lugar, ni una gota de sangre se habria derramado. Nosotros os hubiéramos protegido de vuestros enemigos los caribes, os hubiéramos brindado los beneficios que hoy ofrecen los reyes á Caonabo, y la felicidad reinaria en la isla. Para que no se turbe más el sosiego, para que no tengamos necesidad de emplear la fuerza con vosotros, ha venido á pedirnos amistad.

—¿Y á qué precio?—preguntó Guaorocaya.

—Ya lo he dicho; pagad como vuestros hermanos á la corona de Castilla el tributo, y en cambio yo os

pongo desde ahora bajo la proteccion de mis reyes.

XI.

Una triste mirada dirigió Guaorocaya á Anacaona.

No pronunció una palabra.

Pero la reina pudo leer en él esta frase: «No me habia equivocado: á nuestros hermanos los han sometido á la fuerza; con nosotros han empleado la astucia.»

—De buen grado,—repuso Anacaona,—os daríamos oro; pero en nuestros dominios no existe ese metal. Nuestros campos son fértiles; riéganlos cristalinos arroyos, y es en ellos eterna la primavera; las plantas nos ofrecen el sustento que necesitamos, las flores recrean nuestra vista, los pájaros con sus dulces melodías encantan nuestro oído, la brisa de la costa y el murmullo de los arroyos nos adormecen, criase lozano y abundante el algodón; esos árboles que con tanto afán buskais,—añadió aludiendo al palo del Brasil,—llenan con sus ramas la mayor parte de la superficie de mis estados. Pero en todos ellos no hallareis una sola partícula de oro.

—¿Y habeis pensado,—dijo Bartolomé,—que es tanta la crueldad de los monarcas de Castilla que os exijan oro cuando sepan que no lo poseeis? Den oro aquellos que lo tienen á la mano, aquellos que para nada lo necesitan. Vosotros recoged cañano, algodón, pan de cazabe; pagad con eso vuestro tributo, y será

los encuentros en que tomaban parte sus más nobles guerreros; todo aquello les parecía fantástico; y Anacaona se deleitaba, particularmente pensando el mágico efecto que la realidad produciría en el ánimo de su esposo Caonabo.

—¿Por qué,—le preguntó,—por qué siendo tan poderosos vuestros reyes han querido venir hasta nuestras humildes ciudades, para dominarnos é imponernos la guerra primero, el tributo despues?

—Porque vosotros poseéis con abundancia lo que allí falta, el oro; pero no quieren arrebatároslo. Vosotros no le dais aquí valor alguno; las entrañas de vuestras sierras atesoran ese rico metal, cuyas partículas arrastran vuestros rios. Pero aun cuando no se os hace daño alguno despojándoos del oro, como nuestros reyes son generosos y magnánimos, desean daros por vuestro oro lo que no teneis: religion, fé, civilizacion. Si el temor de perder la libertad por vuestra parte, y los abusos cometidos por algunos de los nuestros, no hubieran tenido lugar, ni una gota de sangre se habria derramado. Nosotros os hubiéramos protegido de vuestros enemigos los caribes, os hubiéramos brindado los beneficios que hoy ofrecen los reyes á Caonabo, y la felicidad reinaria en la isla. Para que no se turbe más el sosiego, para que no tengamos necesidad de emplear la fuerza con vosotros, he venido á pedir os amistad.

—¿Y á qué precio?—preguntó Guaorocaya.

—Ya lo he dicho; pagad como vuestros hermanos á la corona de Castilla el tributo, y en cambio yo os

pongo desde ahora bajo la proteccion de mis reyes.

XI.

Una triste mirada dirigió Guaorocaya á Anacaona.

No pronunció una palabra.

Pero la reina pudo leer en él esta frase: «No me habia equivocado: á nuestros hermanos los han sometido á la fuerza; con nosotros han empleado la astucia.»

—De buen grado,—repuso Anacaona,—os daríamos oro; pero en nuestros dominios no existe ese metal. Nuestros campos son fértiles; riéganlos cristalinos arroyos, y es en ellos eterna la primavera; las plantas nos ofrecen el sustento que necesitamos, las flores recrean nuestra vista, los pájaros con sus dulces melodías encantan nuestro oído, la brisa de la costa y el murmullo de los arroyos nos adormecen, criase lozano y abundante el algodón; esos árboles que con tanto afán buscáis,—añadió aludiendo al palo del Brasil,—llenan con sus ramas la mayor parte de la superficie de mis estados. Pero en todos ellos no hallareis una sola partícula de oro.

—¿Y habeis pensado,—dijo Bartolomé,—que es tanta la crueldad de los monarcas de Castilla que os exijan oro cuando sepan que no lo poseéis? Den oro aquellos que lo tienen á la mano, aquellos que para nada lo necesitan. Vosotros recoged cañano, algodón, pan de cazabe; pagad con eso vuestro tributo, y será

á los ojos de los reyes tan meritorio como los que mayor cantidad de oro les proporcionen.

Esta declaracion alejó de la frente de Anacaona la nube de tristeza que la creencia de tener que pagar el tributo en oro habia formado.

—En ese caso,—dijo,—cuenta tambien con nuestro tributo. Asimismo daré orden á todos mis caciques para que al terminarse el plazo te ofrezcan el tributo que nos exigis amistosamente.

XII.

A partir de aquel momento, las negociaciones de Bartolomé habian terminado.

La política aconsejada por su hermano Cristóbal empezaba á dar frutos.

¡Ah! Si todos sus agentes hubieran sido como Bartolomé, acaso acaso no se hubiera derramado en las vírgenes llanuras del Nuevo Mundo la sangre de sus habitantes, y aquella sangre no habria regado las semillas de la venganza, que aun hoy fructifican.

Despidiéndose de Anacaona, resolvió volver con su ejército á la Isabela.

XIII.

Hernando estrechó más y más los vínculos que le unian á Higuana-mota.

—Seré tuyo hasta la muerte,—le dijo.

La jóven india estaba segura de su juramento.

—¡Que Vagoniana bendiga á los españoles,—exclamó Anacaona, viéndolos partir y olvidando los poderosos motivos que tenía para odiarlos.

—¡Ay de nosotros! ¡Ay de nuestra raza! —murmuró Guaorocaya, retirándose triste y abatido á su palacio, que ya le parecía una tumba.

Capítulo LIX.

Mayabonex.

1.

En la colonia encontró Bartolomé el reverso de la medalla.

Volvia muy satisfecho por el triunfo que acababa de obtener su diplomacia; pero al llegar á la Isabela, la escasez de víveres por una parte, y por otra las maquinaciones de sus adversarios, le hicieron olvidar su triunfo, para entregarse á la desesperacion.

Pocos eran los que no se hallaban enfermos, y estos pocos se lamentaban de la escasez de víveres.

Los que yacian postrados en el lecho reclamaban á toda prisa medicinas.

Muchos de los colonos, ó por pereza ó por enfermedad, habian dejado de cultivar los campos, y la miseria, el hambre, el malestar, constituian la fisonomía de aquella agrupacion de europeos.

Gran parte de los indios que estaban al servicio de los colonos se habían escapado, refugiándose en las montañas.

II.

Convencidos de que había oro en la isla, todo su afán era adquirir aquel metal, sin pensar en que podían muy bien llegar á verse como el héroe de la célebre fábula, que obtuvo como gracia especial el que se le volviera oro todo lo que cogía.

Los españoles, como aquel, iban á ver, por no cultivar los campos, convertido en oro el pan que necesitaban para vivir.

Como el almirante no volvía ni enviaba provisiones; como Diego Colon, débil de carácter, vivía retirado por evitar un choque con los descontentos, á quienes capitaneaba Roldan; como Bartolomé, por último, cumplía las órdenes de su hermano, estableciendo fortalezas, fundando la colonia de Santo Domingo, tratando con los caciques que aun no estaban sometidos, cobrando el tributo de los que lo estaban; creyéndose los colonos víctimas de la ambición de los tres hermanos, Roldan y los agentes de Fonseca veían engrasar sus filas con los que no tenían bastante discernimiento para comprender quiénes eran sus verdaderos amigos y quiénes sus adversarios.

III.

Una de las cosas que más afligia á los españoles era no tener buques.

Con ellos podrian partir algunos á reponerse, á buscar víveres, á dar cuenta de la situacion en que se hallaban; pero la ausencia de toda clase de embarcaciones los tenia desesperados.

Para calmar un tanto su ansiedad y alentar sus esperanzas, mandó Bartolomé construir dos carabelas.

Mientras se fabricaban, internó en la isla á los colonos aptos para trabajar ó batirse, y al efecto estableció una cadena de fuertes militares entre el nuevo puerto de Santo Domingo y la colonia.

Estos fuertes constaban de cinco casas fuertes, rodeadas de chozas.

IV.

Hallábase el primero á nueve leguas de la Isabela, y tomó el nombre de la Esperanza.

Seis leguas despues se levantó el de Santa Catalina.

Cinco leguas de este el de Santiago, á igual distancia del de la Concepcion, que ya estaba construido al pié de las montañas del Cibao, y en la Vega Real, próximo á la residencia del desgraciado cacique Guarionex, al que habia reemplazado un hermano suyo, llamado Mayabonex.

No quedaron en la Isabela más que los enfermos, algunos cuantos soldados para defenderla en caso de un ataque, los calafates y operarios que construian los buques, Diego Colon, algunos otros empleados y el alcalde mayor Francisco Roldan.

V.

El adelantado, con el grueso de su ejército y lo más florido de la colonia, se trasladó á Santo Domingo.

Allí, procediendo á la explotacion de las minas de Hayna, pensó aguardar la vuelta de su hermano para dirigirse al departamento del Xaragua á cobrar el tributo.

De su propósito le distrajo una grave noticia que recibió algun tiempo despues.

VI.

Los indios de la Vega Real, no escarmentados aún con el castigo que habian sufrido los que á las órdenes de Guarionex habian querido apoderarse del fuerte de la Concepcion, intentaban apoderarse de nuevo de esta fortaleza.

El capitan del fuerte pedia auxilio, porque habian entrado en la conspiracion gran número de indios, y no contaba con suficientes elementos para contrarestar su empuje.

Vamos á ver lo que habia pasado.

VII.

Despues de la muerte de Guarionex, le habia sucedido en el mando Mayabonex, hermano menor de

aquel, y de carácter más enérgico y valeroso que el desgraciado esposo de Imbila.

Los misioneros, entre los que se hallaba el padre Roman Pane y el fraile franciscano Juan Borgoñon, volvieron á la Vega, despues de convertir al cristianismo á Higuanamota y á la hija de Guarionex, que estaba enamorada de Diego, el intérprete lucayo, y continuaron propagando la verdadera doctrina entre los indios.

Habian ya catequizado á una familia, cuyo jefe cambió su nombre por el de Juan Mateo.

Pero lo que más deseaban los frailes era convertir á Mayabonex, el cual, conociendo el poder los españoles, aparentó prestarse á sus deseos.

Aprendió algunas oraciones, y dispensó una gran proteccion al indio convertido Juan Mateo.

Los indios estaban indignados.

VIII.

Como sucede siempre en estos casos, los butios, guardadores y sacerdotes de la primitiva religion de los indios, veian con pena el entronizamiento del cristianismo en sus costumbres religiosas.

Cada uno de los indios que se dejaba catequizar era un súbdito ménos, porque la religion de los indios, como todas las religiones idólatras, convertia en verdaderos soberanos á los sacerdotes con solo atribuirles la inspiracion y el trato íntimo con los dioses ó tzimes.

No podían ver con calma los buenos resultados de la predicación de los misioneros, y cuando se informaron de que Mayabonex, su soberano, rezaba con frecuencia las oraciones que le habían enseñado los misioneros, y estaba pronto á renunciar á su religion para abrazar el cristianismo, se alarmaron profundamente, pusieron en juego los poderosos medios con que contaban para evitar que sus ídolos rodasen á los piés del tabernáculo y fuesen reemplazados por el sublime signo de la Redencion.

Juzgaban mal á Mayabonex.

Tan astuto como valeroso, no creia haber llegado aún la hora de emplear la fuerza, y empleaba la astucia.

Fingia oir con admiracion á los religiosos, y aprendia con facilidad las oraciones que le enseñaban, se instruia perfectamente en los misterios de la religion cristiana; pero no por eso olvidaba un solo instante el culto que debia á sus ídolos, ni dejaba de consultar á su tzimes protector, para que le diese á conocer el rumbo que deberia seguir y le marcase la hora de abandonar la astucia por la fuerza, para caer sobre los opresores de su patria y libertarla del yugo.

IX.

Referí á su tiempo que Guarionex y los suyos, irritados por la alevosa conducta de Barahona, conducta que dió por resultados el suicidio de Imbila, presa de horrible indignacion, hicieron mil pedazos la sa-

grada imagen de la Virgen, que el misionero Roman Pane les habia dado como un simbolo de las numerosas ideas religiosas que adoptaba.

Aquel sacrilego atentado recibió el condigno castigo; pero era necesario, para satisfacer á los misioneros, que los indios, no ya venerasen una imagen sagrada en el secreto de su hogar, sino que tuviesen una capilla, donde concurriesen á cumplir sus deberes cristianos.

Destinaron al efecto una de las chozas más espacia-
sias, y en ella colocaron los frailes un altar con Crucifijo y un busto de la Inmaculada.

X.

La familia de Juan Mateo se encargó de su cuidado, y con el consentimiento de Mayabonex comenzaron á recorrer las aldeas próximas, para establecer en todas ellas nuevas capillas y extender el culto católico.

Juan Mateo los acompañaba, y aunque en el fondo de su alma sentia una profunda indignacion su soberano por su perfidia, aparentaba protegerle, sin perjuicio de castigarle cuando llegara el dia de la venganza.

Pero temeroso de que la debilidad de algunos de los indios descubriese sus intenciones, se guardó de revelar sus íntimos pensamientos á sus vasallos, y continuó apareciendo á sus ojos como un apóstata, tan digno de recibir el castigo como Juan Mateo.

XI.

No era posible resistir por más tiempo aquel despotismo.

Podían muy bien los que habían tenido la fortuna adversa en el momento de la lucha someterse al dominio de los extranjeros, y pagarles, aunque dolorosamente, el ominoso tributo que les habían impuesto.

Podían soportar el peso de sus duras penas siempre que tuvieran libertad de conciencia, siempre que pudieran en el fondo de su alma hallar un consuelo á sus desventuras en la adoración de sus ídolos.

Pero desde el momento en que los españoles querían extender su influencia hasta en sus sentimientos; desde el instante en que querían hacerles olvidar su religión, la religión de sus padres, la que habían inculcado á sus hijos, para profesar otra nueva, lo cual era cometer una apostasía, sus cadenas les parecieron más duras, más ominosa su esclavitud, más insufrible el despotismo de sus enemigos, y había llegado para ellos la hora de romper el yugo ó de morir como buenos, defendiendo sus creencias y su fé.

XII.

Los butios aprovecharon aquel movimiento, aquel impulso que debía dar fuerza á los débiles y convertir en héroes á los más timoratos.

—¡Guerra á muerte á los españoles que quieran

imponernos su religion! ¡Guerra á muerte á Mayabonex, nuestro rey, por que los escucha y los obedece! ¡Guerra á muerte á Juan Mateo, porque ha roto los lazos que le ligaban con nosotros!

XIII.

Este fué el grito de guerra.

Esta fué la exclamacion unánime, la voz de alarma, que sin pronunciarla los labios resonó en el corazon de todos.

Los caciques y los butios se reunieron en secreto para tramar la conspiracion que debia dar por resultado el cumplimiento del deseo que habian escrito en su bandera de rebelion.

Capítulo LX.

Profanacion.

I.

Despues de celebrar algunas reuniones con el indicado objeto, acordaron negar toda clase de víveres á los españoles, aprovecharse de la ocasion para asesinar á los que fueran solos ó no pudieran defenderse por ir en menor número que sus adversarios, alejar á la familia de Juan Mateo, penetrar en su capilla, destruir las imágenes, enterrar los pedazos, acometer la fortaleza de la Concepcion, incendiarla y destruirla, matar á todos los españoles que habia en la Vega, y defenderla de la invasion de sus compatriotas cuando acudiesen á vengarlos.

II.

El sentimiento religioso es el que más pronto arma el brazo de un pueblo.

Las páginas de la historia están ensangrentadas con las innumerables guerras que las creencias religiosas han suscitado en la humanidad.

No representa entonces cada soldado un número reunido á otro número para formar un guarismo considerable.

Cada soldado es allí una familia, un hogar.

No pelea el soldado por conquistar para su soberano un pedazo de tierra, por lavar la mancha que otra nacion ha arrojado en el honor nacional.

Tampoco le alienta la esperanza del botin.

Todos estos móviles son pequeños, mezquinos, deleznales, comparados con el que agita el brazo del guerrero, ora sea en los campos del Asia, cubierto con la blanca capa y la cruz roja, ora en las ciudades de Alemania con la acerada cota de malla, ora en Francia durante la horrible noche de San Bartolomé, ora en España disputando paso á paso á la Media luna sus conquistas de siete siglos.

III.

En otras luchas, el guerrero que triunfa espera el premio en la corona de laurel que dá el mundo.

En estas el soldado busca frenético la muerte, porque el premio que le aguarda es la gloria eterna.

Sabe que si muere, aunque deje una viuda, unos huérfanos, la Providencia será su amparo.

Sabe que su muerte será una ejecutoria para sus hijos y para su esposa.

¿Qué extraño es que la tímida oveja se convierta en egregio león?

IV.

Impulsados por estos sentimientos, se aprestaban los indios á realizar su plan.

Los viveres escaseaban ya.

Los pocos soldados que guarnecian la fortaleza de la Concepcion no se alejaban de ella.

La familia de Juan Mateo abandonó un día la capilla para acudir á un falso llamamiento de su jefe.

Llegó la noche, y los caciques fueron penetrando en la choza sagrada para borrar las huellas que hubiesen dejado en ella los enemigos de su religion.

Todos fueron penetrando cautelosamente y colocándose en torno de las paredes formadas con yerba.

V.

—¿Estamos todos?—preguntó uno.

—No, faltó yo,—dijo una voz.

Y al mismo tiempo se presentó entre los caciques Mayabonex.

Todos le miraron horrorizados.

La palabra traicion asomó á sus lábios.

Pero no se atrevieron á pronunciarla.

Conocian lo bastante á Mayabonex para comprender que, habiendo sido descubiertos, les esperaba un tremendo castigo.

Todos enmudecieron.

VI.

—¿Temblais? ¿Enmudeceis?—preguntó Mayabonex, paseando su brillante mirada por el cónclave.—¿Pensais que soy vuestro enemigo, habeis dudado de mí, porque para asegurar mi venganza he fingido acceder á los ruegos de los extranjeros? No debia perdonaros; debia castigar vuestra duda, porque con ella me ultrajais. Pero nuestros bravos son pocos todavía, y no sólo os perdono, sino que vengo á asociarme á vosotros.

Aquellas palabras asombraron á los caciques.

—¿Tú,—dijo uno,—tú vienes á ayudarnos?

—¿Aún lo dudais? Ved cuáles son mis intenciones.

Y dirigiéndose al altar, arrojó al suelo las imágenes.

VII.

Todos le miraban con una ansiedad indescriptible. Blandiendo su macana, hizo mil pedazos aquellas efigies.

—¿Dudais ahora de mí?—exclamó.

—No, no,—gritaron todos.—Perdónanos por la ofensa que te hemos hecho, pero para mostrarte nuestra sagacidad, escucha nuestros planes y sé tú quien nos guíe á realizarlos.

—Es inútil; conozco vuestros intentos. Las efigies yacen convertidas en pedazos, y para que no los encuentren los misioneros, vamos ahora mismo á enter-

rarlos profundamente en los alrededores de la cabaña. De aquí saldremos á reunir nuestras tropas para atacar el fuerte, y en breves dias, ó habremos muerto todos, ó habremos alejado para siempre á los extranjeros de nuestro suelo.

VIII.

Sus órdenes fueron obedecidas.

Los caciques recogieron los fragmentos de las imágenes y los sepultaron en la tierra.

Dispuestos á dar el golpe, acordaron por consejo de Mayabonex aguardar la época en que debian pagar el tributo, porque entonces podian reunir gran número de indios sin excitar sospechas de ningun género.

Los españoles de la fortaleza de la Concepcion comprendieron que se tramaba algo contra ellos, y por lo que pudiera suceder enviaron un emisario al adelantado.

Capítulo LXI.

Historia de un cuento.

I.

Una circunstancia, que nada tiene de extraordinaria, habia hecho creer á los indios que los papeles que usaban los españoles para comunicarse entre sí hablaban.

Aun á riesgo de repetir un cuento muy conocido, voy á manifestar á mis lectores el motivo en que los indios fundaban esta creencia.

Sabiendo es que los españoles tenian á su servicio algunos indios.

Un colono quiso obsequiar con media docena de plátanos á un su amigo, que se hallaba en una de las fortalezas.

Al efecto los colocó en una canastilla y le escribió una carta manifestándole que le enviaba seis plátanos.

II.

Envió al indio, y este por el camino se comió la mitad, no presentando más que tres á la persona que recibió el obsequio.

Entrególe los tres plátanos con la carta y le observó atentamente.

—Este papel me dice,—exclamó el obsequiado,—que debes entregarme seis plátanos. ¿En qué consiste que sólo me traes tres?

El indio, aterrorizado, confesó la verdad y pidió humildemente perdon.

III.

A partir de aquel momento no dudó de que el papel hablaba.

Contó lo que le habia pasado á sus compatriotas, y se generalizó la creencia.

Hé aquí el motivo por el cual vigilaban los indios coaligados para destruir á los que defendian la fortaleza de la Concepcion, y registraban á todos los españoles que salian de ella, temiendo que llevasen algun papel que enterase al adelantado de lo que pasaba.

Pero el jefe del fuerte, de acuerdo ya con Bartolomé Colon, escribió en un papel sus temores y guardó aquella carta sin que nadie lo viese en el hueco de una caña.

Poco despues llamó á un indio de los que estaban á su servicio.

—Vé á entregar esta caña á nuestro jefe de la Isabela,—le dijo,—y de paso le manifiestas que estamos muy tranquilos y que nada hay que temer de los indios de la Vega Real.

IV.

El indio partió con el recado.

En el camino se le acercaron sus compatriotas.

Antes de hacerle ninguna pregunta, observaron á ver si llevaba escondido algun papel, y despues de convencerse de que no lo llevaba, le preguntaron el objeto de su viaje.

Mucho se alegraron al saber la equivocada creencia que tenia el jefe de la fortaleza acerca de sus propósitos, y les pareció que el viaje del indio era mucho más ventajoso para ellos que para él.

Dejáronle en libertad, recomendáronle que cumpliera la orden que habia recibido, y se aprestaron al combate.

V.

La conjuracion tomó cuerpo.

Mayabonex celebró algunas entrevistas con Guao-rocaya, y de acuerdo con Umatex, el jefe de los ciguayos, convinieron en que antes de pagar el tributo, reunidos en gran número, darian el golpe decisivo.

El indio no encontró en la Isabela á Colon, y fué inmediatamente á buscarle á Santo Domingo.

Al ver la caña, comprendió que le comunicaban

alguna orden grave, y no tardó en saber los temores del jefe de la fortaleza de la Concepcion.

VI.

Desplegando su habitual energía, salió inmediatamente para la fortaleza con las tropas que pudo reunir, y á marchas forzadas llegó en el momento más oportuno.

Millares de indios ocupaban la llanura armados y dispuestos para empezar el combate.

Era necesario sorprenderlos, y sobre todo apoderarse de los caciques.

VII.

Despues de llegar sin ser visto á la fortaleza Bartolomé Colon, y aprovechando la oscuridad de la noche, salió de pronto del fuerte, llegó á las aldeas cuando todos sus moradores estaban entregados al sueño y se disponian para emprender el ataque al dia siguiente, se apoderó de los caciques, la voz de alarma cundió, los indios huyeron despavoridos, Guaorocaya, Umatex y Mayabonex se dirigieron precipitadamente para ponerse en salvo al departamento de Higuey, y lograron los españoles destruir los planes de los indios, sometiéndolos de nuevo y aprisionando á los caciques principales, motores de la conjuracion.

Entonces supo el sacrilegio que habian cometido, y la admiracion de los indigenas no tuvo límites cuan-

do vieron que en el paraje en donde habian enterrado las efigies brotaron plantas, cuyos frutos crecieron milagrosamente tomando la forma de cruces. (V.)

VIII.

Averiguó Bartolomé quiénes eran los que habian concebido y ejecutado aquel crimen, y no pudiendo apoderarse de Mayabonex, condenó á muerte á los dos caciques que una parte más activa habian tomado en la conspiracion, y perdonó á los otros, despues de oir sus promesas de su sumision y lealtad.

La Vega quedó pacificada, y el adelantado, que tenia que ir al departamento del Xaragua á recibir el tributo, aplazó para su vuelta la ejecucion de los dos caciques condenados á muerte.

Mientras él con los suyos se dirigia á los dominios de Anacaona, el infame Roldan, unido con los descontentos, fraguaba otra conspiracion, cuyo resultado podia ser el asesinato de Bartolomé.

Capítulo LXII.

Donde verá el lector indios buenos y españoles malos.

1.

Si cariñosa y afable habia sido la acogida que Anacaona y sus vasallos dispensaron á Bartolomé Colon cuando fué por la primera vez á los estados de Xaragua, no ménos afable y sincera fué la que en el segundo viaje halló en la ilustre reina.

Treinta y dos caciques aguardaban al adelantado.

Cada uno de ellos debia entregarle la parte de tributo que correspondia á los indios de su tribu.

El algodón que iban á ofrecerle ocupaba cinco ó seis chozas de las más grandes.

Además les ofrecieron gratuitamente todo el pan de cazabe que desearon, lo cual era entonces mucho más apreciable para Bartolomé que el algodón y el oro, puesto que los víveres escaseaban en la colonia,

y con aquel refuerzo pudo acallar la impaciencia de los estenuados españoles.

II.

Envió Bartolomé un emisario á la Isabela con la noticia de lo que le habia pasado, y dió orden para que una de las carabelas que estaban ancladas fuese por mar hasta la costa de Xaragua, con el objeto de trasportar el algodón y los víveres.

El tiempo que pasó mientras el mensajero llevó la orden y llegó la carabela, fueron los europeos objeto de las mayores atenciones por parte de los indios.

No sólo Anacaona, sino hasta los caciques inferiores quisieron obsequiarles, y continuamente asistían á banquetes, entreteniendo su aburrimiento con danzas y cantares.

III.

Al fin llegó la carabela, que ancló á seis millas de la residencia de Anacaona, y esta dispuso que sus vasallos condujeran el algodón y los víveres hasta la playa.

Debía partir el adelantado con los españoles en la carabela, y Anacaona quiso visitarlos.

Queriendo saludarla con los honores de reina, mandó Bartolomé disparar un cañonazo.

Era la primera vez que oía aquel estruendo la esposa de Caonabo.

A pesar de su entereza, se impresionó tan viva-

mente, que cayó desmayada en los brazos de Bartolomé.

IV.

Mandó este entonces á los escasos músicos que iban á bordo que ejecutasen algunas marchas, y no tardó en trocarse el miedo de los indios en sorpresa y deleite.

Al despedirse de Anacaona le hizo Bartolomé muchos regalos, despachó á la carabela y fué por tierra con algunos soldados á la Isabela.

Aquel viaje de Bartolomé fué muy provechoso para los asuntos de España.

Formó alianzas con los más poderosos caciques, y logró de ellos la promesa de pagarle tributo y adquirir víveres bastantes para formar almacenes y atender con más puntualidad á las necesidades de la colonia.

V.

Con la alegría del éxito que alcanzaban sus negociaciones llegó hasta á olvidarse del atentado cometido por los indios de la Vega, y de que dos caciques aguardaban su llegada para perecer en el cadalso.

Compasivo con los débiles, se habia calmado su indignacion, y llegó á la fortaleza en donde estaban los prisioneros muy predispuesto á perdonarlos.

Sin embargo, creian los descontentos capitaneados por Roldan que perecerian en la hoguera, por haber profanado las imágenes divinas, y deseosos de lle-

var á cabo su plan, mientras Bartolomé recogia el tributo de los habitantes del departamento de Xaragua, Roldan habló á los suyos, se cercioró de que podia contar con ellos, y lo dispuso todo para tender una emboscada al adelantado en el momento en que asistiera á la ejecucion de los caciques; matarle, hacer sufrir la misma suerte á su hermano Diego, levantar la bandera de la insurreccion y fundar todos estos actos en su amor á la paz y la prosperidad de la isla, en su deseo de salvar la honra y los intereses de los reyes de España.

La Providencia es justa.

VI.

Los conjurados convinieron en que cuando estuviese el pueblo reunido para presenciar la ejecucion armasen un tumulto los descontentos, aprovechando la conmocion para acercarse á Bartolomé y clavar en su pecho un puñal.

Al efecto, sin el consentimiento de Diego abandonaron los conjurados la colonia para acercarse á los alrededores del fuerte de la Concepcion, en donde deberia levantarse el cadalso.

Pero Bartolomé perdonó á los caciques, conmutándoles el suplicio por el pago de un crecido tributo, y la conjuracion abortó.

VII.

Desesperados los secuaces de Roldan, volvieron á la Isabela á participarle lo que pasaba.

No era Roldan hombre capaz de desistir por aquella contrariedad de su empeño.

Necesitaba un pretexto, y lo halló.

La carabela que por orden del adelantado habia ido á la costa de Xaragua para trasladar á la Isabela el tributo de los habitantes de aquellos estados llegó al puerto de la colonia, y Diego, con arreglo á las instrucciones que tenia, mandó que el cargamento se trasladase á tierra, y que se quedase en la playa la carabela.

Esta resolucion demostraba plenamente que tenian que renunciar los colonos á su esperanza.

VIII.

Desesperados al ver que no tenian embarcaciones para trasladarse á España, habian acallado sus quejas desde el momento en que se empezaron á construir los dos buques por orden del adelantado.

Pero cuando vieron que el que estaba concluido carecia de la arboladura necesaria para emprender un largo viaje á través del Océano; cuando le vieron en la playa, su desesperacion creció de punto.

Roldan fomentó aquel malestar.

IX.

—¿Veis cómo se confirman mis sospechas?—dijo á los descontentos.—¿Veis cómo he adivinado los planes de los hermanos de Colon? Mientras nosotros no

escarmentemos, seremos sus esclavos. Hoy se oponen á que la carabela vaya á la corte de España á dar noticia á los reyes de nuestro mísero estado, porque temen que lleve la noticia de su tiránica conducta, porque saben que cuando conozcan los soberanos nuestros padecimientos, nuestros apuros, les exigirán la responsabilidad, perderán todo su prestigio, y quedarán completamente arruinados.

—Pues no tiene maldita la gracia que seamos sus víctimas.

—Eso es lo que yo digo.

—Algun medio habrá de obligarles á que satisfagan nuestros justos deseos.

—Dos hay: uno que debemos emplear por más que parezca estéril, la súplica; otro que será sin duda alguna eficaz, la rebelion.

—Pues acudamos á uno y otro.

—En mi concepto, lo que procede es que vayais á ver á don Diego para pedirle que bote al agua la carabela, y que la envíe á España con los enfermos, pidiéndole los auxilios que necesiteis.

—No aceptará.

—Eso es lo que podemos desear. Entonces, como vemos mejor que ellos el peligro que nos amenaza, como tenemos la obligacion de salvar los intereses de nuestros reyes, yo seré el primero que levante la bandera de la rebelion, yo seré el primero que me oponga á sus desatentados proyectos; y si me seguíis todos, como espero, si logramos imponerle nuestra voluntad, cesarán los desórdenes, cesarán los apuros, y

cuando ellos caigan en el abismo que han abierto á sus piés con el orgullo que les domina, nosotros, habiendo salvado los intereses de España, podremos presentarnos ante los reyes á recibir el premio.

—Sí, sí; eso debe hacerse.

—¿Podré contar con vosotros?

—Hasta la muerte.

—Pues en ese caso, id unos cuantos en comision á hablar á don Diego.

—Guíanos tú.

—Ya sabeis que existen entre los dos grandes enemistades.

—No importa: tú eres nuestro jefe, natural es que nos acompañes.

—Por mi parte no me niego.

—Pues en marcha.

—En marcha.

X.

Y Roldan, seguido de algunos de los más atrevidos y descontentos colonos, se dirigió al admirantazgo, y pidió una entrevista al que hacia allí las veces del almirante y del adelantado.



Capítulo LXIII.

Los rebeldes.

I.

Recibióles Diego Colon con su acostumbrada afabilidad.

—Venimos á quejarnos,—le dijeron,—de la triste situacion á que nos tienen reducidas las órdenes que habeis dictado.

—¿Qué quereis?—preguntó Diego.

—Despues de lo mucho que hemos sufrido,—dijo Roldan,—hemos trabajado con ánsia para la conclusion de la carabela, creyendo que una vez terminada y botada al agua, nos serviria para llevar á España á los enfermos, noticiar al gobierno nuestro triste estado, pedir recursos y mejorar de suerte. Pero no ha sido así. La carabela ha hecho un viaje satisfactorio, ha regresado con el tributo de Xaragua, y en vez de permanecer á flote, ha sido por orden vuestra condu-

cida á la playa, lo que quiere decir que estais resuelto á que la colonia sea un cementerio.

—Os engañais, Roldan,—dijo Diego.—Si á costa de mi vida pudiera mejorar vuestra condicion y la mia, la sacrificaría gustoso, porque sé que de este modo complaceria á mi hermano el almirante, y complacerle es mi único deseo. Yo seria el primero que dispondria la partida del buque para la metrópoli, si hubiera las condiciones necesarias para emprender tan largo viaje. Pero carece de ellas, no tiene arboladura. Autorizar el viaje, equivaldria á sentenciar á sus tripulantes á perecer desastrosamente en el fondo del mar.

—Difícil es la costa que ha recorrido, y sin embargo, ha salvado todas las dificultades.

—Pero no es lo mismo navegar por una costa que atravesar el Océano.

—De cualquier modo, la responsabilidad no seria vuestra.

—¿Cómo quereis que yo condene á una catástrofe á los que considero como hermanos míos? Tened paciencia; soportad con resignacion los sacrificios que el deber os impone.

—Hace ya mucho tiempo que esperamos.

—Servís á vuestro rey, á vuestra patria.

II.

—Decid más bien,—exclamó uno de los más au-

daces,—que servimos al almirante, que os servimos á vos.

—Si la desesperacion no disculpara hasta cierto punto ese lenguaje, no mereceríais siquiera que os contestase.

—Lo cierto es que el almirante hace ya mucho tiempo que partió, y no vuelve.

—No será por su causa.

—Desde que llegaron las embarcaciones al mando de Pedro Alonso Niño, no ha vuelto ninguna otra.

Carecemos de víveres, no tenemos buques, y si los informes del investigador Aguado han prevenido á los reyes en contra del almirante, y le han hecho caer en desgracia; si han llegado á convencerse de lo estériles que son los sacrificios que se hacen en este ingrato suelo, ¿no pueden muy bien abandonarnos por completo?

—No lo creais: si la calumnia hubiera triunfado, que no habrá podido triunfar, los reyes se hubieran apresurado á enviar embarcaciones para que regresáramos á España.

—¿Y si las han enviado y se han perdido?

—Se hubiera sabido el siniestro, y aun á costa de los mayores sacrificios, habrían enviado una nueva escuadra para sacarnos de aquí.

—La prudencia aconseja que envieis una de las dos carabelas, al ménos á dar cuenta en España de nuestro triste estado.

—Eso de ningun modo.

III.

—Pues bien, en ese caso,—dijo Roldan, resuelto á jugar el todo por el todo,—permitidme que os hable con franqueza. En vano tratais de alucinarnos. Vos y vuestros hermanos aspirais seguramente á hacernos víctimas de vuestras intrigas.

—¿Qué decís?

—No me retracto; y si no dais la orden de que parta la carabela, es por que temeis que los que en ella vayan os acusen. Los que no son culpables nada temen.

—Callad y retiraos.

—Es que...

—Dad gracias á que conozco y deploro lo angustioso de vuestra situacion, y que atribuyo, más que á desobediencia, á hondo pesar la causa que os mueve á hablarme de esa manera desmedida. Podria castigáros, pero os perdono. Emplead esa fuerza, ese vigor en sufrir con resignacion los padecimientos de que todos participamos.

IV.

Todos se retiraron murmurando, y Diego, que comprendia por la actitud de Roldan su pensamiento, careciendo de la suficiente energía para asustarle y contenerle, en cuyo caso habria sofocado la rebelion, creyó que lo que debia hacer era separarle de sus amigos, y al efecto le mandó á llamar.

Era ya tarde.

Roldan, despues de separarse de Diego, habia hablado á sus prosélitos.

V.

—Al fin son extranjeros los Colones,—les dijo;—rebelémonos contra su dominacion; arrebatemos de sus manos las riendas del gobierno, y si, como presumo, nos han dejado abandonados, apoderándonos de la isla, viviremos en ella algun tiempo en sabrosa paz, servidos por los indios, y atesorando el oro suficiente para poder enriquecernos y fabricar las carabelas necesarias para abandonar estas tierras y regresar á cualquier punto de Europa donde podamos disfrutar de nuestro tesoro.

Estas brillantes esperanzas sedujeron á los incautos y á los descontentos, y todos juraron obedecerle.

Por fortuna de la buena causa, no eran todos los habitantes de la colonia, y especialmente los que defendian los puertos militares, los que pensaban de esta manera.

VI.

Como he dicho, Diego llamó á Roldan.

—Tengo que comunicaros una órden importante,—le dijo;—se trata de salir á la Vega para atemorizar á algunos indios que se niegan á pagar el tributo, y esta mision no puede desempeñarla más que un hombre de toda mi confianza. Pero necesito que antes me asegureis que las palabras que habeis pronun-

ciado hoy mismo en mi presencia han sido dictadas por el despecho, y que me jurais fidelidad.

Roldan vió en aquella proposicion una gran facilidad para la realizacion de sus planes.

VII.

Acudiendo á su habitual hipocresía, manifestó al almirante que, si le habia hablado de aquel modo, habia sido instigado por sus amigos; pero que podia estar seguro de su lealtad.

—En ese caso, voy á poner á vuestra órden cuarenta hombres, y esta misma tarde partireis á la Vega.

Roldan designó á los que debian acompañarle.

Fué, en efecto, á desempeñar la mision que le habia confiado Diego, y una vez en la Vega, en lugar de amedrentar á los indios, procuró coaligarse con los caciques, se puso de su parte, asegurándoles que tenían razon al no querer pagar el tributo; acusó de tiránica la dominacion del almirante y de su hermano, y le ofreció, para que le ayudase en su empresa, dulcificar su suerte, si, como esperaba, se ponía al frente de la colonia.

VIII.

No tardó en adquirir la seguridad de que los soldados que le acompañaban, y los caciques con los vasallos de sus tribus, le ayudarían en su empresa, y contando con estos elementos se encaminó de nuevo á la colonia, seguro de que no tardaría en apoderarse de

ella con la cooperacion de los muchos colonos partidarios suyos.

IX.

Al dirigirse á la Isabela supo que habia llegado el adelantado; pero sin mucha gente, porque la habia dejado en Santo Domingo.

Bartolomé era más temible para él que Diego.

Pero contaba con muchos recursos, y no temió en arrostrar su indignacion.

Le mandó una comunicacion, suplicándole que fuera á celebrar con él una entrevista á las inmediaciones de la Isabela.

Acudió, en efecto, á la cita, porque tenia noticias de su actitud, y queria con su energia cortar el vuelo que le habia hecho tomar la debilidad de su hermano.

Roldan le manifestó que habia hecho lo posible para obligar á los caciques á pagar el tributo; pero que estos habian pedido próroga al negarse á satisfacerle.

X.

Resuelto como estaba á obedecer las órdenes de Diego, procuró ver si sus soldados estaban dispuestos á obligar á los caciques á cumplir por fuerza con sus deberes.

Pero todos se mostraban reacios, y aseguraban que si no partia á España una de las carabelas, desobedecerian por completo á todos sus jefes.

—Por el contrario,—añadió,—si consentís que la

carabela zarpe, mis soldados se comprometen á botarla al agua.

Bartolomé contestó con una profunda negativa.

—Ni vuestros soldados saben las maniobras necesarias para botar al agua el buque, ni yo puedo consentir que una carabela de sus condiciones haga un viaje tan largo. [De consiguiente, aseguralles en mi nombre que la carabela permanecerá donde está, y que si no obedecen haré con ellos un ejemplar castigo.

—Por mi parte,—dijo Roldan,—emplearé toda mi influencia; pero la creo inútil.

—Pues empleadla,—dijo Bartolomé,—porque os conozco demasiado, sé los proyectos que abrigais, y el primero que sufrirá el castigo sereis vos.

Y sin decir más se separó de Roldan.

XI.

Notando este que habia traslucido sus designios, y comprendiendo que no eran bastante firmes sus amigos de la Isabela para resistir la influencia del adelantado, resolvió buscar otro paraje más seguro para dar principio á la insurreccion, fundándola en el despotismo del adelantado.

Contaba con sesenta hombres armados y aguerridos, y confiaba en que se agruparian bajo su bandera otros sesenta más de todos los descontentos de la isla.

Su plan fué sorprender el fuerte de la Concepcion, apoderarse de él, captarse la amistad de los caciques de la Vega eximiéndoles de pagar el tributo, y no du-

daba que en posesion de aquel punto estratégico, y ayudado por los naturales del país, podria desafiar impunemente las iras del adelantado.

XII.

Como los españoles estaban diseminados en muchas de las aldeas indias, tanto para vigilarlas como para restablecerse de sus enfermedades, fué recorriendo todas á fin de hacer prosélidos.

Al mismo tiempo que á los españoles, catequizaba á los indios.

Engrosadas sus filas, hizo un tratado de alianza con uno de los caciques más poderosos, que habiéndose convertido al cristianismo, habia tomado el nombre de Diego Marqués, en cuya poblacion estableció Roldan su cuartel general.

Era un gran punto, por estar muy próximo á la fortaleza de la Concepcion.

XIII.

Mandaba las fuerzas de este punto el capitan Miguel Ballester, hombre experimentado y valeroso.

Apenas se acercó Roldan á la fortaleza, se encerró en ella, dispuesto á defenderla á toda costa.

No se desanimó Roldan.

Dirigiéndose á la ciudad en donde habia tenido su palacio Guarionex, conferenció con el capitan García de Barrantes, que estaba en ella al frente de treinta soldados para guarnecerla.

Al acercarse, imitó este militar á Miguel Ballester.

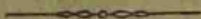
Se encerró en el palacio del cacique, no permitió á su tropa trato de ningun género con los descontentos, y desoyó las súplicas y las amenazas de Roldan.

XIV.

Desesperado este, le amenazó con incendiar la casa.

Los rebeldes se opusieron á ello, porque García de Barrantes era muy querido, á causa de su valor y su noble carácter.

Roldan se apoderó de los víveres que habia en la ciudad, y se encaminó al fuerte de la Concepcion, dispuesto á apoderarse de él.



Capítulo LXIV.

Negociaciones de Bartolomé Colon con los rebeldes.

I.

La noticia de la insurreccion capitaneada por Roldan llegó instantáneamente á conocimiento del adelantado.

Su primer pensamiento fué perseguirlos, darles una batalla y castigarlos.

Pero desconfiaba de la lealtad de sus soldados, y por otra parte ignoraba si la conspiracion tenia ramificaciones en toda la isla.

No tardó en saber que Adrian de Mogica y Pedro de Valdivieso, personas de alto linaje, que desempeñaban cargos importantes, se habian coaligado con Roldan.

Diego de Escobar, capitan del fuerte de la Magdalena, estaba tambien á su lado.

II.

Bartolomé tuvo noticia de esto, y temió que el capitán de la fortaleza de la Concepcion estuviera de acuerdo con él.

Pero Miguel Ballester le envió un emisario de toda su confianza, manifestándole que pereceria en la fortaleza antes que entregarla á los insurrectos.

Estas noticias alentaron á Bartolomé, y como comprendia que necesitaria pronto socorro, partió con un destacamento, y muy en breve llegó á la fortaleza antes que los rebeldes.

III.

Roldan habia acampado toda su gente á media legua de la Concepcion, y Bartolomé le envió un oficio acriminando su conducta, manifestándole los desastres á que iba á dar lugar, y comunicándole su formal resolucion de combatir con él, aun á riesgo de dar un triste espectáculo á los indígenas y de tener el sentimiento de derramar sangre española en aquel país, donde todos debian ser hermanos.

Como era posible que se pusieran de acuerdo, le ordenaba que se presentase ante la fortaleza, prometiéndole, bajo su palabra de honor, su seguridad personal.

IV.

Bartolomé, que no sabia el número de soldados que capitaneaba Roldan, empleó en su comunicacion formas corteses, y esto por una parte, y por otra el convencimiento que tenia el jefe de la insurreccion de que el adelantado no faltaria á su palabra, le impulsó á ir con una escolta de seis hombres hasta el paraje que le habia indicado Bartolomé para conferenciar con él.

V.

La entrevista tuvo lugar de una manera original.

El fuerte de la Concepcion se levantaba sobre una roca, y en sus estribos se colocó Roldan.

Bartolomé se asomó á una de las ventanas del fuerte, y desde allí, á las altas horas de la noche, en una noche en que la luna iluminaba perfectamente el campo, conferenciaron aquellos dos hombres.

VI.

De su conferencia debia brotar, ó la guerra civil, ó la paz.

—Os he llamado,—le dijo Bartolomé,—sacrificando mi carácter á la conveniència, porque deseo evitar la efusion de sangre, y al empezar nuestra conferen-

cia os pido que no atribuyais á debilidad lo que es sólo en mí el deseo de evitar la ruina de la colonia, porque si los indios vieran luchar á los que han vivido hasta ahora como hermanos, se aprovecharian de nuestras debilidades para destruirnos.

—No es la culpa mia,—contestó Roldan.

—Decid por qué razon os habeis rebelado contra mi autoridad.

—Me he rebelado, porque he venido aquí á servir á los reyes de España y no á vos, porque los españoles no podemos soportar la esclavitud á que vuestra tiranía nos condena, y me han nombrado á mí para que, siendo eco de sus reclamaciones, me acercase á vuestro hermano á pedirle que mejorara su situacion.

No sólo á él, sino á vos, supliqué que se botase al agua la carabela para llevar á España noticias de la triste situación que atravesamos. Esto hubiera dado tregua á la desesperacion de los españoles, y como no habeis querido concedernos este señalado favor, lo que ha venido á demostrar más y más que teneis miedo de que se sepa en la metrópoli la conducta cruel que observais con nosotros; yo he visto en ella la verdadera destrucción de la conquista que con tanto trabajo hemos logrado, y he creido que antes que obedecer á los agentes de los reyes cuando mi conciencia me dice que se equivocan, he debido oponer resistencia, defender la causa de los que se quejan con razon, y evitar la catástrofe que nos espera. Porque, no hay duda, el almirante no vuelve; ha perdido la gracia de

los reyes, tal vez sufre en una prision el castigo á que le han hecho acreedor sus errores, y nosotros inocentes, si no conseguimos enviar una carabela á España, pereceremos aquí abandonados; muerte desastrosa que no puede aceptarse sin emplear antes los medios que aconseja la desesperacion, por terribles que sean.

VII.

Gran trabajo costaba á Bartolomé dominar la ira que sentia al escuchar en los lábios de aquel miserable acusaciones tan injustas.

—Ved lo que haceis,—le dijo,—porque me creo con fuerzas suficientes, no sólo para castigaros, sino para hacer frente á los indios que al ver nuestra lucha quisieran aprovecharse de ella para exterminarnos. Más os vale renunciar á vuestra loca empresa. Entregadme inmediatamente vuestro baston de alcade mayor, acogéos al indulto que ahora os ofrezco, y no guicéis al abismo á los ilusos que os siguen, porque mañana seria tarde, mañana saldrian las carabelas para España; pero saldrian conduciendo prisioneros á los que no hubiesen pagado aquí con su vida los atentados que han cometido.

—Siento no poder obedeceros. Nadie puede quitarme el empleo que ejerzo sin formacion de causa. No reconozco en vos autoridad suficiente para residenciarme y dictar mi sentencia. Por otra parte, no puedo someterme á vos; es seguro que si tal hiciéreis, al

caer en nuestras manos, sabiendo que cuento con elementos suficientes para poner en claro la tiranía que ejercéis con nosotros, atentariáis á mi vida, y mi vida es necesaria para los españoles que padecen y necesitan romper los lazos que les ligan á la más ominosa de las esclavitudes.

—Ved lo que haceis,—añadió de nuevo Bartolomé;—no irriteis al leon, que todavía siente alguna lástima hácia vos y los vuestros. Pensad que seria estéril y desastrosa para todos una lucha. No querrian más los indios para llamar á sus hermanos de las montañas y caer sobre nosotros.

—No por miedo, sino por reflexion, comprendo, en efecto, que la guerra entre nosotros seria funesta para todos. Pero yo no puedo someterme ni someter á los míos á vuestra voluntad. Lo único que puedo hacer hasta el momento en que elevemos al trono nuestras mútuas quejas para que resuelva, es ir á residir con mi gente al palacio que me designeis; pero con la condicion de no vivir sujetos á vuestras órdenes, de ser completamente libres.

—Sea,—dijo Bartolomé, cediendo á la presion de las circunstancias.

Y les designó un lugar en la Vega, donde podian ser útiles estorbando la comunicacion entre los indios sometidos y los rebeldes.

VIII.

Roldan manifestó obedecer; pero convencido de

que en aquel paraje no habia viveres bastantes para su gente, partió resuelto á buscar otro sitio más á propósito para vivir con la independendia que necesitaba en tanto que llegaba un nuevo gobernador, porque en vista de la tardanza del almirante, no dudaba que habria sido relevado.



Capítulo LXV.

Un hombre desalmado.

I.

La pintura que habian hecho del departamento de Xarágua los españoles que habian acompañado al adelantado para negociar el tributo primero, y despues para cobrarle, le inspiraron á Roldan el pensamiento de encaminarse con los suyos á aquella provincia, con el objeto de someterla y de establcer en ella una colonia, en que hacerse fuerte contra el adelantado.

Otro motivo obligaba á aquel hombre á querer apoderarse de Xaragua.

Sabia que reinaba en aquella hermosa provincia la reina Anacaona.

II.

Licencioso en extremo, habia querido, al acompañarla á las órdenes de Hernando de Guevara, sedu-

cirila; pero le habia sido imposible llevar á cabo su infame plan, y desde entonces no habia olvidado la hermosura de aquella mujer, aguijoneándole, para llevar á cabo la empresa que propuso á sus compañeros, el deseo de saciar su menguado apetito.

—Vamos, vamos á esa provincia,—dijo á los suyos;—aun no está sometida á los españoles, y si nos pagan tributo, si amistosamente podemos subyugarla, ya habeis oido las delicias que allí nos esperan. Los campos son más fértiles que en ninguna otra parte. Cristalinos arroyos serpentean por las verdes praderas; cómodas chozas, á las que libran de los rayos del sol las espesas ramas de los árboles, nos ofrecen delicioso descanso. Las indias son hermosas: obligaremos á los indios á que nos sirvan como esclavos, y ellas serán nuestras mancebas. Xaragua será nuestro paraíso, y una vez en poder de la provincia, podremos vivir en ella independientes, y tratar de igual á igual con el mismo almirante si volviese.

III.

Estas circunstancias no podian ménos de hacer mella en aquella gente licenciosa, y todos se manifestaron resueltos á seguir á Roldan en aquella empresa.

—Para ir á apoderarnos de ese departamento,—dijo Roldan,—necesitamos, ante todo, poseer siquiera una de las dos carabelas que hay en la playa de la Isabela. Es necesario caer de pronto sobre la colonia.

sorprender á don Diego Colon, lanzar al agua la carabela, trasladarnos en ella á la costa del Xaragua, y para llevar á cabo este plan, no hay tiempo que perder. ¿Estais resueltos á seguirme?

—Todos te seguiremos,—exclamaron, entusiasmándose ante la idea de las soñadas felicidades que les esperaban al realizar su plan.

IV.

Sin detenerse, y aprovechándose de la ausencia del adelantado, llegó Roldan con los suyos á la Isabela, entró por sorpresa en la ciudad, llegó á la playa con los suyos, y sin consultar á nadie, y en medio del asombro de los colonos, que se apercebieron de su llegada y de sus designios, hicieron los mayores esfuerzos para arrojar el buque al agua.

El rumor del tumulto llegó á oídos de Diego Colon, el cual inmediatamente envió á los sublevados un emisario para que les intimase la rendicion.

El emisario fué desoido, y entonces Diego Colon, con las personas más caracterizadas de la colonia y algunos misioneros, llegó hasta la playa con el objeto de contener á los sublevados.

Los ruegos, las amenazas fueron inútiles.

V.

Ebrios con la esperanza de los goces que se prometian, tomaron una actitud amenazadora, y no tuvo

más remedio Diego Colon que retirarse con los suyos á la fortaleza de la Isabela para evitar una lucha que podia serle funesta.

La fortaleza era de difícil acceso.

Roldan celebró una conferencia con Diego Colon para ver si aquel le proporcionaba los prácticos necesarios para lanzar el buque al agua.

—Nuestras quejas,—le dijo,—se refieren únicamente á vuestro hermano. Dispuestos estamos á respetaros, y yo por mi parte muy decidido á entregaros el mando de la insurreccion si os unís con nosotros y os oponeis á la tiránica conducta de don Bartolomé.

VI.

Escandalizado Diego al oir esta proposicion, la rechazó con energia, y le intimó de nuevo á que se rindiera.

Roldan, dispuesto á jugar el todo por el todo, volvió de nuevo á la playa, hizo los mayores esfuerzos para que zarpase el buque, y no pudiendo conseguirlo, trató de asaltar la fortaleza.

No lo logró tampoco, y ya desesperado:

—De todos modos,—dijo á los suyos,—necesitamos ir á Xaragua; pero no podemos salir de aquí sin viveres. La causa que defendemos es noble. Corramos á forzar la puerta de los almacenes reales, y proveámonos de armas, municiones, viveres y cuanto necesitamos para llevar á cabo nuestra empresa. ¡Viva el rey!—gritó.

Todos respondieron á este grito.

—Seguidme,—dijo.

VII.

Y precipitándose con los suyos á los almacenes, derribó la puerta, penetró en ellos, se apoderó de las provisiones, vestuario, etc.; llegó al cercado en donde se encerraban las reses, tomó gran número de ellas, permitió á los suyos que matasen las suficientes para comer aquel día, y partió de la Isabela con direccion á la provincia de Xaragua.

Partió tan pronto, porque temia que de un momento á otro llegase el adelantado, y evitaba una lucha con él, porque era un hombre valeroso que sabia comunicar su denuedo á los que le seguian á los combates.

VIII.

Esta consideracion le detuvo.

Si se encaminaba á Xaragua y tenia que luchar con los indios para apoderarse de la provincia, y al mismo tiempo por retaguardia le hallaba el adelantado con las tropas leales, podian correr él y los suyos un gran peligro.

Animado por los fáciles triunfos que habia conseguido, expuso sus temores á sus compañeros, les dijo:

—Todo cuanto intentemos será inútil sin haber destruido ántes á Bartolomé Colon: en vez de encaminarnos á Xaragua, volvamos de nuevo á la Vega,

sitiemos la fortaleza de la Concepcion, emplemos todos nuestros recursos en seducir á la guarnicion del fuerte, en apoderarnos del adelantado, y cuando esté en nuestro poder nada más fácil que conseguir nuestros deseos.

IX.

La soldadesca que le acompañaba creyó fácil aquel nuevo triunfo, y partió con Roldan á los alrededores de la Concepcion, dispuesto á dar allí su primera batalla y á convertirla en su primera victoria.

Bartolomé habia enviado detrás de los rebeldes á algunos de los soldados, en quienes tenia plena confianza, para que los explorasen y le comunicasen sus intenciones.

Sabia, pues, todo lo que habia pasado, y conocia sus últimos planes.

No ignoraba que el principal deseo de los rebeldes era matarle.

Podia muy bien salir al campo á darles una batalla con las tropas que estaban á sus órdenes.

X.

No tenia gran confianza en su fidelidad, y como no podia satisfacer sus necesidades, como vivian en la escasez; en tanto que los insurrectos, por haberse apoderado de los almacenes, se entregaban diariamente á opíparos festines, temia que para participar de los mis-

mos beneficios le abandonasen en el momento de salir de la fortaleza, y se mantuvo en ella.

¡Triste condicion de los grandes capitanes!

De nada sirve su valor, su entereza, su energía, su pericia, su sagacidad, si á la unidad importante que representan no unen ese considerable número de cerros que necesitan para que alcancen el triunfo sus relevantes cualidades.

En esos momentos el gigante tiene que convertirse en pigmeo.

El valeroso caudillo se veía obligado á doblegarse á los malos instintos de la menguada gente que le servía, y tenía que comprar con dádivas, no con promesas, una fidelidad que no sé por qué se le dá este nombre; pero sí que es indispensable para conseguir su cooperacion.

XI.

Ofreció el adelantado á los suyos, no sólo más independencia, más libertad, sino grandes premios en el momento en que sometiesen á los rebeldes.

Estas esperanzas por un lado, y por otro la causa que defendían, que era la del gobierno, la de las leyes, les impulsaron á mantenerse fieles y á desoir las promesas que para seducirlos les hacían con insistencia los agentes de Roldan.

XII.

Tuvo que renunciar á apoderarse de la fortaleza y

al concurso de los soldados que obedecían á Roldan.

Pero resuelto á toda costa á debilitar su influencia y á contrarestar su poderio, se proclamó con el concurso de los suyos tan jefe de la isla como el adelantado; declaró solemnemente que se habia separado de él por que con su carácter vengativo y sus abusos de autoridad ponía en peligro la vida de los españoles y los intereses de sus soberanos; se mostró indignado por que una familia de extranjeros subyugase de aquella manera á los españoles, y buscó la amistad de los caciques, la cual obtuvo, ofreciéndoles él en cambio relevarles del pago del tributo.

Capítulo LXVI.

Donde se vé que es cierto que la Providencia ahoga, pero no aprieta.

I.

¡Triste condicion de la humanidad!

En vano el genio abarca la inmensidad de su pensamiento; en vano busca y encuentra las dificultades y emplea toda su energia para vencerlas; en vano es la poderosa influencia que ejerce sobre los demás, é imprime en todos los que han de ayudarle á realizar su empresa ese sello de grandeza que en sí tienen.

Cuando despues de inmensas penalidades logra reunir los elementos necesarios para calmar su afan; cuando ante la esperanza de la realizacion de su pensamiento enjuga las lágrimas de sangre que han tenido que devorar sus ojos y sonríe á la esperanza, un sér mezquino, un obstáculo que no ha podido ver por su misma pequeñez, se levanta, crece á su sombra como la mala yerba al lado de la dorada espiga, y ro-

bándole su sávia, esteriliza la obra en que ha empleado tantos años, tantas lágrimas, tantas vigilas, tanta vida.

II.

¡Cuán ajeno estaba Cristóbal Colón en aquellos momentos, en que después de haber vencido á sus calumniadores de la metrópoli, tenía todavía que soportar las dilaciones á que le condenaban las intrigas de sus enemigos!

¡Cuán ajeno estaba, repito, en aquellos momentos, en que hacía supremos esfuerzos para dar nueva vida al abatido entusiasmo, de que un miserable á quien había sacado de la nada, á quien de humilde y desastrado pordiosero había convertido en uno de sus más favorecidos servidores, de que un hombre, en fin, á quien á pesar de su humilde condicion, había elevado á los mayores empleos, creyéndole en la desgracia, ó dominado por el demonio de la ambicion, pagaba sus beneficios con la más negra ingratitud, y destruía uno á uno los eslabones de la gran cadena con que quería unir su nombre á la inmortalidad el ilustre marino!

III.

¡Y de tal manera obraba el infame Roldán, que la conquista que tanto había costado á Colón, que tantos sacrificios pecuniarios había obligado á hacer á la corona de Castilla, estaba al borde del abismo, de un abismo sin fin, de un abismo que en aquellos momen-

tos podia influir muy poderosamente, no ya en el porvenir de la conquista, sino de la nacion entera!

¡Cuán fácil es el medro de los hombres que, como Roldan, explotan las malas pasiones de la muchedumbre para combatir á aquellos á quienes encumbra la gloria.

IV.

La humanidad no hace justicia, mientras viven, á los hombres que de la nada y por sus merecimientos llegan á los primeros puestos de las naciones.

Atribuyen su preponderancia á sus malas artes, á su suerte, á todo, ménos á la verdadera causa que los eleva; la envidia ciega sus ojos, se apodera de su corazon, y devora sus buenos sentimientos, como los insectos devoran la sávia de los árboles.

Por eso es tan fácil á los pigmeos encontrar el concurso del vulgo para combatir á los gigantes.

Por eso Francisco Roldan encontró una falange numerosa de gente descontenta, que debia su desgracia á sus vicios; pero que la atribuia al almirante y á sus hermanos, cuya única falta, hasta entonces, no era otra que la de haber complacido demasiado á los que por sus inclinaciones sólo merecian el despotismo.

V.

No podia, en efecto, imaginar Colon la situacion precaria en que se hallaba el país que habia conquistado.

La rebelion no habia pasado desapercibida para los indios.

Envalentonados al ver divididos á los españoles, comenzaban á negarse á pagar el tributo.

Estimulados por Roldan, se rebelaban tambien contra las órdenes del gobierno.

El jefe de la rebelion tenia á su lado á todos los caciques, que querian ayudarle á vencer á los leales primero, para caer despues sobre él y aniquilarle.

En esta triste situacion no tuvo más remedio el adelantado que perdonar á su vez el tributo á los indios de la Vega, para tenerlos á su lado, y que, en todo caso, las fuerzas fueran iguales.

VI.

Los españoles que ocupaban los fuertes tenian que vivir encerrados en ellos, so pena de perecer á manos de los indios.

Los jefes se veian obligados á perdonar muchas faltas de insubordinacion y á consentir ciertas licencias que se permitian sus soldados, porque á la menor resistencia huian de los fuertes y corrian á confundirse con los rebeldes.

Si á esto se añade el hambre, que empezaba á reinar, porque los insurrectos veian consumidas en un mes las provisiones de medio año, se comprenderá fácilmente hasta qué punto era lastimoso el estado de los primeros conquistadores del Nuevo-Mundo.

VII.

Bartolomé se encerró en la Concepcion con el mayor número de soldados que pudo reunir; pero aún allí no se creía seguro, porque sabia que los insurrectos habían tomado las medidas necesarias para sitiar la fortaleza, para rodearla de llamas, para obligar á perecer á todos los que estaban en ella, si de grado no se rendian.

La hora de la destruccion se acercaba.

No habia una sola esperanza; no se veia, en medio de tanta oscuridad, un solo rayo de luz.

Pero la Providencia debia inclinar su balanza en favor de la verdad y de la justicia.

VIII.

Cuando más crítica era la situacion, cuando la desesperacion empezaba á apoderarse de todos los ánimos, llegó al Puerto de Santo Domingo Pedro Hernandez Coronel con los dos buques que salieron antes que Colon del Puerto de Cádiz.

El adelantado tuvo noticia de su llegada, corrió á Santo Domingo, y su corazon se ensanchó al ver que en los buques llegaban víveres abundante, municiones y un refuerzo de tropas, suficientes para contrarrestar los planes de los insurrectos.

Al mismo tiempo recibió cartas de su hermano, noticiándole la causa de sus dilaciones, su próxima

llegada, y la proteccion que le dispensaban los reyes.

IX.

Estas noticias se pregonaron en las dos colonias, se trasmitieron á todos los fuertes, y la indecisa fidelidad de los soldados se afianzó.

Los insurrectos se desanimaron un tanto.

Pero no podian volverse atrás, y continuaron por la fatal pendiente, adonde su ambicion les llevaba.

Capítulo LXVII.

Pedro Coronel.

I.

La llegada de Pedro Hernandez Coronel varió, como he indicado antes, la situacion de la colonia.

Los reyes habian confirmado el nombramiento hecho por Colon en su hermano de adelantado mayor, y esto fué causa de que los españoles se apresuraran á obedecerle con mayor motivo que antes, por desempeñar aquel puesto, no ya por la voluntad de Colon, sino por la de los reyes.

Pedro Coronel refirió á todos el gran favor de que disfrutaba en la corte el almirante, y los preparativos que se hacian para proporcionarle una gran escuadra, con la que continuaria sus exploraciones, al mismo tiempo que reforzaba la guarnicion de la isla de Haití y regularizaba la importacion de víveres.

II.

Estas noticias llegaron tambien á oídos de Roldán, y su desesperacion fué inmensa, porque no dudaba que en cuanto los que le acompañaban se informasen de la próxima llegada de Colón con tropas y víveres, y lo que era más aún, con el favor de los soberanos, le abandonarían desde luego para obtener el perdón y disfrutar de las ventajas que les aguardaban.

Para evitar que esto sucediera, proyectó desde luego cortar toda comunicacion entre las tropas leales y las suyas, y activó las negociaciones que habia entablado con Mayabonex, para que aquel, despues de destruir la fortaleza de la Concepcion, recuperase el dominio que habia perdido sobre la Vega Real.

III.

A pesar de conocer sus intenciones, y de saber que contaba con los indios, no tuvo inconveniente el adelantado en abandonar la fortaleza para trasladarse á Santo Domingo.

Pero destinó tropa á los desfiladeros para impedir que se acercase Roldán.

Comprendiendo asimismo cuán importante era para la prosperidad de la colonia la pacificacion completa, resolvió, al mismo tiempo que mandó proclamar la confirmacion de su nombramiento, conceder amnis-

tía de todos los delitos con la expresa condición de que los rebeldes se presentaran inmediatamente á prestar juramento de fidelidad y sumision.

IV.

Hallábase por entonces Roldan con los suyos á más de cinco leguas de Santo Domingo, y Bartolomé envió á Pedro Hernandez Coronel, á quien el rey habia nombrado alguacil mayor de la isla, para que conferenciase con el jefe de los insurrectos, le anunciase sus intenciones de perdonarlos, y lograr por aquel medio contener la insurreccion, más formidable todavia de los indios, que empezaba á marcarse demasiado para que no temiera Bartolomé sus consecuencias.

Nadie mejor que Pedro Coronel, que habia presenciado las buenas disposiciones de los reyes en favor de Colon, podia convencer á los rebeldes de lo inútil de sus esfuerzos.

Animado de los mejores deseos, partió el emisario del adelantado, y Roldan supo su próxima llegada por uno de sus espías.

V.

No le convenia de ningun modo que sus gentes oyesen á Pedro Coronel.

Escogió, pues, diez hombres de los más adictos á su persona, y con ellos fué al encuentro del emisario y le detuvo.

La historia ha conservado las palabras que pronunció entonces el jefe de los insurrectos.

—¡Alto, traidor!— dijo.—Si hubiérais llegado ocho días despues, todos hubiéramos sido unos.

En efecto: no ocho días, dos que hubiera tardado, hubieran dado lugar al infame Roldan para conseguir sus intentos.

VI.

Pero Coronel, sin temor á la amenaza de los rebeldes, les comunicó las órdenes que llevaba, y les ofreció el perdón.

—Vuestras promesas no me seducen,—dijo Roldan;—conozco lo bastante al adelantado para estar convencido de que apenas me encuentre en su poder me quitará la vida. No, no me someteré nunca á él. Si me he rebelado, no ha sido contra los reyes, no ha sido contra el almirante, sino contra la tiranía de su hermano. Cuando llegue nuestro verdadero jefe, iremos todos á rendir nuestras armas ante él, y mientras gobierne el adelantado, preferiremos perecer á entregarnos.

Volvióse Coronel á Santo Domingo, y participó la resolución de los rebeldes.

VII.

Bartolomé no pudo hacer más de lo que habia hecho.

Los declaró solemnemente traidores, y dispuso que fueran perseguidos.

Algunos de los insurrectos se acogieron á la amnistía.

Roldan, que vió mermar sus filas, reanimó en sus soldados la esperanza de conquistar el departamento del Xaragua, asegurándoles que aquel acto les alcanzaria el perdón del almirante, y para entretener á los que salían en su persecucion, incitó á los indios, y especialmente á Mayabonex, que habia abandonado su retiro para volver á la Vega á reconquistar sus estados, á que se apoderasen de la fortaleza de la Concepcion, y peleasen con los españoles mientras él avanzaba al departamento del Xaragua.

VIII.

Los caciques, de acuerdo con Mayabonex, en la seguridad de que Guaorocaya, que no estaba conforme con la conducta que observaba Anacaona, les ofreceria asilo en sus montañas en caso de salir derrotados, se coaligaron para tomar por sorpresa el fuerte de la Concepcion.

Convinieron en atacar por distintos lados.

Para no infundir sospechas, acordaron formar varias divisiones, y permanecer separados unos de otros hasta el momento decisivo.

Mayabonex les dijo:

—La primera noche que alumbre la luna de lleno, caeremos todos sobre la fortaleza.

IX.

Dispuestos á llevar á cabo su plan, esperaron á que el astro de la noche se manifestase en toda su plenitud.

Pero uno de los caciques se adelantó, y creyendo que los demás atacarían la fortaleza al mismo tiempo que él, dió el golpe.

Los soldados de la fortaleza le rechazaron.

El cacique huyó con los suyos hasta donde se hallaba Mayabonex.

La desesperacion de este caudillo, por ver malogrados sus planes, fué tanta, que mandó dar la muerte al torpe guerrero que habia destruido sus esperanzas.

X.

La noticia de aquel ataque llegó al adelantado, el cual, con fuerzas numerosas, salió á la Vega, dispuesto á sofocar la insurreccion india.

Mayabonex vió malogrados sus esfuerzos, y corrió á refugiarse con los suyos en las montañas de Ciguay, en donde no habian podido penetrar hasta entonces los españoles.

Bartolomé comprendió que para evitar en lo sucesivo insurrecciones de aquella especie, necesitaba perseguir á los indios hasta en sus mismas madrigueras,

y en tanto que Roldan avanzaba con los suyos hácia la provincia del Xaragua, el adelantado, al frente de sus tropas, se encaminó al Ciguay, dispuesto á sostener una campaña que asegurase á los españoles la completa dominacion de la isla, y cortase de raíz los gérmenes de nuevas rebeliones.

Capítulo XLIII.

Capítulo LXVIII.

Heroísmo.

I.

Cuando se considera las condiciones de carácter que desplegaron los indios á vista de los europeos en aquellos momentos, en los que se atentaba á su independencia, no puede ménos de lamentarse que naciones gastadas llevaran al seno de aquella vírgen tierra el gérmen de los malos instintos, que por desgracia corroían como un gusano su corazon.

Mayabonex, despues de su segunda tentativa para desalojar de la Vega á los indios, se refugió de nuevo en el Ciguay, en donde á la sazón mandaba Guao-rocaya.

—Arrojado de mis dominios,—le dijo,—vengo á implorar tu proteccion.

—Cuenta con ella,—contestó el cacique.—Yo te empeño mi palabra en defenderte con mis vasallos y

con mi propio pecho; para llegar á tí tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

II.

Aquel solemne juramento debía dar lugar á una encarnizada lucha, que pusiese en evidencia la lealtad, la nobleza, la generosidad, en una palabra, las virtudes de Guaorocaya.

Coaligado Mayagonex y los suyos con Guaorocaya, hizo el primero algunas excursiones á la llanura con el objeto de sorprender y destruir á los enemigos que en escaso número recorrían la Vega ó iban de un fuerte á otro llevando noticias ó provisiones.

Cuando no conseguían matar á algunos, destruían los campos, inutilizaban las cosechas y combatían por todos los medios á los extranjeros.

Estas tropelías impulsaron á Bartolomé á poner coto á ellas.

III.

Las contemplaciones eran inútiles.

Necesitaba tomar medidas enérgicas para escarmentar á aquellos indios aventureros, y en la primavera de 1498 formó una division de noventa hombres, veinte caballos y una gran parte de indios, á los que eximió del tributo cuando le sirvieran como soldados, y abandonó la Vega para penetrar en las escabrosas montañas del Ciguay y castigar á los indios rebeldes.

Atravesó un desfiladero, no sin trabajo, porque los

innumerables árboles y las ásperas peñas impedían el paso á sus soldados, y despues de emplear en esta operacion algunos dias, bajó á un espeso y pintoresco valle, sumamente abrigado por las montañas que se adelantaban á perderse en el mar.

IV.

Numerosos espías indios observaban sus movimientos, ocultos detrás de los troncos de los árboles ó de las quebraduras del terreno.

Un caudaloso rio contuvo la marcha de los españoles.

Necesitaron vadearle, y al acercarse Bartolomé á un paraje para ver si por allí podian vencer la dificultad, se levantaron á corta distancia dos indios que estaban escondidos detrás de unos matorrales, y acto continuo dió Bartolomé la orden de aprisionarlos.

Uno de ellos se arrojó al agua y pudo salvarse á nado.

El otro cayó en poder de los españoles.

V.

—¿Qué hacíais ahí, miserables?—le dijo Bartolomé cuando llegaron á su presencia.

—Perdon, señor,—exclamó el indio,—me habia escondido para que pasárais sin verme, porque dicen que matais á los indios que hallais á vuestro paso.

—Mientes,—exclamó Bartolomé;—tú eres un es-

pia, y vas á morir á mis manos si no confiesas la verdad.

—Perdon, perdon,—exclamó el indio, cayendo de hinojos.

—Si confiesas la verdad te perdono la vida, y te llevaré á mi servicio; pero si me engañas perecerás á mis manos.

—Pues bien, yo os diré la verdad.

—Habla.

—En efecto; espiaba aquí vuestra llegada.

—¿Por orden de quién?

—Por orden de mi amo.

—¿Quién es tu amo?

—El rey Guaorocaya; él es el que gobierna el departamento del Ciguay.

—Es un traidor, puesto que ha amparado y defendido á uno de mis mayores enemigos. Todos los indios de esta provincia perecerán. Sólo tu vida será respetada si me dices dónde está el rey y los soldados, que sin duda enterados de nuestra venida, nos esperan para atacarnos.

—Es cierto. ¿Veis,—añadió el indio,—aquel bosque que empieza en la opuesta orilla del río?

—Sí.

—Pues detrás de los árboles hay más de seis mil indios armados con arcos y flechas, que aguardan á que paseis el río para salir á vuestro encuentro.

—¡Ay de tí si me engañas!

—Os lo juro por el nombre de Vagoniana.

—De todos modos, te quedas en mi poder hasta

que me cerciore de la verdad. Si no me has engañado, el premio no te faltará. Pero si me tiendes un lazo sufrirás la misma suerte que tus hermanos.

VI.

La alegría que se dibujó en el rostro del indio hizo creer á Bartolomé que no le engañaba.

—Ahora,—le dijo,—es necesario que nos indiques cuál es el mejor paraje para vadear el rio en breve tiempo.

El indio obedeció la orden del adelantado, y este pudo vencer con su ejército aquel obstáculo que se oponia á su marcha.

Pero cuando estaba en medio del rio con sus tropas, salieron millares de indios de la opuesta orilla, y dispararon sus flechas sobre los españoles, volviendo á guarecerse detrás de los árboles al mismo tiempo que llenaban el aire con su infernal gritería.

VII.

A pesar de los escudos y petos, algunas flechas hirieron á los españoles.

Pero irritados por aquella emboscada, avanzaron hácia la orilla, y en el momento en que iban á hacer su segunda salida los indios, dispararon sobre ellos sus arcabuces, y los caballos y los perros corrieron detrás de ellos con tal ímpetu, que más de una tercera parte de los contendientes quedó en el campo.

Todos ellos eran ciguayos y los mandaba Humatex, el célebre y taimado capitán de Caonabo, que después de la prisión de su jefe había jurado obediencia y fidelidad á Guaorocaya.

Todos ellos eran atléticos, aguerridos, y para imponer más al enemigo, habían pintado su rostro y su cuerpo de tal manera, que parecían espectros; y á pesar de su superioridad hubieran huido de su vista los españoles amedrentados, á no tener noticia de que los indios al pelear, con el objeto de asustar al enemigo, se pintaban de aquel modo, guardando debajo de la pintura un corazón pusilánime que se doblegaba y sucumbía más todavía á la influencia moral que á la fuerza física de sus adversarios.

VIII.

Los españoles tuvieron que renunciar á perseguirlos, ó por lo menos á alcanzarlos, porque conocedores del terreno, se diseminaron, ocultándose entre las selvas y las rocas.

Bartolomé quedó dueño del campo, y recordando entonces como siempre las instrucciones del almirante, quiso intentar un acto de conciliación.

Entre los prisioneros que quedaron en su poder, había uno al parecer más importante que los otros. Era un cacique.

IX.

Acompañado de otros indios, de los que formaban

parte de su ejército, le envió á Guaorocaya con la misión de anunciarle que no habia ido allí á combatir con él, sino á apoderarse de Mayabonex su enemigo, razon por la cual, si él se entregaba, cesarian las hostilidades.

Advirtióle tambien, que una tentativa por su parte seria suficiente motivo para que entrara á sangre y fuego en sus estados.

Los dos negociadores cumplieron su mision, y Guaorocaya, que los recibió con la mayor solemnidad,

—Decid á los españoles,—contestó,—que sus maldades, su tiranía, su crueldad, no merecen consideracion de ningun género. Han usurpado territorios que nos pertenecen, han derramado sangre inocente, y yo no quiero su amistad. Mayabonex es un caudillo valeroso. Le he ofrecido amistad y proteccion, se ha refugiado en mis dominios, he jurado que antes de acercase á él tendrán nuestros enemigos que pasar por mi cadáver, y por nada del mundo faltaré á mi palabra.

X.

Gran simpatía inspiró al adelantado aquella vigorosa respuesta del soberano del Ciguay.

Pero aun cuando admirase las relevantes pruebas de Guaorocaya, antes que su admiracion estaba el deber, la imprescindible necesidad de dar un ejemplar castigo á los indios rebeldes, que habian destruido la obra del almirante, que no pagaban el tributo.

La creencia de que no adelantaria nada con amis-

tosas negociaciones, le resolvió á cumplir á su vez la amenaza que habia hecho al cacique, y avanzando con sus tropas hasta la ciudad en donde tenia su palacio, incendió á su paso las aldeas, destruyó de la misma manera los campestres edificios de la ciudad, que abandonaron los ciguayos al acercarse los españoles, y desde aquel monton de ruinas envió mensajeros á Guaorocaya, para decirle que si inmediatamente no le entregaba á Mayabonex asolaria todo el territorio, incendiaria los bosques y concluiria con todos sus habitantes.

XI.

Tantas contrariedades doblegaron la entereza de los ciguayos, y exigieron á Guaorocaya con súplicas y con amenazas que desistiese de su propósito, y que salvase sus dominios entregando á su protegido.

—He jurado,—añadió este,—que nadie se acercará á él, á no ser pasando por encima de mi cadáver. Si tan cobardes sois, si estais resueltos á cambiar por una muerte heróica una esclavitud vergonzosa, olvidando los juramentos de fidelidad que me habeis hecho, disparad vuestras flechas sobre mi pecho, atravesadle con ellas y entregad entonces á Mayabonex.

XII.

Estas palabras engrandecieron al caudillo á los ojos de sus vasallos.

—Hágase tu voluntad,—dijeron;—sucumbamos si es preciso.

—Más quiero que se diga en el mundo que Mayabonex murió á manos de sus adversarios, que no que haya quien pueda motejarme por haber hecho traición á mis amigos.

Mayabonex quiso á su vez evitar el conflicto, entregándose á los españoles.

Su protector se lo impidió, y dejó sin respuesta las nuevas intimaciones del adelantado.

Capítulo LXIX.

Desastres de la guerra.

I.

Guaorocaya estaba resuelto á perecer antes que cometer una felonía con su huésped.

Quiso, por lo tanto, cortar toda clase de relaciones con el adelantado, y para evitar que en lo sucesivo se acercasen á su persona emisarios de los españoles con nuevas proposiciones, apostó en los caminos partidas de ciguayos con orden expresa de dar muerte á cualquiera que se acercase á sus dominios, aun cuando fuese con el carácter de enviado de los extranjeros.

El cacique manifestaba una entereza, una energía, que contrastaba con la docilidad de Guacanajari.

Al mismo tiempo se distinguía de la ferocidad de Caonabo, porque no luchaban en él los malos instintos, sino el amor á la patria, el deseo de defender su

independencia, la esperanza de la aureola del martirio.

Sus órdenes no tardaron en ser obedecidas.

II.

El adelantado, queriendo á toda costa poner término á aquella situacion difícil, envió al Ciguay prisionero á un indio de los aliados á hacer nuevas proposiciones á Guaorocaya.

Con el objeto de no perder tiempo, lo siguió con su tropa á cierta distancia, pero no pudo evitar su muerte.

Apenas llegaron á la selva y comenzaron á internarse en ella para encaminarse al cuartel general del cacique, salieron á su encuentro las avanzadas que tenia en el camino, y les preguntaron cuál era el objeto de su viaje.

—Vamos á ver á Guaorocaya,—contestaron,—en nombre del jefe de los españoles.

—Pues volveos atrás, porque ha dado orden terminante de que no se acerque nadie á él con mision alguna de los españoles.

—No tenemos más remedio que cumplir las órdenes que hemos recibido.

—En ese caso, cumpliremos nosotros las nuestras.

Y tomaron una actitud amenazadora para impedirles el paso.

III.

Pero los emisarios, que sabian que á muy corta distancia iba el adelantado con las tropas, comprendieron que si huian no podrian librarse del castigo; y entre el castigo, que significaba una muerte afrentosa, y la lid, que significaba una muerte heroica, el cumplimiento del deber, optaron por lo último.

Los dos emisarios perecieron atravesados por las flechas de sus hermanos, y cuando Bartolomé los encontró en tierra, renunciando á la benevolencia que hasta entonces habia constituido la parte esencial de su política, acordó combatir sin cuartel á aquella raza terca é indomable, que atribuia á debilidad los buenos sentimientos que le animaban.

Exortó á sus soldados á pelear con denuedo, y avanzando con ellos hasta el paraje en donde se hallaba Guaorocaya con el grueso del ejército, produjo la desercion de la mayor parte de los indios.

IV.

Guaorocaya se veia abandonado por sus filas, y para no morir de una manera ignominiosa á manos de los españoles, corrió á refugiarse con los que aún estaban á su lado en las montañas.

Desesperados los ciguayos al ver que Mayabonex era la única causa de las persecuciones que sufrían, porque hasta entonces los españoles habian respetado

sus dominios y su libertad, resolvieron buscarle y hacerle pagar con la muerte los desastres que había producido, ó entregarle á los españoles para aplacar su ira.

Mayabonex había huido, y vagaba solitario y con el corazón herido de muerte por las apartadas sierras, que ofrecían á su defensa baluartes naturales.

V.

El miedo es el enemigo más poderoso de los ejércitos.

Si no hubiera luchado al lado de los españoles, nada más fácil para los indios que vencer á aquel puñado de hombres, á quienes combatían las enfermedades, el hambre, los trabajos y el desaliento.

Pero al verlos avanzar en sus briosos corceles, cubierto el pecho con el brillante peto, y la cabeza con el luciente casco, en donde reflejándose los rayos del sol, hacían parecer á los ginetes y á los caballos como monstruos de fuego; al ver detrás de los ginetes á los soldados con sus armas, que lanzaban el rayo y el exterminio, no pensaban que, siendo infinitamente superior el número, podían á poca costa destruirlos.

VI.

Incapaces los indios de comprender la fuerza de la colectividad, media cada cual sus ánimos con los de todos los guerreros, y era natural que el pánico se apo-

derase de su alma despues de aquella comparacion tan desventajosa para ellos.

Unos á otros se trasmitian el miedo, y huian despavoridos, entregando sus hogares á los extranjeros, arrojando su independencian á los piés de sus caballos para que la destrozasen, y con sus gérmenes formasen el dogal de su esclavitud.

Y sin embargo, despues de vencer á los indios, despues de verlos correr despavoridos á refugiarse en sus madrigueras, quedábale al adelantado una nueva campaña que sostener, una nueva victoria que ganar.

VII.

El hambre aterrorizaba á los españoles.

Al huir los indios, habian dejado sus hogares desiertos, sus campos asolados, y no tenian los extranjeros para satisfacer sus necesidades más víveres que el pan de cazabe, las raíces y las yerbas que los indios aliados les proporcionaban, y las hutías que los perros de presa cogian para repartirlas con sus dueños.

Más de tres meses duró aquella campaña.

Toda la paciencia, todo el patriotismo, todo el sentimiento del deber, toda la lealtad debian agotarse en aquella prueba terrible y angustiosa.

VIII.

Muchos de los que acompañaban al adelantado, es-

tablecidos en la Vega, habían formado granjas ó heredades, que cultivaban, y por acompañarle habían tenido que abandonar sus haciendas.

Casi todos suplicaron á Bartolomé que renunciase á la conquista del Ciguay, ó cuando ménos les permitiese volver á consagrarse á las faenas agrícolas, que al ménos les ofrecían frutos para satisfacer sus necesidades.

No era el adelantado hombre capaz de cejar en su empeño.

Había resuelto avasallar á los ciguayos, y no quería volver á Santo Domingo sin haber conseguido sus deseos.

Pero al mismo tiempo comprendía las razones que alegaban sus soldados, y concedió permiso á muchos de ellos para que regresasen á sus hogares.

Sólo treinta hombres quedaron á su lado.

Con ellos acordó registrar las cabernas y las montañas.

IX.

En este viaje de exploracion halló todas las ciudades y aldeas completamente desiertas.

Al cabo de algunos dias de inútiles investigaciones, unos cuantos soldados que cazaban hutías encontraron á dos indios, que segun les dijeron, iban á buscar pan de cazabe al departamento de Xaragua.

Aprisionáronlos, y llevándolos á la presencia del adelantado, con dádivas y con amenazas logró este que

le descubrieran el paraje en donde se habian refugiado Guaorocaya y Mayabonex.

Hasta encontrarlos y hacerlos prisioneros, estaban seguros los españoles de que no abandonaria el adelantado aquella comarca.

Para salir cuanto antes de ella, resolvieron doce de los más audaces apoderarse del cacique y de su huésped.

X.

Uno de ellos, llamado Rodrigo de Alvareda, dijo al adelantado:

—Si me lo permitís, iré con unos cuantos camaradas á apoderarme de Guaorocaya y de Mayabonex.

—Arriesgada es la empresa; más vale que vayamos todos juntos.

—He concebido un plan, que me parece que debe darme buenos resultados. Dejadme en libertad de obrar, y yo os prometo volver en breve con los caciques.

—Id en buen hora,—dijo el adelantado.

XI.

Ramiro y sus doce camaradas se desprendieron de sus vestiduras, se pintaron el cuerpo como los indios, ocultaron sus espadas con hojas de palma, y obligaron á los indios á quienes habian sorprendido á que los llevaran hasta la guarida de su rey.

—Ann cuando tenia espías Guaorocaya, no se alarmaron estos al ver á los falsos indios.

Les dejaron llegar, y el mismo rey salió á su encuentro para ver qué querian.

Pero los españoles, arrojando la máscara, separando las hojas de palma de sus espadas, y blandiéndolas con energia, pusieron en precipitada fuga á los únicos defensores del cacique; se apoderaron de él, le maniataron, lo mismo que á sus mujeres y á sus hijos, y los llevaron al paraje en donde les aguardaba el adelantado.

—En tu poder me tienes, —exclamó Guaorocaya;—pero no has podido vencerme en buena lid. Sólo la traicion te ha dado el triunfo; no eres digno de envidia; mientras yo levanto mi frente, tú tienes que bajarla: eres más astuto, pero no más valiente que yo.

XII.

Preso Guaorocaya, podia considerarse Bartolomé en posesion del Ciguay, y resolvió renunciar á prender á Mayabonex por entonces, para regresar al fuerte de la Concepcion.

En aquellas circunstancias tuvieron los españoles ocasion de admirar las grandes virtudes de una mujer india.

La hermana de Guaorocaya estaba unida con un cacique de las montañas, en donde todavía no habian podido penetrar los españoles.

Al saber el peligro que corría su hermano, dominada por el inmenso amor que le profesaba, corrió á su encuentro y abandonó la seguridad de los estados de su esposo, para partir con él los peligros y los azares de la persecucion de que era objeto.

Cuando cayó en poder de sus enemigos, sólo la dominó una pena: la de que su hermano habia perdido la libertad.

XIII.

Tanto por su hermosura como por su energía, llamó la atencion del adelantado, y cuando el esposo de aquella mujer heroica fué hasta la Concepcion á ver-le para implorar su libertad, ofreciéndole en cambio someterse al dominio de los españoles, Bartolomé aceptó aquel pacto y puso en libertad, no sólo á la hermana de Guaorocaya, sino á todas las mujeres de este y á sus hijos, conservando sólo al soberano, si bien tratándole con todas las consideraciones que su infortunio y su grandeza merecían.

Este comportamiento convenció á los ciguayos de que les convenia ser aliados de los españoles, y se presentaron en el fuerte de la Concepcion cargados de regalos, y ofreciéndose á pagar toda clase de tributos con tal de que dejase en libertad á Guaorocaya.

Bartolomé les ofreció tratarle con toda clase de consideraciones.

Pero no accedió á sus ruegos, porque entonces, que habia tenido ocasion Guaorocaya para conocer la in-

significancia de sus fuerzas, podia envalentonarse y destruir la conquista, que tan trabajosamente habia hecho.

XIV.

En tanto Mayabonex, considerándose como la única causa de la esclavitud del Ciguay, sufria horriblemente, viviendo aislado en medio de las asperezas de las montañas, y luchando noche y dia entre acabar con su vida, ó hacer un desesperado esfuerzo para libertar á Guaorocaya y devolverle el territorio que por su causa habia perdido.

Esta última determinacion era irrealizable.

Los ciguayos le consideraban como la única causa de su perdicion, y le dejaban abandonado en su retiro, bajando los ojos ó mirándole con desprecio cuando pasaban á su lado.

XV.

Deseosos de vengarse de él, indicaron á Bartolomé su retiro, y con este motivo dispuso el adelantado que un destacamento fuese á buscarle.

Los soldados á quienes encomendó esta mision se ocultaron entre las rocas que abrian paso á su guarida, y despues de dos dias de exploracion, le sorprendieron cuando salia de su madriguera para buscar alimentos con que satisfacer el hambre que le devoraba.

Cargáronle de cadenas y le enviaron á la Concepción.

El infeliz creía caminar al suplicio.

Después de todo lo que había pasado, no tenía más esperanza que la muerte.

Pero le esperaba el magnánimo corazón de Bartolomé.

XVI.

Apaciguada la Vega, conquistado el Ciguay, extendido el poderío de los españoles por casi todo el territorio de la isla, y no dando cabida en su pecho al sentimiento de la venganza, natural era que no ensangratarase sus laureles con la sangre de aquel héroe.

—Te perdono la vida, —le dijo;—pero serás mi prisionero, aun cuando no te faltará nada para vivir tranquilo.

XVII.

Tal fué el fin de aquella trabajosa y ruda campaña, en la que tantas pruebas de su valor, de su pericia, de su magnanimidad dió el hermano predilecto de Colón.

Los gérmenes de la discordia parecían cortados de raíz.

Únicamente podían preocuparle los rebeldes, que al mando de Roldán habían llegado al departamento de Xaragua.

Pero antes de que tomase las medidas necesarias

para combatirlos, recibió el mensaje que por medio de un indio le envió el almirante al llegar á la isla; y como saben mis lectores, corrió á abrazarle, dándole cuenta, despues de haberle dejado reposar de las fatigas de su viaje, de todo lo que habia sucedido, y de la actitud amenazadora y provocativa que guardaba Roldan.

XVI

XVII

Capítulo LXX.

III.

Un hombre vil.

I.

Roldan se encaminó con su gente al departamento de Xaragna, y no halló obstáculo á su entrada, porque, gracias á las buenas relaciones que habia entablado el adelantado con Anacaona, esta reina se habia aliado con los españoles, y creyó que se acercaba á sus dominios para comunicarle noticias de su esposo, ó cuando ménos para darle alguna orden del adelantado.

Llegaron, pues, los rebeldes sin la menor dificultad hasta el palacio de Anacaona.

II.

Roldan acariciaba el proyecto de apoderarse de la reina y satisfacer su brutal pasión.

Pero no le convenia manifestar desde luego sus propósitos.

Hizo que uno de los indios que le acompañaban pidiese á Anacaona permiso para entrar en sus dominios y presentarse á ella.

La pobre reina no tardó en concedérsele.

Ignoraba que abria la puerta al áspid que aspiraba á devorar su seno.

III.

Los rebeldes penetraron en la ciudad en donde se levantaba el palacio de Anacaona, y esta dispuso que las indias más hermosas salieran á recibirlos al compás de su música salvaje.

La presencia de aquellas mujeres, las más hermosas de toda la isla, entusiasmó á los secuaces de Roldan, que veian en ellas otras tantas víctimas de su desenfreno.

La misma reina salió al encuentro de Roldan, y al verle se estremeció.

Reconoció en él al soldado insolente que habia aspirado á mancillar su honra, y receló algun lazo de su parte.

IV.

Pero reponiéndose, con su natural energía,

—¿Qué venís á buscar aquí?—le preguntó al caudillo.

—Vengo,—dijo Roldan,—por orden de mi jefe,

vuestro aliado, á establecerme aquí con mis tropas. Conviene á su propósito tener soldados en toda la extension de la isla, y á mí me ha cabido la suerte de venir á vuestro territorio y de poder vivir á vuestro lado.

A estas palabras acompañó una mirada lúbrica, que hizo á la reina comprender sus infames designios.

—Cúmplase la voluntad de vuestro jefe,—dijo.

Y se retiró.

V.

No convenia á Roldan manifestar sus intenciones desde el primer momento.

Al contrario, su proyecto era mostrarse afable y respetuoso con los habitantes de Xacagua para no amedrentarlos, y sobre todo para evitar que los indios se refugiasen en las montañas y malograsen sus deseos.

VI.

Anacaona envió inmediatamente un emisario al adelantado para preguntarle si debia acatar á Roldan, y para suplicarle que enviase otro capitan que le inspirase más confianza.

El emisario, por atajos llegó al fuerte de la Concepcion, pero no pudo ver al adelantado, que habia salido á perseguir á Mayabonex.

Sin embargo, allí supo que Roldan se habia rebelado contra su jefe, y pudo pocos dias despues anun-

ciar á Anacaona que los soldados españoles estaban allí sin consentimiento del adelantado.

Hasta entonces, Roldan habia empleado el tiempo en recorrer el departamento de Xaragua para establecer en todas sus poblaciones destacamentos pequeños, y tener á los habitantes bajo su dominio.

VII.

Cuando volvió á ver á Anacaona, resuelto á seducirla, ya sabia la reina que no era más que el jefe de los rebeldes, y con gran entereza le manifestó, que siendo aliada de Bartolomé Colon, tenia que ser su enemiga.

A partir de aquel momento arrojó Roldan la máscara.

—En vano tratarás de oponerte á mis deseos,—le dijo;—me he apoderado cautelosamente de este territorio, y tú y tus vasallos estais en mi poder.

—¿Yo ser tu esclava?—dijo Anacaona.—Nunca; prefiero la muerte.

Y se alejó de la vista de Roldan.

El jefe de los rebeldes, reuniendo á los suyos,

VIII.

—Ha llegado el momento de que os cumpla mi palabra,—les dijo.—Hay mismo es necesario poner al cuello de los indios el dogal de la esclavitud, apoderándonos de sus hogares y de sus mujeres.

IX.

No deseaban otra cosa los rebeldes.

Los desgraciados habitantes de Xaragua tuvieron que añadir su maldición á la de los demás indios, y el mismo día, los que no huyeron, cayeron en poder de los secuaces de Roldan.

El caudillo fué á buscar á Anacaona.

Habia desaparecido.

Desesperado, envió gente en su persecucion.

La reina fué á refugiarse en la montaña donde habitaba el viejo cacique Biantex, para gozarse allí con su hija Higuanamota de las persecuciones de Roldan.

Desde allí imploró el auxilio de Guamorocaya.

X.

Las noticias que recibió de aquel caudillo la consternaron.

Roldan, desesperado al ver que se le habia escapado su presa, desahogó su ira en los inocentes habitantes del país, que morian á centenares á sus manos ó lloraban amargamente su perdida libertad.

Roldan aprovechaba la ocupacion del adelantado en su campaña del Ciguay, para engrosar sus filas con los indios, y saciar sus brutales apetitos en aquella fértil comarca.

Aunque comprendia que sus excesos no hallarian gracia á los ojos del almirante, confiaba en que sus amigos de Santo Domingo le hablarian á su llegada en favor suyo, y confiaba más aún en que, pudiendo presentarse á él como conquistador del departamento de Xaragua, podria disculpar á sus ojos todos los abusos que habia cometido.

XI.

Un dia, cuando ménos lo esperaba, recibió aviso de que habian llegado á la costa del país en que tantos estragos causaba tres carabelas españolas.

Al pronto se figuró que podia haberlas enviado el almirante con suficientes tropas para que desembarcaran, lucharan con él y le sometiesen.

Pero los buques ánelaron, y Roldan se presentó en la playa para averiguar cuál era el objeto de su llegada.

Aquellos tres buques eran los que Colon habia enviado desde las Islas Canarias para que llevasen provisiones á la colonia, en tanto que él hacia nuevas exploraciones.

XII.

No tardó en saber esto Roldan, y exigiendo á los suyos que guardasen el mayor secreto acerca de las causas que les habian llevado allí, dijo á los capitanes que aquello era, en efecto, parte de la colonia; que él

era su jefe, y que las provisiones y las armas llegaban con la mayor oportunidad.

Uno de los tres capitanes, Alonso Sanchez de Carvajal, fué el primero que descubrió los infames proyectos de Roldan.

Sus soldados, despues de desembarcar las provisiones y las armas, comenzaron á hacer prosélitos entre los tripulantes.

Como los lectores recuerdan, la mayor parte de ellos eran criminales, á quienes se les habia conmutado la pena que sufrían en cambio de los servicios que debían prestar en la colonia.

XIII.

Los emisarios de Roldan les pintaron con negros colores el porvenir que les aguardaba si iban á la colonia y se ponían á las órdenes del almirante.

En cambio, si se quedaban con ellos era muy fácil que dominasen á los demás, y entonces, con provisiones, con elementos para satisfacer todos sus caprichos y apurar toda clase de goces, podrian hacerse allí fuertes, no carecer de nada, recoger mucho oro, y cuando ya estuviesen hartos de vivir allí, refugiarse en cualquier rincon de Europa para sacar partido de sus tesoros.

Estas explicaciones produjeron efecto en una gran parte de los nuevos tripulantes, y se unieron á los rebeldes.

XIV.

Cuando Alonso Sanchez Carvajal comprendió lo que pasaba, era ya tarde.

Habló á los otros dos capitanes, entre los que se hallaba el pariente de Colón, y convencidos de que les era de todo punto imposible reconquistar las armas y los víveres, procuraron con maña disuadir de su intento al jefe de la rebelión.

—El almirante,—le dijeron,—habrá llegado al mismo tiempo que nosotros con más víveres que los que hemos traído, con mucha gente y armas. Al mismo tiempo los reyes le han confirmado en todos sus empleos, goza de gran favor en la corte, y si se apodera de vos, podrá sin formación de causa pasáros por las armas.

—No deseo otra cosa,—contestó Roldán,—que someterme al almirante, porque yo no tengo queja de él, sino de su hermano Bartolomé, porque ha abusado del poder de una manera indigna. En su presencia misma le acusaré, y probaré á los reyes, si es preciso, que mi conducta es más digna de elogio que de vituperio.

XV.

Conocía Carvajal que, permaneciendo entre los rebeldes lograria atraerlos por buen camino, y de acuerdo con los otros dos capitanes, resolvió quedarse allí.

El viento no era favorable para que las carabelas

continuasen la marcha, y acordaron tambien que Antonio Colon fuese por tierra hasta Santo Domingo, mientras que el otro capitan aguardaba que los vientos cesasen para ir por mar con las carabelas.

Desembarcó Antonio Colon con algunos soldados y los artifices que debían emplearse en la explotacion de las minas, pero al saltar en tierra le abandonaron casi todos los soldados, que fueron á engrosar las filas de los rebeldes.

XVI.

Los esfuerzos que hizo Antonio Colon para persuadirlos, yendó hácia ellos y exponiendo su propia vida, fueron inútiles.

Habló á Roldan, y este se excusó, manifestándole que por su parte no podia obligar á los suyos á que le obedecieran.

Temerosos entonces los capitanes de los buquès de que los tripulantes que aun estaban á bordo siguieran el mismo ejemplo, decidieron que Carvajal quedase con los rebeldes, mientras que Arana y Colon iban por mar á Santo Domingo con el resto de los tripulantes que se mantenian fieles.

Así lo hicieron, y no sin gran trabajo, porque encalló uno de los buques en un banco de arena antes de llegar al puerto de Santo Domingo.

Las provisiones se habian averiado.

XVII.

Carvajal llegó poco despues sin haber logrado que los rebeldes implorasen perdon.

Sin embargo, Roldan le habia ofrecido ir á los alrededores de Santo Domingo en el momento en que supiese la llegada del almirante, para entrar en negociaciones con él.

No bien llegó Cristóbal Colon á la colonia con su hermano, despues de aprobar todos sus actos, se dispuso á seguir en persecucion de los rebeldes.

Carvajal le detuvo.

Por más que sintiera tener que entrar en negociaciones con aquellos miserables, para no malgastar sus fuerzas en estériles luchas, accedió á los deseos de Roldan, y le manifestó que estaba dispuesto á oirle.

Capítulo LXXI.

Miguel Ballester.

I.

Cuando las esperanzas sonreían al almirante, cuando después del viaje de exploración que había hecho al Golfo de Paria, se habían reanimado sus ilusiones al ver las perlas que había hallado, y sobre todo, al entrar en aquel rico país, el más bello de cuantos hasta entonces había visitado, tenía que separar su atención de las nuevas conquistas, de los nuevos elementos de prosperidad y riqueza que podía adquirir, para demostrar en la corte de España cuán infundadas, cuán parciales, cuán malévolas eran las versiones que para desprestigiarle á los ojos de los reyes levantaban sus enemigos; tenía que separar su atención de aquellos nuevos horizontes, tenía que aplazar el segundo viaje de exploración que proyectaba hacer al

Golfo de Paria, para perder el tiempo en inútiles y acaso vejatorias negociaciones con los rebeldes.

Era un contratiempo que no podía ménos de disgustar en extremo á un hombre que á costa de tantos sacrificios, y sobreponiéndose á sus enfermedades, procuraba pagar la deuda de gratitud que habia contraído con los soberanos de España, y hacer que las conquistas que proyectaba en el Nuevo Mundo llenasen las arcas del Tesoro é hiciesen envidiables para los demás reyes los triunfos que alcanzaban los que le habian tendido una mano protectora.

II.

La fatalidad habia querido que los elementos, hasta cierto punto sanos, con que hubiera podido contar para pacificar la colonia, es decir, los soldados y los tres capitanes que llevaba á bordo de sus buques, aterrorizados por la pintura que los rebeldes les hicieron del porvenir que les aguardaba, y seducidos por las falsas promesas de goces que les hacian, abandonasen su deber y fuesen á engrosar las filas de los descontentos, para aumentar el conflicto y hacer más difícil todo arreglo en aquellas angustiosas circunstancias.

Disponiase, sin embargo, el almirante á salir con los pocos soldados leales que tenia á su lado en persecucion de los rebeldes, y las noticias que le llevó Carvajal le sorprendieron en extremo.

Desgraciadamente, no eran las intenciones de Rol-

dan someterse á la autoridad del almirante con tanta facilidad como suponía.

III.

El capitán de la carabela que había ido á Xaragua para tratar de convencerle, había llegado á Santo Domingo con noticias que auguraban su rendición y la pronta pacificación de la isla.

Necesitaba, pues, tomar prontas y enérgicas medidas para evitar el conflicto que su imaginación le pintaba, y haciendo un supremo esfuerzo, consiguió una vez más que el espíritu triunfase de la materia, que el deseo de desempeñar su noble y grandiosa misión, amenguase los dolores que sus enfermedades le producían, para poder hacer el sacrificio de abandonar el lecho, de dejar los cuidados que necesitaba, y dedicarse á poner pronto término á las disensiones que destruían su obra de tantos años en breve tiempo.

IV.

Corrió la voz en la colonia de que el almirante y su hermano abrigaban el propósito de no consentir que ninguno de los colonos partiese para España, porque no les convenía que se supiese allí la conducta tiránica que observaban en la isla, y Roldan les decía que sólo uniéndose á él, y venciendo al almirante y á su hermano, podrían apoderarse de las carabelas que había en el puerto, y salir para España á formular

sus quejas á los soberanos y solicitar de ellos la justicia que necesitaban.

Para contrarestar esta version, expidió el almirante una proclama en 12 de Setiembre, ofreciendo dar pasaje y víveres para la expedicion á todos los que quisieran volver á España en cinco buques que estaban prontos á partir.

V.

No sólo se proponia, al anunciar esta resolucion, desmentir las versiones de sus enemigos, sino debilitar sus fuerzas, porque la mayor parte de los seductores anhelaban volver á la metrópoli, irian en su compañía los enfermos y los holgazanes, y librándose de todos aquellos hombres, quedándose únicamente con los que le eran fieles y podian manejar las armas, ó contribuir á los trabajos indispensables para el fomento de la colonia; y de este modo, siendo útiles todos los que permaneciesen á su lado, podria adelantar más, porque no tendria que distraer sus fuerzas del objeto principal de sus deseos para destruir las intrigas y oponerse á las maquinaciones de los que alteraban la paz, de los que con su conducta estaban á todas horas dispuestos á encender la tea la discordia, y á procurar que su siniestra luz iluminase aquellos campos, en donde debia florecer el ramo de oliva.

VI.

Si eran ciertas las intenciones de Roldan, si como

le habia anunciado Carvajal, estaba resuelto á someterse al almirante, porque el motivo de su rebelion no habia sido el propósito de desobedecer al que representaba allí la autoridad de los reyes, sino oponerse á medidas que suponía tiránicas y perturbadoras, nada más fácil que una reconciliacion, y por más que sólo sintiese desprecio hácia aquel hombre, que con tan negra ingratitud pagaba los favores que le habia dispensado, prefirió aquella humillacion moral, que podría aparecer como un nuevo acto de debilidad por su parte, á empeñar sus fuerzas en una lucha, cuyas consecuencias no estaba en el caso de poder apreciar, porque ignoraba quiénes eran los leales y quienes los traidores, aun entre los mismos que bajo sus banderas simulaban obedecerle y acatarle.

De todos modos, no podia desatender á Roldan, y no queriendo entrar en negociaciones directas con él, se dirigió al capitán de las tropas que guarnecian el fuerte de la Concepcion, para que llevase á cabo las negociaciones con los rebeldes.

Desempeñaba todavía aquel cargo el honrado y valeroso Miguel Ballester, que tantas pruebas habia dado de energia, defendiendo el puesto cuya custodia se le habia confiado, como de lealtad y adhesion hácia la persona del almirante y de su hermano Bartolomé, en quienes reconocia verdadera autoridad.

VII.

Miguel Ballester era un veterano que habia naci-

do, habia crecido y habia visto poblarse su cabeza de plateadas hebras en medio de los azares del combate.

Entusiasta partidario desde el principio de su vida de los derechos de la reina Isabel, habia luchado con los enemigos de esta jóven princesa, y más tarde habia contribuido al esplendor de su corona, realizando las grandiosas empresas que habia acometido su soberana para acabar de arrojar de los dominios de España á los sarracenos, destruyendo por completo la Media Luna, y plantando en todas las fortalezas que se habia conquistado en los siglos anteriores el signo de la redencion, que en aquella época animaba á los héroes á la guerra, ofreciéndoles, no sólo la gloria efímera del mundo, sino la gloria eterna de los mártires del cristianismo.

Justo es presentar con todos sus colores la figura de aquel noble caudillo.

VIII.

Miguel Ballester tenia á la sazón sesenta años.

Todavía no se habia encorvado su cuerpo bajo el peso de la edad.

Todavía su musculoso brazo podia blandir el pesado mandoble.

Todavía en los momentos de la lucha se inyectaban sus ojos de sangre, sus venas se abultaban, y el valor que ardía en su pecho reflejaba en su semblante, dando á entender que la juventud no habia abandonado su pecho, que no habia malgastado los

años en la lucha de las pasiones, y que conservaba todo el vigor, todo el esfuerzo para ocupar su puesto con honra, y dar constantes pruebas de su lealtad y su energía.

IX.

Sólo una vez se habia conmovido su corazon en presencia de una mujer.

Habia amado, y su sentimiento habia sido correspondido.

Las treguas de la guerra le hicieron entregarse á las delicias del hogar.

Pero su desgraciada suerte quiso que la que participaba de su amor y le adoraba, sucumbiese al dar á luz un hijo, fruto de su entrañable afecto.

Habia soportado con resignacion aquel golpe de la desgracia, que no debia ser el único que le atormentase en la vida.

Quince años despues, en la flor de su edad, cuando empezaban á sonreirle las ilusiones, murió su hijo, y desde entonces no tuvo más que un afecto, el que profesaba á la reina Isabel.

—Acompaña á Colon,—le dijo su soberana,—obedecele, y sé su apoyo en todas las ocasiones que de tí necesite.

Esto bastó para que Miguel Ballester fuese el mejor capitan de cuantos llevó á la colonia el almirante.

Convencido de su fidelidad, antes de partir para España le confió el peligroso puesto donde tantas

pruebas habia dado de su nobleza, de su adhesion, de su hidalguía.

X.

Aun aquellos mismos hombres desalmados que estaban á su lado y bajo sus órdenes; aun aquellos mismos criminales que habian preferido á las cadenas los trabajos de la conquista y la ocupacion de los territorios; aun aquellos mismos seres abyectos que habian perdido todos los sentimientos de honradez, no podian ménos de venerarle, porque era justo, porque era valeroso, porque causaba asombro en ellos el denuedo con que blandia la lanza, y el heroismo con que en los momentos difíciles se disponia á morir antes que dejar ganar un palmo de terreno á sus adversarios.

Ajeno á todas las intrigas, sin más pensamiento que el de obedecer á sus superiores, logró en más de una ocasion contener á los que simpatizaban con los sediciosos, despertar en su pecho gastado la esperanza y la gloria, como un premio, como un galardón, como una felicidad: goces que no podria experimentar abandonando su puesto y yendo á confundirse con los rebeldes.

No podia elegir Colon un negociador más á propósito que Miguel Ballester para que llevase á buen fin sus deseos.

Envióle órdenes terminantes, anunciándole desde luego que Roldan con los suyos se acercaba á la Concepcion.

Le encargó que saliera á su encuentro, que celebrara una entrevista con él, que le ofreciese completo olvido de su conducta, y el perdón para él y los suyos con tal de que se sometiese al cumplimiento de sus deberes, y fuese á Santo Domingo en la seguridad de que seria respetada su vida y la de sus compañeros.

XI.

Por si la palabra del anciano no bastaba, le autorizó para que escribiese esta promesa, y además le manifestó, que aunque pareciera debilidad de su parte y humillacion aquellas seguridades que daba á los rebeldes, estaba resuelto á formularlas por escrito y á autorizarlas con su firma.

Para que entrasen por buen camino, prefirió oscurecer su gloria á manchar los campos de la virgen América con la sangre de los españoles, derramada por sus mismos hermanos.

Miguel Ballester aceptó con entusiasmo esta mision.

¿Qué mayor gloria podia esperar que el obtener toda la confianza del almirante, que el conseguir la pacificacion de la isla, y reunir los esfuerzos de todos para evitar aquellas disensiones, cuyos resultados no podian dejar de ser funestos para todos los españoles?

A fin de no dar qué sospechar á Roldan, despues de dar sus órdenes, sin compañía alguna, sin armas, salió al encuentro de los rebeldes y los halló á po-

ca distancia del fuerte, en medio de las llanuras del Bonao.

XII.

Uno de los rebeldes más importantes, don Pedro Riquelme, habia adquirido en aquella parte de la isla grandes terrenos, que cultivaba con beneplácito del almirante.

Pero por la misma razon de que era poseedor de aquella parte del territorio, no se avenia á respetar la autoridad del almirante ni la de su hermano, y desde el principio habia sido uno de los agentes más eficaces y más activos de la insurreccion.

En una casa que habia construido en medio de sus posesiones fijaron los rebeldes su cuartel general, y hasta allí llegó Ballester para tratar con él.

Poco antes que él, llegó uno de los rebeldes, que capitaneaba á varios rufianes, y que se llamaba Andrés de Mogica.

XIII.

Roldan habia manifestado deseos á Carvajal de someterse á la autoridad del almirante.

Pero cuando se acercó á Riquelme, este le desoyó, manifestándole que no debia dar crédito á las promesas del almirante, el cual, aunque tuviese buena intencion, dominado por Bartolomé, haría un ejemplar castigo con ellos, y vengaria los ultrajes que habia sufrido su hermano.

—Somos bastante numerosos,—le dijo,—para hacernos independientes.

Cuando llegó Mogica y manifestó á sus dos compañeros que no contaba Colon con todos los habitantes de Santo Domingo y de la Isabel, y que la mayor parte de ellos, al ver que habian llegado pocos víveres, y muchos de los soldados que se habian unido á los rebeldes estaban decididos á hacer causa comun con ellos, se convenció Roldan de que no le convenia entregarse, y en esta actitud estaba cuando se presentó Miguel Ballester, y llamando á Roldan, le pidió una entrevista.

XIV.

No quiso el jefe de los rebeldes ir solo á ella, porque el capitan de la fortaleza de la Concepcion le inspiraba gran respeto, y temia que su influencia debilitase sus intenciones.

Rogó á Riquelme y á Mogica que le acompañasen, y los tres se presentaron á Ballester.

—Vengo,—les dijo,—en nombre del almirante á ofreceros la paz. No es su debilidad, no es su falta de energia lo que le mueve á pactar con vosotros. Hombres tiene á su lado, y yo soy uno de ellos, dispuestos á derramar hasta su última gota de sangre en su defensa. Pero la idea de una lucha entre españoles en país extranjero le horroriza, y me ha encargado que venga á proponeros el completo perdon de vuestras culpas, el olvido de vuestros actos sediciosos. Si os so-

meteis como los demás españoles á su legítima autoridad, y en vez de quebrantar sus fuerzas para realizar los designios de los soberanos, contribuíis á llevar á cabo su obra y desistís de vuestros propósitos.

—No ha podido enviar el almirante un emisario que más condiciones tenga para influir sobre nosotros que vos. No hay en toda la isla quien no reconozca vuestro valor, quien no respete en vuestras canas una vida honrada y sin mancha alguna, y nosotros, que aunque parecemos rebeldes y poderosos, creemos ser representantes de la verdad y de la justicia, somos los primeros en reconocer y acatar. Bien sabeis, y sabrán los soberanos á su tiempo, que si hemos tomado esta actitud hostil, ha sido para poner un correctivo á los abusos de autoridad del adelantado. Si el almirante no hubiese partido de nuestro lado, si no hubiese permanecido ausente, no nos hubiéramos visto en la triste necesidad de rebelarnos. No es, pues, contra él contra quien esgrimiremos nuestras armas. Dispuesto estoy, dispuestos están mis compañeros, á acatar su voluntad; pero es preciso para ello que acceda á nuestras peticiones. En los momentos en que me sublevé, desempeñaba yo las funciones de alcalde mayor de la colonia. Autorizado con este cargo, ofrecí á algunos de los indios de la Vega perdonarles el tributo que pagaban en cambio de los servicios que nos prestaban; el adelantado se ha apoderado de ellos; yacen en gran número en las prisiones de Santo Domingo y de la Isabela, ó mueren sofocados en los buques, y sufren toda clase de enfermedades. No se quejan de don Bartolo-

mé, se quejan de mí; creen que les he engañado, y cumple á mi decoro que se les dé una pronta satisfaccion, que se les conceda la libertad, que se les exima del pago del tributo, que no se les condene á la esclavitud, y cuando esto suceda, veré en estas satisfacciones el deseo de paz, y accederé á las proposiciones del almirante.

—No tengo yo instrucciones,—contestó Ballester,—para poderos ofrecer lo que pedís. Pero puesto que reconoceis rectitud y justicia en el almirante, acatad primero su autoridad, y no dudeis, que si vuestra peticion es justa, será satisfecha.

—No es bastante eso para que yo resuelva acceder á los deseos de Colon. Decidle que mientras no satisfaga mis justas reclamaciones, permaneceré en rebeldía, y advertidle, porque puede interesarle, que tengo en mis manos los medios de desacreditarle á los ojos de los reyes; que no se envalentone por que ha logrado reconquistar su favor en su último viaje, que piense que su resistencia es insegura, y que un soplo puede destruirla, obligándole á caer desde su altura en el abismo del olvido y del desprecio.

XV.

No quiso oir más Ballester.

Dispúsose á partir, y Riquelme, tomando la palabra, dijo:

—Añadid á todo lo que habeis oido que no estamos dispuestos á negociar con otro agente más que

con Carvajal. El ha estado con nosotros en Xaragua, él sabe nuestras intenciones, él nos ha demostrado una imparcialidad y una equidad que no reconocemos en ningun otro. Si el almirante quiere entrar en negociaciones formales, que le acredite cerca de nosotros para redactar las bases de nuestra reconciliacion.

Ballester, indignado, partió á dar cuenta al almirante del mal éxito de su negociacion.

Capítulo LXXII.

De necesidad virtud.

I.

Temeroso el venerable caudillo de que aprovecharen su ausencia los rebeldes; de que se acercasen al fuerte de la Concepcion y sobornasen á sus soldados, no quiso ir hasta Santo Domingo; se quedó en el fuerte, y envió un emisario para que noticiase á Colon el resultado de su viaje.

No esperaba ciertamente el almirante, despues de las promesas que Carvajal en nombre de Roldan le habia hecho, aquella contestacion arrogante é insidiosa.

Envió á sus hermanos, y formó parte de aquel cónclave de familia Antonio Colon, que admiraba tanto á su sobrino, y que tan dispuesto estaba á sacrificar su vida por él.

II.

—Yo creo,—dijo Antonio, porque no conocia la verdadera situacion en que estaban,—que en vez de negociar con ellos, debíamos salir por distintos lados los cuatro á perseguirlos para acabar de una vez con ellos.

—Esa medida puede ser funesta,—dijo Diego.

—Si por mí fuera,—dijo Bartolomé,—yo solo saldría á combatirlos, seguro de vencerlos; pero la prudencia aconseja agotar todos los recursos antes de emplear la fuerza.

—Tal es mi opinion,—dijo el almirante;—somos extranjeros, y han tenido muy buen cuidado de decirnoslo. Aunque hemos conseguido triunfos que han dado gloria á nuestro nombre, no quieren reconocer el mérito que con ellos hemos contraído, y sólo ven en nosotros hijos de una nacion extraña, que han alcanzado la proteccion de los reyes.

Esto es bastante para que no haya uno solo de entre los que están á nuestras órdenes que no sea nuestro enemigo.

Obligados por mi rigidez á no cometer ninguna clase de desmanes, á no satisfacer sus brutales instintos, ven en la compañía de los rebeldes la satisfaccion de todos sus deseos: libertad, independendencia, el triunfo del vicio, el goce del botin.

Unidos todos, pueden más tarde probar que se han sublevado contra nosotros, y hacer que nuestros ene-

migos en España premien sus actos como una noble y enérgica protesta contra nuestra autoridad.

Dios sabe lo que habrán hecho á estas fechas mis adversarios para sacar partido del castigo que di al miserable Briviesca en el momento de ir á darme á la vela; Dios sabe si aquel acto de justa indignacion habrá sido presentado á los reyes como una prueba de mi tiranía. Tacto, prudencia, humildad si es preciso: esta debe ser nuestra bandera.

—Pero á su sombra,—repuso Antonio,—crecen las familias de los sediciosos, merma tu autoridad y puede ser fatal esta conducta.

—Voy á convencerlos,—dijo el almirante,—de que no son leales todos los que están á mis órdenes. El mismo Ojeda, cuya espada es una de las mejores de mi ejército, desea volver á España, y esto prueba que no puede contener á los suyos. Pero no desconfío únicamente de las tropas que guarnecen la fortaleza, desconfío de los mismos soldados, de los mismos colonos de Santo Domingo y la Isabela.

III.

Llamó á uno de sus capitanes,

—Convocad á todos los soldados,—le dijo,—llamad á los colonos que puedan sustentar las armas, y anunciadles que vamos á partir á perseguir á los rebeldes.

—¿Qué intentas?—preguntó Bartolomé.

—Convencerme y convencerlos de que con la fuerza no puede lograrse nada.

El capitán transmitió las órdenes del almirante, y al día siguiente fué á decir á Colon que no podía contar más que con sesenta hombres.

—¿Y los demás?—le preguntó.

—Los demás, señor, alegan mil excusas: unos pretenden que están enfermos, otros que tienen parientes en la facción, y que no creen justo ir á luchar contra ellos.

IV.

—¡Sesenta hombres nada más!—exclamó con amargura.

—Y de estos tendreis que rebajar la mitad, porque si aún no han hallado pretexto para eximirse de prestar servicios, los encontrarán más tarde.

—Bien está; id á esperar mis órdenes.

Y volviéndose á sus hermanos.

—Ya lo veis,—les dijo;—vivimos sobre un volcan, la traicion nos rodea. Es necesario transigir.

V.

Por lo pronto, resolvió que partieran los buques, y fijó el día 18 de Octubre para que salieran del puerto.

Colon escribió á los soberanos una larga carta, que se conserva en los archivos, dándoles cuenta de la rebelion, del perdon que les habia ofrecido y de los atentados que temia.

Anunciábales asimismo que Roldan deseaba que apareciese su desobediencia más que como un desacato, como producto de una protesta contra él y el adelantado.

VI.

Colon no podía ser juez imparcial, y rogaba á los reyes que enviaran orden á Roldan para que fuese á España á ser juzgado por sus majestades despues de oir á Alonso Sanchez Carvajal como amigo de los rebeldes, y á Miguel Ballester como hombre bueno, por decirlo así, de la autoridad legitima.

Todos aquellos sucesos los atribuía á su larga permanencia en España, y á fin de que no se repitiesen en lo sucesivo, suplicaba á los reyes que miraran con atencion los negocios de Indias, enviasen con regularidad buques cargados con provisiones y demostrasen á los colonos que á pesar de la distancia no les olvidaban.

Tenía que sincerarse del castigo que habia dado á Briviesca en los momentos de partir, y consagraba algunas líneas á referir la verdad, y á implorar de los reyes justicia, previniéndoles contra las asechanzas de sus enemigos.

VII.

Tanto para la conversion de los indios, como para contener á los colonos, necesitaba que se aumentara el número de los eclesiásticos, y pedia á los reyes que enviaran nuevos misioneros á la colonia.

Asimismo les suplicaba que nombrasen un funcionario muy entendido en leyes para que, con arreglo á las que regian en la metrópoli, pudiese juzgar á los que faltasen á ellas en la colonia.

Por el mismo correo en que partió la carta, comunicó á los reyes el viaje que acababa de hacer, y envió muestras preciosísimas del oro que habia adquirido y de las perlas que habia hallado en el Golfo de Páris.

VIII.

Roldan supo por sus amigos de Santo Domingo la partida de los buques, y envió cartas á Fonseca justificando su rebelion, acusando al almirante y á sus hermanos de actos tiránicos é injustos, y manifestando que si delinquia estaba pronto á sufrir el castigo, pero que moriria tranquilo, porque al obrar como habia obrado, sólo habia sido obedeciendo al sentimiento del deber, sólo habia escuchado el grito de su conciencia, que le decia que no debia permitir los abusos que cometian los jefes de la colonia con los que desacreditaban á España, y hacian inútiles los sacrificios que habia costado la conquista de aquel territorio.

IX.

Las cartas de uno y otro partieron en los buques, con casi todas las personas inútiles y perjudiciales que habia en su colonia.

Cada viaje de estos llevaba á España nuevos haces de leña para la hoguera que los enemigos de Colon atizaban, sin más objeto que destruir en ella su gloria, manchar su reputacion y fomentar la ingratitude, para pagar con ella los beneficios que habia dispensado á España aquel grande hombre.



Capítulo LXXIII.

Donde se vé cómo juega la maldad con la buena fé.

I.

Mientras que los rebeldes entregaban á los enemigos del almirante aquellas nuevas armas para que destruyesen el pedestal de su gloria, tenia que verse el ilustre Colon obligado á soportar, ya casi en el ocaso de su vida, sinsabores horribles que hubieran acabado con una naturaleza ménos vigorosa que la suya.

Pero la fuerza de voluntad le ayudaba á sufrir aquellas contrariedades, y no es extraño que andando el tiempo haya pensado la Iglesia en canonizar á aquel hombre sublime.

Los tormentos que soportó con asombrosa resignacion y energia, las humillaciones que tuvo que devorar al lado de su ejemplar paciencia, de su bondad inalterable, bastan para justificar el honroso galardón

que á su memoria quiere la Iglesia otorgarle en nuestra época.

II.

Los rebeldes querian entenderse con Carvajal, y la mayor parte de los hidalgos y capitanes que rodeaban al almirante le aconsejaban que no le confiasen aquella mision, porque negociaria más en favor de los sediciosos que en favor de la legitimidad.

Acusábanle de haber llegado con los buques á la costa de Xaragua, y de haber admitido á bordo durante dos dias á Roldan y los suyos, dándoles provisiones de toda clase y armas.

Añadian á esta acusacion la de haber permanecido algun tiempo entre los rebeldes, sin que estos le hubieran maltratado.

Por el contrario, le habian colmado de atenciones y le habian acompañado hasta cerca de Santo Domingo.

III.

Colon habia observado atentamente á Carvajal, y no tenia motivo alguno para dudar de su fidelidad.

Desoyendo los consejos de sus amigos, resolvió confiarle la mision de negociar la paz con los rebeldes, y encargando al veterano Miguel Ballester que le acompañase, envió á Roldan una carta sumamente afectuosa, ofreciéndole completo olvido del pasado, y seguridad personal para él y sus secuaces.

IV.

Poco despues de haber salido los dos embajadores á desempeñar su encargo, llegó una carta, fechada tres dia antes en Bonao por los insurrectos, Roldan, Mogica, Diego de Escobar y Pedro de Gomez.

Vindicábanse en ella de la acusacion de rebeldia, de que eran objeto, y se presentaban como dignos de premio, por haberse opuesto á la tiranía del adelantado, y al mismo tiempo, por haber evitado que los que se habian ido con ellos hubieran asesinado á don Bartolomé, puesto que habian abrigado con tenacidad este propósito, del cual habian logrado disuadirlos.

V.

No dudó el almirante en vista de estas declaraciones que la reconciliacion se verificaria en breve, cuando tuviesen noticia de la carta amistosa que les habia dirigido, participándoles los medios de llegar á una pronta y honrosa avenencia con ellos.

Pero contrastaba con el espíritu de la carta la arrogancia que manifestaron al leer la de Colon en presencia de Carvajal y Ballester.

Los buenos oficios de los dos leales servidores del almirante, inclinaron á Roldan y á dos ó tres rebeldes á ponerse en camino para ir á ver al almirante.

VI.

Hicieron los preparativos necesarios para la expedición que proyectaban, y ya iban á montar á caballo, cuando los insurrectos, yendo á su encuentro, rodeándole y oponiéndose con súplicas y con amenazas á su partida, inutilizaron los esfuerzos que habian hecho Carvajal y Ballester.

Pensaban los soldados que sus jefes alcanzarían el perdón, y lo que es más, serían premiados y favorecidos.

Pero desconfiaban de que se extendiese á ellos la munificencia del almirante, y aun cuando esto sucediese, comparaban la vida que entonces hacían independiente y libre, llena de goces y desenfrenos, con la que les impondría el almirante; vida que sería peor que la de los demás soldados y colonos, porque les vigilaría muy de cerca, temeroso de que volvieran á insurreccionarse.

Ante este temor preferían los azares de la lucha al perdón y al olvido.

VII.

Para aplacarlos, Roldan, que deseaba á toda costa poner término á aquella vida anómala, y separarse de unos hombres que se habian envalentonado demasiado, y podían muy fácilmente convertirle en su primera víctima,

—Yo iré á ver á Colon,—dijo á los emisarios delante de los rebeldes.—Pero antes de partir necesito que me envíe un salvoconducto firmado y sellado por él, prometiéndome mi seguridad personal y la de mis compañeros.

Ballester trasmitió esta proposicion al almirante, y se permitió aconsejarle que accediese á ella.

VIII.

Colon siguió el consejo.

Poco despues recibió Roldan el salvoconducto que deseaba y llegó á Santo Domingo, donde celebró con el almirante una conferencia dolorosa para el ilustre hombre, que bajo la imperiosa ley de la necesidad tenia que humillarse, á pesar de ser tan grande, ante aquel hombre tan mezquino y repugnante, que sólo explotando las malas pasiones de sus pervertidos compañeros habia podido adquirir la influencia de que gozaba.

IX.

Colon accedió á todo.

Cada dia que pasaba sin lograr la rendicion de los rebeldes aumentaba el martirio de su corazon.

Perdia el tiempo en estériles negociaciones.

El temor de una lucha con sus propios hermanos le aterraba; pero al mismo tiempo deseaba volver al Golfo de Paria para proseguir los descubrimientos que con tan buen éxito habia empezado, descubrimientos

que debian alcanzarle de nuevo la admiracion de Europa, y facilitarle los medios de recuperar la influencia que habia perdido en el ánimo de los soberanas de España.

Por eso accedió á todas las condiciones que le imponia Roldan.

X.

Pero no satisfecho aquel ingrato y fementido hombre, pretextando que queria consultar con los suyos su resolucion, volvió al seno de los rebeldes y se mostró desde entonces más arrogante que nunca.

Envió su contestacion desde el cuartel general, y fijó al almirante el plazo de ocho dias para que contestase á sus condiciones.

Eran tan irritantes las que exigía, que Colon, en vez de darle la contestacion que pedia, mandó fijar una proclama en los puestos de la fortaleza de la Concepcion ofreciendo amnistia á Roldan y á sus compañeros, con tal de que se sometieran á su autoridad en el término de un mes, en cuyo caso á los que tal hiciesen les facilitaria el pasaje para España, y se les darian provisiones.

Los que no se presentaren en aquel plazo, serian perseguidos y caeria sobre ellos el rigor de la ley.

XI.

Carvajal se encargó de llevar una copia de esta orden á Roldan.

—Yo iré á ver á Colon,—dijo á los emisarios delante de los rebeldes.—Pero antes de partir necesito que me envíe un salvoconducto firmado y sellado por él, prometiéndome mi seguridad personal y la de mis compañeros.

Ballester trasmitió esta proposicion al almirante, y se permitió aconsejarle que accediese á ella.

VIII.

Colon siguió el consejo.

Poco despues recibió Roldan el salvoconducto que deseaba y llegó á Santo Domingo, donde celebró con el almirante una conferencia dolorosa para el ilustre hombre, que bajo la imperiosa ley de la necesidad tenia que humillarse, á pesar de ser tan grande, ante aquel hombre tan mezquino y repugnante, que sólo explotando las malas pasiones de sus pervertidos compañeros habia podido adquirir la influencia de que gozaba.

IX.

Colon accedió á todo.

Cada dia que pasaba sin lograr la rendicion de los rebeldes aumentaba el martirio de su corazon.

Perdia el tiempo en estériles negociaciones.

El temor de una lucha con sus propios hermanos le aterraba; pero al mismo tiempo deseaba volver al Golfo de Paria para proseguir los descubrimientos que con tan buen éxito habia empezado, descubrimientos

que debian alcanzarle de nuevo la admiracion de Europa, y facilitarle los medios de recuperar la influencia que habia perdido en el ánimo de los soberanas de España.

Por eso accedió á todas las condiciones que le imponia Roldan.

X.

Pero no satisfecho aquel ingrato y fementido hombre, pretextando que queria consultar con los suyos su resolucion, volvió al seno de los rebeldes y se mostró desde entonces más arrogante que nunca.

Envió su contestacion desde el cuartel general, y fijó al almirante el plazo de ocho dias para que contestase á sus condiciones.

Eran tan irritantes las que exigia, que Colon, en vez de darle la contestacion que pedia, mandó fijar una proclama en los puestos de la fortaleza de la Concepcion ofreciendo amnistia á Roldan y á sus compañeros, con tal de que se sometieran á su autoridad en el término de un mes, en cuyo caso á los que tal hiciesen les facilitaria el pasaje para España, y se les darian provisiones.

Los que no se presentaren en aquel plazo, serian perseguidos y caeria sobre ellos el rigor de la ley.

XI.

Carvajal se encargó de llevar una copia de esta orden á Roldan.

Al ir en su buque le encontró sitiando el fuerte de Santo Domingo.

Para apoderarse de él había tomado todas las sendas por donde los defensores de la fortaleza iban á buscar agua, y se proponia condenarles á morir de sed, si no querian entregarle la fortaleza, y formar parte de sus filas.

Carvajal le disuadió de su intento, y no tuvo que trabajar poco para lograr apaciguar á aquellos malvados.

XII.

Todos se mofaban de la proclama, y decian únicamente:

—Antes de un mes tendrá Colon que pedirnos á nosotros que le perdonemos.

Consiguió, sin embargo, Carvajal que Roldan redactase las bases de una capitulacion.

En ellas exigia el permiso para embarcarse con sus compañeros en el puerto de Xaragua en dos buques que pondria el almirante á sus órdenes bien provistos y armados.

Exigia además á Colon que diese á cada uno de sus secuaces un certificado de su buen comportamiento y una orden para que les abonasen las pagas que habian devengado, premiándoles sus buenos servicios con el derecho de llevar uno ó más esclavos, ó en cambio á las mujeres indias á quienes habian seducido, y de las que tenian hijos ó estaban próximos á tenerlos.

Para que resolviese el almirante, le daba de término ocho dias.

XIII.

Colon pasó por aquella nueva humillacion.

Pero no era bastante.

Uno de los buques que envió á la costa de Xaragua para que tomase á bordo á los rebeldes, sufrió grandes averías en el camino, y no llegó en los términos fijados.

Los rebeldes se arrepintieron de la promesa que habian hecho, pretextaron que los barcos estaban en mala disposicion para emprender el viaje, y se negaron por completo á partir.

Entonces fué cuando Roldan comprendió que le era ya imposible sujetar á aquellos hombres feroces, y aparentando acceder á sus deseos, cuando Carvajal dispuso que las carabelas volviesen á Santo Domingo, y se decidió á ir por tierra á la colonia, quiso acompañarle, y en medio del camino le obligó á detenerse.

XIV.

Solos los dos, y á la sombra de un árbol, hablaron largamente.

—Si el almirante quiere enviarme un salvoconducto escrito de su puño y letra para mi seguridad personal y la de mis caudillos, iré á verle, y os prometo que terminaré nuestras disidencias de una ma-

Al ir en su buque le encontró sitiando el fuerte de Santo Domingo.

Para apoderarse de él habia tomado todas las sendas por donde los defensores de la fortaleza iban á buscar agua, y se proponia condenarles á morir de sed, si no querian entregarle la fortaleza, y formar parte de sus filas.

Carvajal le disuadió de su intento, y no tuvo que trabajar poco para lograr apaciguar á aquellos malvados.

XII.

Todos se mofaban de la proclama, y decian únicamente:

—Antes de un mes tendrá Colon que pedirnos á nosotros que le perdonemos.

Consignió, sin embargo, Carvajal que Roldan redactase las bases de una capitulacion.

En ellas exigia el permiso para embarcarse con sus compañeros en el puerto de Xaragua en dos buques que pondria el almirante á sus órdenes bien provistos y armados.

Exigia además á Colon que diese á cada uno de sus secuaces un certificado de su buen comportamiento y una orden para que les abonasen las pagas que habian devengado, premiándoles sus buenos servicios con el derecho de llevar uno ó más esclavos, ó en cambio á las mujeres indias á quienes habian seducido, y de las que tenian hijos ó estaban próximos á tenerlos.

Para que resolviese el almirante, le daba de término ocho días.

XIII.

Colon pasó por aquella nueva humillacion.

Pero no era bastante.

Uno de los buques que envió á la costa de Xaragua para que tomase á bordo á los rebeldes, sufrió grandes averías en el camino, y no llegó en los términos fijados.

Los rebeldes se arrepintieron de la promesa que habian hecho, pretextaron que los barcos estaban en mala disposicion para emprender el viaje, y se negaron por completo á partir.

Entonces fué cuando Roldan comprendió que le era ya imposible sujetar á aquellos hombres feroces, y aparentando acceder á sus deseos, cuando Carvajal dispuso que las carabelas volbiesen á Santo Domingo, y se decidió á ir por tierra á la colonia, quiso acompañarle, y en medio del camino le obligó á detenerse.

XIV.

Solos los dos, y á la sombra de un árbol, hablaban largamente.

—Si el almirante quiere enviarme un salvoconducto escrito de su puño y letra para mi seguridad personal y la de mis caudillos, iré á verle, y os prometo que terminaré nuestras disidencias de una ma-

nera digna, porque esta vida me cansa ya y deseo deshacerme de mis mismos amigos.

Convinieron en que Roldan esperaria á Carvajal para saber la resolucion del almirante, y no tardó en volver con el salvoconducto que pedia y una carta amistosa, exhortándole de nuevo á la reconciliacion.

Al mismo tiempo rogó á las personas más influyentes de la colonia para que escribiesen en igual sentido á Roldan.

XV.

Ya parecian próximas á arreglarse las diferencias; ya iba á tocar el fruto el ilustre marino de su conducta bondadosa; ya acariciaba la esperanza de poder consagrarse á sus nuevas exploraciones, cuando llegó un buque de España con comunicaciones de los reyes que le affligieron en extremo.

La carta estaba escrita de orden de los soberanos por el obispo Fonseca, y con glacial lenguaje le daban á entender que no se ignoraba en la corte el triste estado de la colonia, y que habiendo motivos para pensar que le cansaban su conducta y la de sus hermanos, se hallaban los reyes resueltos á enterarse por sí propios de todo lo que ocurría, para poner pronto remedio á aquellos males é imponer el castigo á los que lo mereciesen.

XVI.

Esta helada respuesta á las urgentes peticiones que

habia dirigido en sus últimos mensajes, le demostraron que sus enemigos ganaban terreno, y cayó en un profundo abatimiento.

Mayores consecuencias debia tener esta contestacion, tan poco meditada, en las negociaciones que tenia pendientes.

Capítulo LXXIV.

Que es sobre poco más ó ménos una continuacion del anterior.

I.

En vez de desmayar en presencia de aquel nuevo desengaño que recibió, resolvió, para desmentir las calumnias de sus enemigos, pacificar á toda costa la isla, aún cuando el conseguirlo le costase nuevas y dolorosas humillaciones.

Embarcóse en seguida en compañía de algunas personas importantes, con el objeto de celebrar una entrevista en Azúa con el jefe de los rebeldes.

Sus pretensiones se aumentaron al ver que la primera autoridad de la isla se sometia á todos sus caprichos, y hasta abandonaba su residencia para ir á buscarlos.

Habian recibido noticias de la escasa influencia que gozaba en la corte el almirante; algunos agentes de

Fonseca, que habian llegado con la última expedicion, les animaban á continuar por la senda fatal que habian emprendido, y al hallarse en presencia de Colon no parecian ellos los culpables y el gran hombre su juez; sino por el contrario, Colon parecia el delincuente, y Roldan y los suyos los instrumentos de la justicia.

II.

Trasladáronse á bordo de la carabela que ocupaba el almirante, y le pusieron por condicion para una avenencia, el que se les permitiera enviar á España en los buques que estaban en Santo Domingo los rebeldes que quisieran abandonar la isla; que se otorgaran tierras de cultivo en vez de sueldos á aquellos de sus partidarios que desearan permanecer en la colonia; que se diera la más cumplida satisfaccion á Roldan, declarando solemnemente calumniosas todas las acusaciones que contra él se habian fulminado; y por último, que se le restableciera en el empleo de alcalde mayor.

Mis lectores, que á fuerza de seguir á Colon paso á paso en su larga y dolorosa peregrinacion, habrán formado una idea exacta de su carácter, comprenderán cuánta fué su amargura al escuchar aquellas proposiciones y cuán grande el sacrificio que tuvo que hacer para admitirlas.

III.

Las admitió, en efecto, y Roldan se separó de él

para comunicar á sus compañeros la resolución del almirante.

A los pocos dias volvió Roldan, añadiendo una cláusula más horrible aún.

Esta cláusula era que si el almirante faltaba á aquel pacto, tendrían derecho los rebeldes para obligarle á cumplirle por la fuerza ó por los medios que juzgaren convenientes.

Se hubiera resistido á aceptar esta última condición, si por entonces no hubiera llegado á sus oídos la noticia de que muchos caciques del Ciguay habían reunido á los más valerosos guerreros de la isla, y proyectaban atacar la fortaleza de Santo Domingo, para librar del cautiverio á Guaorocaya, y si era posible, á Mayabonex.

Sin perjuicio de explicar algun dia á los suyos lo que significaba su condescendencia, firmó aquel pacto vergonzoso, y Roldan, el ingrato y traidor Roldan, volvió á pavonearse, desempeñando con inaudita arrogancia el cargo de alcalde mayor.

Rodeado de sus secuaces, apoyándose en ellos, trataba de igual á igual al almirante, contradecía sus órdenes, quitaba empleos y los daba, y los buenos y los leales tenían que sucumbir, como el mismo Colon, á la influencia de la chusma.

IV.

No satisfecho aún con las concesiones que habia obtenido del almirante, pidió para sus antiguos parti-

darios grandes porciones de tierra en el departamento de Xaragua, y la completa autorizacion para que se establecieran en ellas.

El almirante se opuso á este deseo, y para que no estuvieran juntos, les concedió tierras en diversos parajes de la isla.

Unos se establecieron en Bonao, otros en las orillas del rio Verde en la Vega, y otros en el camino de Santiago.

Las colonias que formaron, dieron origen á las ciudades que más tarde se establecieron en aquellos mismos puntos.

V.

Para que los indios volviesen á pagar los tributos, organizóse una especie de policía, compuesta de un capitán y algunos soldados, los cuales tenian la mision de recorrer la isla en todas direcciones.

Roldan, persistiendo en su táctica, reclamó la posesion de ciertos terrenos en las cercanías de la Isabel.

Además le otorgó tierras en Xaragua, y le dió gran cantidad de ganados pertenecientes al Patrimonio Real.

Pero todas estas dádivas eran interinas, porque el almirante reservaba á la Corona el derecho de confirmarlas ó anularlas.

Dueño de tantas tierras el misero pordiosero que habia llegado al monasterio de Santa María de la Rá-

bida, pidió autorizacion para habitar sus posesiones, y el almirante se la concedió de buen grado para alegrarle.

VI.

Partió Roldan y se detuvo en Bonao, en donde nombró á Pedro Riquelme, su antiguo camarada, alcalde de aquel departamento.

Con este nombramiento, y con otros actos, dió á entender á Colon que no habia renunciado á sus desig-nios hostiles, y se confirmó en esta creencia al saber que Pedro Riquelme, pretextando el establecimiento de una casa rural para sus ganados, comenzó á levantar un fuerte edificio sobre una colina.

Aquel edificio podia convertirse en una verdadera fortaleza.

VII.

Despues de haber sido Colon tantas veces débil, necesitaba entonces probar su energía.

Prohibió terminante que continuase la construccion del edificio, y no tuvieron más remedio que obedecer los que al levantarle pensaban efectivamente facilitarse un sitio donde defenderse de las tropas de Colon en caso necesario.

Los desengaños y las enfermedades hacian desear á menudo al almirante un nuevo viaje á España para contradecir las calumnias de sus enemigos, y pintar la verdadera situacion de los países descubiertos á los soberanos.

Pero por una parte los rebeldes, y por otra los indios, que se aprestaban á rescatar á su rey Guaorocaya, obligaron á Colon á realizar su deseo.

VIII.

A principios de Octubre envió dos carabelas á España con algunos rebeldes, y todos los colonos que quisieron regresar á la Península.

En aquella expedicion se permitió á los españoles llevar algunos indios como esclavos ó á las mujeres que habian seducido.

Hernando de Guevara, de acuerdo con Anacaona, partió tambien con la hermosa Higuanamota, que aunque sentia abandonar á su madre, su amor y la esperanza de encontrar en España al autor de sus dias, amortiguaban su dolor.

IX.

No pudiendo partir el almirante, envió á Miguel Ballester con ámplios poderes para que se presentase ante los reyes y explicase la verdad.

Asimismo escribió á los monarcas dándoles cuenta de todos los sinsabores que habia sufrido, y de la conducta arrogante y malvada de Roldan y los suyos, y repetia sus anteriores peticiones, como el único medio de salvar el conflicto en que se hallaba la colonia.

X.

Una idea habia cruzado por la mente de Colon al encontrarse bajo el peso de la desgracia.

Al ver que su enfermedad le molestaba con mayor intensidad que nunca, al ver que todo se conjuraba contra él, porque la sombra de la muerte parecia proyectarse en el horizonte de su vida, pensó en su hijo, en Diego, para que continuase su obra en el Nuevo Mundo.

Era jóven, habia recibido una esmerada educacion, se hallaba dotado de nobles sentimientos, habia deseado acompañar á su padre despues de la herida que habia sufrido su corazon al perder á María, y nadie como él podia comprender sus ideas, abrigar sus deseos y hallar el triunfo para su causa, que era la de la civilizacion, la de la humanidad, y cuyo triunfo era seguro, por más que las pasiones de sus contemporáneos quisieran borrar su nombre de la historia del mundo.

El almirante escribió á su hijo en este sentido, y suplicó á los reyes que le dieran permiso para que fuera á reunirse con él.

XI.

No bien habia obtenido un triunfo la autoridad de Colon sobre Roldan, Riquelme y Mogica, prohibiéndoles la continuacion de su comenzada fortaleza, cuan-

do supo la llegada á la costa de cuatro embarcaciones, al mando de Alonso de Ojeda, que algunos meses antes habia partido á España, llamado secretamente por Fonseca y fletado por un rico comerciante florentino, que como simple marinero habia estado algunos años antes en la colonia.

Aquellos buques eran libres, y por lo tanto no debían someterse á la autoridad de Colon.

Su mision en aquella parte del Océano era arrebatár al almirante sus más preciosas conquistas, era hollar sus legítimos derechos.

XII.

Colon pensó inmediatamente en Roldan, para encargarle la mision de explorar las intenciones del jefe de aquella expedicion clandestina.

La astucia de Roldan, el interés que tenia en no someterse á ninguna otra persona que pudiera privarle de las dádivas que habia obtenido del almirante, hicieron creer á este que no hallaria un agente más á propósito que él para librarle de aquel nuevo conflicto.

Roldan aceptó el encargo con gusto, llegó al puerto de Jacquemel al frente de un pequeño ejército, y habiéndose informado de que Ojeda, con gran parte de los tripulantes, habia salido á buscar provisiones, quiso sorprenderle en mitad del camino.

XIII.

Los indios del país habían reconocido á Ojeda, al que veneraban con el respeto y el aprecio que le había manifestado Caonabo.

Al mismo tiempo odiaban á Roldan, porque habían sido víctimas de sus excesos, y se apresuraron á participar á Ojeda que había llegado en su persecucion.

No se intimidó Ojeda.

Descando conocer el peligro de cerca, fué al encuentro de Roldan sólo con seis hombres de toda su confianza.

Roldan fingió gran asombro el verle.

XIV.

—¡Qué agradable sorpresa!—exclamó al hallarse en presencia de Ojeda.—¿Vos por aquí? Os hacia en España.

—¿Es posible que ignoreis mi llegada á la costa?

—Os aseguro que lo ignoraba.

—Entonces, ¿cuál es el motivo que os trae aquí?

—Permitidme que participe de vuestra curiosidad, y os haga idéntica pregunta.

—Preguntar no es responder.

—Soy recién venido y os debo toda clase de atenciones. No tengo inconveniente en manifestaros la causa de mi estancia aquí. Soy alcalde mayor de la is-

la; los indios no son todo lo humildes que debieran, y de cuando en cuando es necesario que se aperciban de que estamos aquí para que no se insurreccionen. Tal es el motivo de mi presencia en este departamento.

—Pues yo, —dijo Ojeda, con el mismo desenfado, —he salido de España hace dos meses con cuatro carabelas, decidido á descubrir tierras en medio del Océano, y si me he detenido en la isla, ha sido para reparar las averías de los buques y adquirir provisiones.

—¿Es decir, que no venis á poner os á las órdenes del almirante?

—De ningún modo, —contestó Ojeda con arrogancia.

—En ese caso, voy á verme precisado á desempeñar mis funciones de alcalde mayor.

—Desempeñadlas en buen hora.

—Soy vuestro amigo y lo siento; pero no tengo más remedio que exigir os la real cédula, en virtud de la cual cruzais los mares de la jurisdicción del almirante, tocais en esta isla sin su permiso y os proponéis partir á hacer descubrimientos.

—En primer lugar, debo deciros que siempre ha sido mi ánimo pasar á Santo Domingo á ofrecer mis respetos al almirante. No era esto en mí sólo un deber de cortesía, sino de amistad. Desde su salida han variado mucho las cosas en España, y las noticias que he darle podrán serle muy útiles. Acá para entre los dos, está en desgracia, y los reyes dudan ya, si no de su honradez, de su pericia. La reina, que es su verda-

dera protectora, está muy enferma; los médicos no creen poder salvarla, y todo hacer creer que cuando falte se eclipsará la estrella de Colon.

XV.

Roldan no echaba en saco roto estas noticias.

—Por lo demás,—añadió Ojeda,—no seré yo quien deje de reconocer vuestra autoridad, y os invito á que vengais á visitar mis buques para poder mostraros los papeles que me acompañan y que me autorizan á continuar mi viaje.

Accedió Roldan á esta invitacion, y halló en las carabelas á muchas personas conocidas que habian estado en otro tiempo en la colonia, y que se hallaban muy animadas á proseguir los descubrimientos que habia inaugurado Colon en el Golfo de Paria, país mucho más rico que la Española.

Ojeda mostró á Roldan una licencia firmada por el obispo Fonseca como superintendente de los negocios de Indias, autorizándole para emprender un viaje de descubrimientos.

XVI.

Las noticias que habia llevado Colon acerca de las perlas y de los ricos frutos que se hallaban en la costa que habia visitado, antes de regresar á Santo Domingo habian caido en poder de Fonseca.

El almirante envió tambien mapas, y valiéndose

de ellos, fraguó una intriga el enemigo irreconciliable de Colon, y preparó el viaje de Alonso de Ojeda con el concurso de Américo Vespucio, que á la sazón se habia enriquecido, estableciéndose en Sevilla.

Juan de la Cosa, célebre piloto á quien habia enseñado el almirante, se encargó de dirigir los buques al país que debían conquistar.

XVII.

Los cuatro buques salieron de España á mediados de 1499; visitaron las costas del continente del Sur, desde doscientas leguas del Oriente del Orinoco hasta el Golfo de Paria; descubrieron el Golfo de Venezuela; se acercaron á las islas Caribes, en donde hicieron algunos prisioneros entre sus habitantes, y llegaron á la Española con el objeto que indicó Ojeda á Roldan.

XVIII.

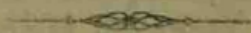
Con todas estas noticias partió Roldan á Santo Domingo, las confió á Colon, y puede asegurarse que hasta entonces ningun pesar habia producido tanta mella como aquel en su corazon.

Representaba á sus ojos la más negra de las ingratitudes, no ya por parte de sus enemigos, sino por la de los monarcas de España, que tanto le debían; y no queriendo dar crédito todavía á lo que Roldan le habia contado, aguardó con ansiedad á que Ojeda cumpliera su promesa de ir á Santo Domingo, para apu-

rar en aquella entrevista hasta la última gota de hiel del caliz de amargura que la adversa fortuna le brindaba en el ocaso de su vida.

XIX.

Pero antes de pasar adelante, querrán sin duda alguna mis lectores saber de qué manera habia logrado enriquecerse Américo Vespucio, y los verdaderos móviles que habian impulsado á Fonseca á facilitar la expedicion de Ojeda, y voy á complacerles.



Capítulo LXXV.

Una historia dentro de otra.

I.

Cuando se dió la órden en la córte de España de perseguir y castigar á los que habian calumniado á Colon, Américo Vespucio pudo, como recordarán mis lectores, escaparse á Portugal, y fué resuelto á sacrificarlo todo á la fortuna que deseaba proporcionar á su hija.

Por de pronto, logró ponerse en salvo, y aunque modestamente, vivió algun tiempo en Lisboa, ayudado con el producto de su trabajo y los auxilios que, para tenerle siempre propicio, le enviaba Fonseca.

II.

Sin más idea que la de enriquecerse á cualquier precio para resarcir á su hija de la fortuna que le ha-

bia arrebatado, su genio activo y emprendedor le inspiraba infinitos proyectos, que se estrellaban en las escasas relaciones que tenia en Lisboa y en su carácter de desterrado.

Aun cuando era en la corte lusitana una buena recomendacion la de ser enemigo de Cristóbal Colon, cuando supieron que Américo era italiano, y por lo tanto, compatriota del almirante, dudaron de su sinceridad, y atribuyeron á despecho lo que ellos hubieran querido que fuese odio.

III.

Viendo que eran inútiles cuantos esfuerzos hacia para encontrar los medios de ocupar una posicion, ó de dedicarse á una industria que pudiera facilitarle la realizacion de sus deseos, escribió al obispo Fonseca, pidiéndole siquiera alguna carta de recomendacion para que el clero de Lisboa le amparase y le apoyase en sus propósitos.

En aquella carta revelaba al prelado los poderosos motivos que tenia para desear enriquecerse, y conociendo Fonseca que aquel estímulo, apoyado por él entonces, podria más tarde, cuando necesitara á Américo, darle los mejores resultados, proporcionó al desterrado una eficaz recomendacion para el prior de un convento, persona muy querida y respetada entre los miembros de la nobleza portuguesa.

IV.

Fray Bartolomé Pazzos, que así se llamaba, recibió á Américo y oyó sus pretensiones.

—Soy un pobre italiano,—le dijo,—á quien la desgracia le ha conducido aquí. Despues de haber servido en España al duque de Médicis, acompañé á Colon en su segundo viaje al Nuevo Mundo. Pero aquellos países no son tan bellos ni tan buenos como los pintan. Las provisiones escasean, las privaciones y los trabajos me acarrearón una penosa enfermedad. Regresé á España, fuí llamado á declarar acerca de la verdadera situacion de los españoles en las Indias, y dije la verdad; pero llegó hace poco el almirante, influyó en el ánimo de los reyes, y se fulminó una sentencia contra todos los que habiamos descrito con sus tristes colores el presente y el porvenir de los países descubiertos. Para no ser sepultado en un calabozo, tuve necesidad de pasar la frontera y refugiarme en esta hospitalaria nacion; pero me faltan recursos; soy jóven, quiero trabajar, necesito proteccion y amparo, y vengo á suplicaros que seais mi providencia.

V.

Atendiendo á la recomendacion que llevaba y simpatizando con Américo, le ofreció fray Bartolomé buscarle algun empleo.

—Volved á verme dentro de algunos días,—le di-

jo,—y entre tanto no carezcáis de nada. Si no podeis pagar un hospedaje, venid al convento; en él tendreis una celda. Si os faltan recursos para atender á vuestras necesidades, nosotros tenemos el deber de ser caritativos, y con vos, además del deber, tendremos la satisfaccion de auxiliáros.

—Dios os lo pague,—dijo Américo, esperanzado y prometiéndose volver á ver al prior.

Un momento despues se separó de él, besando humildemente su mano.

VI.

Fray Bartolomé resolvió, en efecto, prestarle auxilio.

Repasó en su imaginacion los elementos con que contaba, y no tardó en encontrar una magnífica proporcion de ocuparle.

VII.

Vivia en Lisboa una ilustre dama, célebre tanto por sus riquezas como por la historia de su vida, que era en extremo dramática.

Hija de un noble portugués, de la familia de los Vasconcellos, perdió á su madre siendo aún muy niña, y su padre, que en aquella época de descubrimientos se habia consagrado con amor á la marina, la dejaba durante sus expediciones al cuidado de una hermana suya.

Desempeñaba cerca de la reina un alto empleo, que hacia sufrir mucho á la jóven, porque tenia hijas, á las que preferia, como era natural, dando ocasion á Blanca, que así se llamaba la hija del marino, para echar de ménos las caricias de su madre.

VIII.

Llegó la jóven á los diez y ocho años, y aunque no le faltaba nada de lo necesario para su cuerpo en casa de su tia, le faltaba todo para su alma.

Solo gozaba cuando volvía su padre de algun viaje y permanecía á su lado algun tiempo.

Renació en su alma la alegría al saber que su padre, por consagrarse á su cuidado, renunciaba á sus expediciones marítimas.

Su rostro se animó.

Las lágrimas que siempre nublaban sus ojos desaparecieron por completo.

La alegría, que es otra nueva juventud, aumentó sus encantos, y las miradas de los más apuestos galanes se fijaron en ella.

Blanca amaba á su padre con delirio, porque desde muy niña habia sentido la necesidad de amar, y encontrándose sola, al volver al lado del autor de sus dias, reconcentró en él todo el afecto que hubiera tenido para los dos séres á quienes debia la vida.

IX.

Trascurrió algun tiempo feliz para el padre y para la hija, cuando aquel recibió la órden de salir en una carabela á perseguir á un corsario africano que tenia atemorizados á todos los capitanes de los buques mercantes que hacian el tránsito entre Portugal y Guinea.

No podia eximirse de cumplir aquella órden, y participó á su hija su resolucíon, anunciándola que mientras él estuviera ausente viviria con su tia.

—No, padre mio, no,—dijo Blanca;—he prometido no abandonaros, y no os abandonaré.

—En ese caso, me obligas á faltar á mis deberes.

—De ningun modo; servís al rey, y debeis cumplir su voluntad; pero yo puedo acompañaros.

—¿Qué es lo que dices?

—Os suplico que me lleveis en vuestra compañía.

—¡En una expedicion tan arriesgada como la que voy á emprender, cuando es posible que el corsario se resista á nuestras amenazas y necesitemos luchar con él!

—¿Qué importa? Con eso estando á vuestro lado os daré ánimo.

—No, no es posible; desiste de tu empeño.

—En ese caso, despediros de mí para siempre, porque cuando volvais me habrá muerto la pena.

X.

Tanto insistió la jóven, que resolvió su padre darla gusto, y se embarcó con ella.

El corsario era un árabe jóven, vigoroso, denodado.

Hacia muy poco tiempo que surcaba los mares, y ya era conocido entre todos los navegantes por su arrojo, por la serenidad con que desafiaba el peligro, por la generosidad con que trataba á los que caian en su poder.

El nombre de Almanzor y sus proezas habian despertado en Blanca un interés novelesco.

Temia que llegase el momento de encontrarle, y al mismo tiempo lo deseaba.

No tardó mucho en realizar su deseo.

XI.

La carabela que mandaba su padre divisó al corsario, y poniendo la proa hácia el sitio en donde se hallaba, fué resuelto á intimarle la rendicion.

—Nos ha visto, y sin embargo, no se aleja,—dijo el vigía del buque.

El jefe de la embarcacion mandó izar la bandera de guerra, y sin embargo, la galera del corsario permanecia tranquila, esperando al buque como á un objeto inofensivo.

XII.

Al hallarse á una regular distancia, todavía habló el padre de Blanca con la bocina al pirata africano, diciéndole que se entregara á él, si no quería arros-
trar los efectos del combate.

El corsario contestó á aquella amenaza dirigiendo su buque al portugués, y mostrando sobre cubierta á sus compañeros armados con afilados yataganes y dispuestos á pelear.

La aflicción de Vasconcellos fué inmensa.

Desde aquel momento no pensó más que en su hija.

Necesitaba hacer un supremo esfuerzo para vencer á los caribes antes de que pudiesen penetrar en su buque y cautivar á su hija.

XIII.

Preparó sus soldados para la lid, ocultó á su hija en el camarote, y cuando la galera se acercó á tiro de cañón, disparó contra ella.

Pero los piratas avanzaron resistiendo los disparos de los arcabuces, y las dos embarcaciones llegaron á juntarse.

Lanzáronse los árabes como tigres á las galerías de la carabela, y tomándola al abordaje, sostuvieron una lucha encarnizada con los portugueses.

Almanzor se encontró frente á frente de Vascon-

cellos, é iba á descargar sobre él su alfango, cuando se apareció á su vista Blanca, y cayendo á sus piés:

—No mateis á mi padre,—exclamó.

El supremo esfuerzo que hizo para pronunciar estas palabras, le quitó las fuerzas y cayó desmayada.

XIV.

En aquellos momentos iba Vasconcellos á atravesar con su espada á Almanzor, cuando una bala de arcabuz, disparada por uno de los piratas que le habia arrebatado de las manos de un portugués que quiso defender á su jefe, le atravesó el pecho, dejándole sin vida.

Cuando Blanca volvió en sí, se encontró en una habitacion completamente desconocida para ella, sobre muelles almohadones de damasco, y al fijar sus asombrados ojos en torno suyo, no pudo menos de sorprenderla la magnificencia de los mosaicos que adornaban las paredes y el perfume de los arrayanes que embalsamaban la estancia, penetrando á través de las celosías de una ventana ojival que se abría á un jardín delicioso.

XV.

Poco después se presentó á su vista Almanzor.

Hablaba perfectamente el portugués, y le refirió con lágrimas en los ojos las tristes escenas á que habia dado lugar el combate.

Pero al mismo tiempo la confesó con vehemencia el amor que le habia inspirado, y su resolucion de hacerla la más feliz de las mujeres.

Almanzor poseia inmensos tesoros.

Además, su fama era justa.

Audaz y valeroso en el combate, poseia en la paz los sentimientos más nobles y más generosos.

Para abreviar: el tiempo y las fuerzas del pirata despertaron en el corazon de Blanca un afecto tan raro, tan desconocido, tan vehemente como el suyo, y fué su esposa.

XVI.

En medio de los goces que hallaba en torno suyo, no podia ménos de acordarse de su padre, de sus costumbres, de su religion, y Almanzor no sabia qué hacer para desterrar la tristeza que leia en sus ojos.

De su amor nació un hijo, y horrorizada Blanca ante la idea de que fuera musulman, desde muy niño comenzó á sembrar en su corazon las semillas de la fé cristiana.

XVII.

Trascurrieron veinte años, en los cuales aumentó sus riquezas Almanzor y llegó á ser esclavo de su esposa.

La amaba tanto, que con tal de que correspondiera á su cariño, la prometió entregarse á sus preceptos

religiosos, cultivó en el corazón de su hijo la fé que ella profesaba, y aún hizo más.

Para aliviar la tristeza de su esposa, la prometió enviarla á Portugal ó permitirle al ménos que hiciera un viaje, con la única condicion de que le dejase á su hijo, prenda segura de que volvería.

Deseaba tan vehementemente Blanca volver á ver á su patria, encontrar allí un templo católico, y postrarse ante la imagen de Dios y de la Virgen, que olvidando la gratitud que debia á Almanzor, concibió el plan de separarse de él para siempre, y hacer que su hijo, aun cuando se quedase en compañía de su padre, fuese á reunirse con ella.

XVIII.

Almanzor preparó una expedicion para realizar el deseo de Blanca.

Llenó gran número de arcas con el oro y las joyas que tenia en su palacio, objetos todos que representaban una fortuna inmensa, y quedándose con su hijo, envió á Blanca á realizar su dorado sueño.

Puso en libertad á varios cautivos para que la acompañaran, y algun tiempo despues corrió en Lisboa la noticia de que la hija del célebre marino Vasconcellos habia llegado con un rico tesoro.

Se dijo que su padre y ella habian sido cautivos, que más tarde habian podido escaparse á las posesiones que tenia Portugal en África, que allí se habia enriquecido Vasconcellos, y que al morir habia dejado

á su hija infinitas riquezas, que llevaba á Lisboa para pasar en la opulencia el resto de sus dias.

XIX.

Blanca quiso ocultar á todo el mundo sus amores con Almanzor, y sólo confió á fray Bartolomé la verdadera historia de su vida.

Esperaba de un momento á otro la llegada de su hijo, que le habia ofrecido antes de partir que iria á reunirse con ella.

Pero necesitaba en Lisboa una persona de confianza que pudiese administrar sus intereses, y convertir en oro aquellas ricas joyas que en tantos años habia atesorado Almanzor, y le habia dado, para que con ellas deslumbrase en Lisboa á las mujeres más distinguidas de la corte.

Nadie mejor que Américo Vespucio para desempeñar el cargo de mayordomo, secretario y agente de Blanca.

Fray Bartolomé pensó en él, y le propuso á Blanca. La proposicion fué aceptada.

Capítulo LXXVI.

Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones.

I.

Américo Vespucio entró al servicio de Blanca, y simpatizó tanto con ella, que no tardó en confiarle una gran parte de sus proyectos para que le secundase.

Ignoraba aún el jóven la importancia del tesoro que poseía su ama; pero de todos modos, se prometía encontrar en su generosidad la base de la fortuna que necesitaba para cumplir la promesa que había hecho á su hija.

II.

Aun no hacía un mes que estaba al servicio de la esposa de Almanzor cuando llegó Isabel á Lisboa, le buscó y le anunció la desaparición de su hija.

Esta noticia le consternó.

En cierto modo no necesitaba ya asegurar el porvenir de Esperanza, porque habiéndosela llevado en su compañía don Alfonso, habiendo descubierto la verdad, claro era que la dispensaría la protección que desde el principio se había propuesto ofrecerla, y la dejaría todos sus bienes al morir.

Pero le indignaba que su hija debiese el bienestar á aquel hombre; le indignaba más aún que hubiera podido arrebatársela, y en vez de desistir de su empeño, se propuso adquirir lo más pronto posible los medios eficaces para sacar á su hija del poder de don Alfonso, y llevar á cabo sus anteriores proyectos.

III.

Isabel regresó á España, como saben mis lectores, apenas supo por Américo Vespucio los proyectos de Fonseca y de los enemigos de Colon, y poco despues, habiéndole confiado Blanca, por estar ya segura de su completa fidelidad, que esperaba á su hijo, y que estando resuelta á no volver al lado de su esposo, quería vender las ricas joyas que tenia para emplear en tierras ó en otros bienes el importe de aquellas inútiles alhajas, le encomendó que partiese con ellas á venderlas á Italia, Francia ó España.

IV.

Bajo la seguridad de su buena fé, no tuvo inconve-

niente en entregarle joyas por valor de muchos ducados.

El viaje debía durar dos meses á lo sumo.

—Si en este tiempo muero,—le dijo en presencia de fray Bartolomé,—entregad el importe de las joyas á este venerable sacerdote, porque él sabrá dónde está mi hijo, y hará llegar á sus manos la herencia de su madre.

V.

Un mal pensamiento se apoderó de Américo Vespuccio.

Al contemplar las joyas que debía ir á vender al extranjero, la fiebre se apoderó de él.

Con el producto de aquellas alhajas podia realizar sus designios.

Pero al mismo tiempo iba á cometer una felonía, y jamás habia cruzado por su imaginacion la idea de ser criminal de aquel modo.

Sin embargo, creyó poder dominarse, y aceptó el encargo.

VI.

Partió en un buque con el carácter de mercader, y fué directamente á Génova.

Pensaba realizar en Italia aquellas ricas joyas, vendiéndolas á los más principales señores.

Vendió, en efecto, muchas en las grandes po-

blaciones que recorrió; pasó á Francia, pero su viaje tuvo que prolongarse mucho más de lo que habia proyectado.

Las comunicaciones eran muy tardías, y anunciaba en todas sus cartas la dificultad que encontraba para vender joyas de tanto precio, y su resolucien de no volver hasta haberlas realizado todas, á no ser que le diesen órdenes contrarias.

VII.

Aunque anunció al llegar á Francia el punto adonde podria dirigirle su ama las órdenes que creyera oportunas, permaneció muchos meses sin saber nada de él ni del magnífico tesoro que le habia confiado.

La calentura no le abandonaba.

Desde el momento en que salió de Lisboa vivía en una continua lucha.

VIII.

—¿Si habrá muerto mi ama?—se decia.—¿Si tambien habrá sucumbido su hijo? Pero en este caso fray Bartolomé, que era su confidente, me habria escrito, comunicándome su última voluntad.

Permaneció perplejo algun tiempo más, y al cabo de él recibió una carta de fray Bartolomé, cuyo contenido voy á trasladar.

IX.

Decíale el venerable prior que doña Blanca habia tenido que partir precipitadamente á la costa de Berbería, y que le habia encargado que al regreso de Américo recogiese el producto de la venta de las alhajas y lo guardase hasta su vuelta.

Aquel precipitado viaje de Blanca habia sido motivado por la llegada de un cautivo, á quien Almanzor habia puesto en libertad, el cual se habia comprometido á buscar á Blanca para entregarla una carta de su hijo.

En esta carta le decia el jóven que su padre se moria, y antes de espirar deseaba ver á su esposa para despedirse de ella.

El jóven no podia separarse del autor de sus dias en aquella situacion sin cometer una infamia.

X.

Blanca partió, pues, á dar el último adios á su esposo, y confiando siempre en la honradez de Américo Vespucio, se prometió volver con su hijo á disfrutar en su compañía del producto de aquellas ricas joyas.

No tardó Blanca en realizar su proyecto.

Almanzor espiró en sus brazos, y con nuevas alhajas y monedas partió Blanca en compañía de su hijo, encaminándose á Lisboa.

XI.

Al mes de su llegada recibió una carta de Américo, en la que le avisaba que se ponía en camino para Lisboa.

Lo que había luchado Américo en aquel tiempo no puede describirse.

Al temor de que en los viajes pudieran salir á su encuentro los salteadores y desbalijarle, unía el deseo de utilizar aquella fortuna en su beneficio, con ánimo de emplearla en empresas lucrativas que pudieran facilitarle los medios de devolverla, dejándole, cuando ménos, lo suficiente para alcanzar con nuevas negociaciones la realizacion de sus deseos, y otras jugando el todo por el todo, y decidiéndole á cometer un robo.

Pero siempre triunfaba su gratitud, su rectitud, su honradez, y al llegar á Lisboa para entregar á Blanca una cantidad superior á la en que antes de su salida se habían valuado las joyas, prefería el triunfo de su virtud al bastardo logro de sus fines.

XII.

Este comportamiento le hacía acreedor á un premio, y Blanca le otorgó el galardón que merecía.

—Me habeis dado la mayor prueba de lealtad y de honradez que puede esperarse de un hombre,—le dijo,—y quiero á mi vez demostraros que no soy ingrato. Decidme cuáles son vuestras aspiraciones, porque

segun me ha indicado fray Bartolomé, teneis que cumplir en el mundo una mision importante, y si pudiera facilitaros los medios de cumplirla, experimentaria una verdadera satisfaccion.

XIII.

Américo reveló su secreto á Blanca.

Por entonces llegó á sus manos una carta de uno de los agentes de Fonseca, en la que le decia que podia volver á España, porque se habia levantado el destierro á los demás, y era allí necesaria su presencia.

XIV.

Américo Vespucio era, además de un hombre de corazon, un hombre de inteligencia y actividad.

El comercio, la navegacion le entusiasmaban, y se habia dicho muchas veces:

—Si yo encontrara medios de fletar un buque para hacer descubrimientos, sacaria más partido que Colon de mi suerte.

En aquellos momentos ignoraba que más tarde, cuando realizase sus proyectos, habia de tomar su nombre aquella rica y virgen parte del mundo, en donde el primer europeo que habia colocado su planta habia sido Colon.

—Confíadme, señora,—dijo á Blanca,—en calidad de préstamo, ocho ó diez mil escudos; con ellos llevaré á cabo una empresa que he proyectado, y yo os

ofrezco devolveros esa cantidad antes de diez años, quedando siempre en mi alma la más profunda gratitud por tan señalado beneficio.

XV.

Blanca accedió á sus deseos, y le entregó la consabida cantidad, relevándole del pago de ella si sus empresas salían mal.

Partió entonces Américo de Lisboa y se dirigió á Sevilla.

La factoría del duque de Médicis estaba poco menos que abandonada.

Conocía los negocios, y aunque en pequeña escala, su actividad y su talento le hicieron duplicar su fortuna en breve tiempo.

Pudo adquirir un navío mercante, le envió á las Indias, y los productos de aquel viaje le enriquecieron de tal modo, que pudo antes de un año devolver á Blanca los diez mil escudos que le había prestado, y aparecer en Sevilla como uno de los mercaderes más afortunados.

XVI.

Gozaba en sus medros el obispo Fonseca, porque sabía cuáles eran sus aspiraciones, y estaba muy resuelto á apoyarlas, en la seguridad de que con ellas mermaría la reputación del almirante.

—Es un audaz marino,—se había dicho Fonse-

ca;—intenta, imitando á Colon, emprender un viaje de descubrimientos, y si le favorece la suerte, pronto se eclipsará la estrella del conquistador de la Española. El mundo es así; el astro que aparece eclipsa el brillo del que lucia antes que él en el espacio.

La llegada de Ojeda á España le animó más y más en este proyecto.

XVII.

Ojeda era un capitan valiente, arrojado, ambicioso de gloria.

Por alcanzar triunfos más insignificantes que el que obtendria siendo émulo de Colon, habia expuesto su vida muchas veces.

Apenas llegó á España, celebró con él una entrevista, despertó su amor propio, y como ya de antemano habia obtenido de los reyes una real cédula permitiendo á todos los que fletasen por su cuenta buques, con ciertas condiciones útiles para el tesoro, emprender viajes de exploracion, puso de acuerdo á Ojeda y á Américo Vespucio, les facilitó las últimas noticias que habia enviado Colon, los descubrimientos del Golfo de Paria, y las perlas que tambien habia enviado el almirante; mandó sacar copia de los mapas, se los entregó, y con estos elementos no vaciló Américo Vespucio en arriesgar toda su fortuna y su crédito en aquella obra.

Firmó, pues, un pacto con Ojeda, comprometiéndose á tener dispuestos cuatro buques á principios de

Mayo de 1499 para emprender un viaje de descubrimientos, estipulando las bases de aquella empresa.

XVIII.

Ebrio de gozo Américo por que se realizaban sus designios, por que veía próximo el día en que podría presentarse á reclamar á su hija y ofrecerla una fortuna superior á la que abandonaba, emprendió la expedición con verdadero entusiasmo, olvidándose de que iba á hollar los derechos del almirante y de que, siendo su compatriota y habiendo sido su protector, iba á llenar de amargura los últimos días de la vida de aquel gran hombre.

XIX.

Los buques se pusieron en camino, siguieron el Golfo de Paria, como he indicado ya, con bastante buen éxito, y tocaron en la costa de la Española para reponerse y adquirir provisiones.

Veamos ahora cuál fué la determinación que tomó Roldan al saber el objeto del viaje de Ojeda y Américo Vespucio, y el poco prestigio que tenía ya en la corte el almirante.

Capítulo LXXVII.

Intrigas.

I.

Devorando en secreto su amargura, aguardó Colón á que Ojeda cumplierse su promesa para saber á qué atenerse de una manera clara y terminante.

Pero su promesa habia sido un pretexto para evitar las complicaciones que hubiera podido suscitar el carácter intrigante y audaz de Francisco Roldan, y en vez de encaminarse á Santo Domingo, cuando tuvo provisiones y mejoró el estado de sus buques, se encaminó á la costa de Xaragua, en donde desembarcó, siendo recibido con entusiasmo por los españoles.

II.

Entre los que guarnecián aquel departamento se hallaban muchos de los rebeldes que estaban descon-

tentos de Roldan, porque les habia abandonado, y que al saber el viaje de Ojeda descubrieron en él un nuevo caudillo con más elementos que los anteriores para conducirlos al triunfo, y le aclamaron, asegurándole que le obedecerian en todo y por todo, siempre que tomase á su cargo su defensa, los librase de la tiranía del almirante, se apoderase del mando y escribiese á los reyes, anunciándoles que habia tenido necesidad de adoptar aquellas medidas extremas para salvar el conflicto que amenazaba á la colonia.

Protegido Ojeda por Fonseca, que influia poderosamente en el ánimo del rey; enferma de gravedad la reina, que era la única protectora leal y desinteresada de Colon; menguado en gran manera el prestigio que este habia disfrutado en el ánimo de los reyes y en la opinion pública de España, creyó que aquel era el momento de arrebatarse de las manos de Colon las riendas del gobierno, y de erigirse en jefe y árbitro de la colonia; y acogiendo la proposicion de los colonos de Xaragua, les ofreció ponerse al frente de ellos y encaminarse á Santo Domingo, para que el almirante les hiciese justicia y les pagase sus salarios al punto, so pena de arrojarle de la isla y llevarle á España para que se defendiese de los cargos que todos formularian contra él.

III.

Esta resolucion no produjo el mismo efecto en todos los que la oyeron.

Los unos aclamaron á Ojeda, asegurando que era su salvador.

Los otros se opusieron á concederle tan amplias facultades.

Disputaron unos y otros; de las palabras se fueron á las manos, y hubo una lucha violenta, que dió lugar á la muerte de algunos, y en la que no pocos quedaron fuera de combate.

Pero transigieron los rebeldes, y se adoptó el proyecto de ir con Ojeda á Santo Domingo á pedir cuentas de su conducta al almirante.

IV.

En aquellos momentos llegó Roldan á las cercanías del sitio donde tenia lugar la conferencia de Ojeda con algunos hombres resueltos, á quienes habia enviado el almirante á sus órdenes para que observasen á Ojeda.

Roldan, de acuerdo con su camarada Diego de Escobar, llegó á Xaragua.

Ocurrió un incidente, que merece referirse, porque es una prueba del porvenir que tienen siempre los traidores.

V.

Los partidarios de Colon, que más tarde se rebelaron contra él, convencidos de que Roldan prestaba un sincero apoyo al almirante y de que no podrian

contar con él para que intentase una nueva insurrección, resolvieron tenderle un lazo y obligarle á que de grado ó fuerza secundase sus intenciones.

No faltó quien anunciara á Ojeda la proximidad de Roldan y Escobar, y por evitar una lucha, que podría comprometerle, cediendo á los consejos de Américo Vespucio, se retiró á las carabelas.

Roldan escribió una carta á Ojeda, reprobando su conducta y pidiéndole en nombre del almirante que desembarcase para entrar con él en negociaciones, que pusieran término á las diferencias que existían en la isla con motivo de su llegada.

VI.

Ojeda no contestó siquiera á esta proposición, y antes al contrario, sorprendiendo dos veces los destacamentos que para recorrer la costa enviaba Roldan, se apoderó de dos de sus soldados más valientes.

A partir de aquel momento, comenzó una lucha entre Roldan y Ojeda más de astucia que de otro género.

Ojeda avanzó doce leguas hácia el Norte en sus buques, y Roldan le siguió por tierra con sus tropas.

VII.

No hallando medio de conferenciar con Ojeda, envió á su amigo Escobar en una canoa hasta el buque, para que le dijese que toda vez que no quería bajar

á tierra, Roldan iria á verle á bordo, siempre que le enviase el bote.

Accedió á sus deseos, y le envió una lancha para que Roldan se trasladase en ella á su carabela.

—¿Cuánta gente puede acompañarme?—preguntó Roldan.

—Nos han dado orden,—dijeron los marineros,—de no dejar entrar en la lancha más que á cinco ó seis hombres.

El bote estaba á alguna distancia de la orilla, y Diego Escobar, con cuatro hombres, llegó á tierra con el agua á la cintura.

VIII.

Los marineros no quisieron permitir la entrada de más hombres en la lancha.

Pero Roldan dispuso, para no mojarse, que le condujesen en hombros sus soldados, y de este modo logró elevar el número de su fuerza á ocho hombres.

Apenas entró en el bote, mandó á los marineros que remasen en direccion de la orilla.

Negáronse á cumplir esta orden, y los compañeros de Roldan, que estaban prevenidos, desenvainando las espadas, hirieron á muchos, haciéndolos á todos prisioneros.

Roldan habia logrado su objeto.

IX.

La carabela de Ojeda necesitaba el bote, y estaba

seguro de que su capitán haría algún sacrificio por recuperarlo.

En este caso, podía entrar en negociaciones.

En efecto: Ojeda, deseoso de recuperar el bote, con cuatro marineros y un soldado llegó á tierra, y celebró una entrevista con Roldan.

Después de conferenciar, aunque á larga distancia uno de otro, establecieron las bases de una capitulación; obtuvo Roldan la libertad de los prisioneros, y Ojeda se alejó, no sin anunciar antes que volvería pronto con nuevas fuerzas á castigar la estratagema de que había sido víctima.

X.

No las tenía Roldan todas consigo.

Dudaba de que hubiera partido Ojeda, puesto que le atribuía intenciones de apoderarse de la jefatura de la isla, y le confirmó en sus sospechas la noticia que recibió de que había desembarcado en la costa, aunque á bastante distancia.

Despachó Roldan gentes en su persecución; pero llegaron tarde, y tuvo que renunciar á perseguirle.

De cualquier modo, aquella insignificante campaña entusiasmaba á Roldan.

Podía decir muy alto que había prestado un gran servicio, no sólo al almirante, sino á los reyes de Castilla, evitando un conflicto, toda vez que si Alonso de Ojeda había ido á aquellas costas había sido con intención de dominarlas y subyugarlas para siempre.

XI.

Pidió permiso al almirante para regresar á Santo Domingo; Colon, que deseaba contemporizar con él, le escribió, dándole gracias por el celo que habia desplegado en la defensa de sus derechos; pero al mismo tiempo le decia que permaneciese en Xaragua, porque era fácil que Ojeda estuviese acechando su marcha para volver de nuevo á la costa y apoderarse de la isla.

A pesar de que esta orden le contrariaba, se resolvió á obedecerla, porque entonces le convenia ganar terreno en el ánimo de Colon, á fin de que le perdonase su pasado.

Pero no tardó en estallar una nueva insurreccion entre los colonos.

XII.

Adrian de Mogica, uno de los jefes de los rebeldes, prendado tambien de la hermosura de Anacaona, se habia valido de la astucia para hacerla salir de la caverna donde se habia refugiado cerca de Biautex.

Para conseguirlo le habia hablado de este modo:

—Higuanamota, tu hija, ha partido á España con Hernando de Guevara; su alegría vá á ser inmensa al encontrar allí á Caonabo, colmado de honores por los reyes; pero el valeroso cacique sentirá en extremo no ver allí á su esposa. Yo he admirado siempre la energia de tu carácter, el amor que profesas á Caonabo, é

interesado por tí, vengo á hacerte una proposicion.

XIII.

Anacaona le escuchó atentamente.

—Aquí estás sola,—añadió Mogica;—los seres más queridos de tu corazon han ido á España: yo debo salir muy en breve en un buque, y puedo llevarte en mi compañía.

—¿Y he de dejar á mi patria, y he de abandonar á mis vasallos, cuando todos sus grandes caciques gimen bajo el peso de las cadenas?

—Y qué, ¿no te perdonarán y te agradecerán esta desercion cuando vuelvas con tu esposo Caonabo á ser soberana por orden de los reyes de España?

Además, tu hija y tu esposo te llaman allí; no pierdas esta ocasion, y si aceptas, guarda el mayor secreto, porque el almirante no quiere que abandones la isla.

XIV.

Anacaona parecia decidida á aceptar la proposicion de Mogica.

Este queria tenderla un lazo.

—Tengo orden,—le dijo,—de encaminarme á la costa del Xaragua para embarcarme allí en una carabela que enviará el almirante. Vuelve á tu palacio; allí combinarás los medios de partir, y no tengas mie-

do: Roldan, tu perseguidor, está muy lejos, y yo no me apartaré de tu lado.

XV.

Anacaona cayó en la red, y volvió á Xaragua.

El taimado Mogica continuó viéndola á menudo, sin manifestarla los verdaderos deseos que le inspiraba su hermosura.

Ocultaba su presa á las miradas de todo el mundo, para poder alcanzar su triunfo con más seguridad.

No faltó, sin embargo, quien anunció á Roldan los medios de que se habia valido Mogica para subyugar á Anacaona.

XVI.

Roldan, que no habia olvidado la pasion que habia despertado en él la reina de Xaragua, se preparó á combatir con su camarada para arrebatársela de sus manos, y satisfacer su pasion.

Este deseo estaba llamado á producir nuevos conflictos en la colonia.

Capítulo LXXVIII.

Ardides de Mogica.

I.

No tardó Mogica en saber que acechaba sus pasos Roldan, y como le conocia lo bastante para saber que lograria con maña destruir sus proyectos, apresuró el momento de realizarlos.

Anacaona no era ni su sombra.

Habia sufrido demasiado desde que los españoles habian llegado por primera vez á su hermoso país, y las desgracias, más que el tiempo, habian impreso sus tristes huellas en su rostro.

II.

Fijándose un instante en las situaciones por que habia pasado la pobre reina, no podia ménos de sentir el alma compasion hácia su infortunio.

Hija de uno de los más poderosos caciques, enviada por su belleza, festejada por todo el mundo, había logrado inspirar amor á un hombre valeroso, que al llegar á sus estados desde el país de los caribes, había logrado poner freno á los enemigos de los alrededores y había sembrado el ramo de oliva en aquella deliciosa comarca.

Todo les sonreía.

Los cuatro reyes que gobernaban el territorio consideraban como su jefe á Anacaona, y se miraban en sus ojos, que eran espejo de su felicidad.

III.

De pronto aquellos risueños horizontes que la rodeaban habían desaparecido, y negras y pobladas nubes, que concentraban en su seno la tempestad, cambiaron por completo el estado de su ánimo.

La Providencia había querido que presenciase el horrible espectáculo de la ruina de su raza.

Veía á sus piés el cetro hecho pedazos.

Tres tumbas encerraban los restos de tres reyes.

IV.

Caonabo, su esposo, en poder del extranjero, estaba á gran distancia, y Guaorocaya yacía aprisionado en las mazmorras de los españoles.

Destrozado su ejército en una y otra lid, asolados sus campos, destruida la paz de las familias, seduci-

das las vírgenes, ultrajadas las esposas, mancillados los hombres, aquel encantador país, que parecía á los españoles el Paraíso, se habia trocado en un infierno, y sus abrasadoras llamas mortificaban incesantemente á aquella gran mujer.

¿Qué era sino una pobre esclava?

V.

En medio de su desventura, veía á su hija feliz, creía de buena fé las palabras de Hernando de Guevara y de Bartolomé Colón, y suponía á su esposo en la corte de España siendo objeto de los mayores agasajos.

Este era su único consuelo.

Pobre y triste consuelo para aquella mujer que hubiera dado por la libertad de su esposo, por la compañía de Higuanamota, no su cetro, sino todos los cetros de la tierra, si hubieran estado en sus manos.

VI.

Sentía abandonar á su patria; pero habia algo en su corazón que la incitaba á partir, porque se veía completamente sola, y necesitaba volver á hallar su amor y su alegría en Caonabo y en su hija.

Dando fé á las palabras de Mogica, esperaba de un momento á otro en su palacio de Xaragua la hora de su partida.

El jefe de los rebeldes, teniendo noticia por sus

espías de que se acercaba Roldan, apresuró la realización de sus deseos.

Llegó con sus soldados á la morada de Anacaona, los situó diestramente para que pudieran anunciarle con tiempo la llegada de su perseguidor y para que en caso necesario pudieran defenderle, y seguro de la impunidad, se acercó á la infortunada reina.

VII.

—¿Estais resuelta á partir?—le dijo.

—Sí, lo estoy.

—Y yo á cumplirte mi palabra, aun cuando necesitemos vencer muchas dificultades, porque se nos vigila, y ha dado el almirante la orden de que no te se deje salir de la isla. Tal vez sea necesario que nos alejemos de Xaragua para librarnos de Roldan, á quien el almirante, ignorando la venganza que desea tomar de tí, ha dado el encargo de vigilarte y de impedir que te lleve á mi lado.

—¡Ese hombre infame me persigue!

—Sí, ha jurado tu exterminio; pero no temas, yo te defenderé.

—¿Qué sentimiento, —preguntó Anacaona, — te impulsa á hacer ese sacrificio por mí?

—Déjame que lo oculte, —dijo Mogica.

—No, es necesario que yo lo sepa. Tú viniste con Roldan pretextando que vuestro jefe os enviaba penetrar en mis dominios, y como él, destruiste la paz que aquí reinaba. ¿Por qué ese cambio?

—Si te empeñas en descubrir el móvil que me guía, yo te confiaré los secretos de mi corazón.

—Habla, habla; es preciso, yo lo quiero, yo lo pido.

—Pues bien,—dijo Mogica, resuelto á jugar el todo por el todo.—Voy á recorrer á tus ojos la verdad de tu situación, la verdad de la mía.

VIII.

Anacaona, poseída de un doloroso presentimiento, le escuchaba con temor y ansiedad.

—Te han engañado,—dijo Mogica.—¿Tú crees que los españoles te estiman?

—Sí.

—¿Crees que han llevado á tu esposo á España, y que allí es el objeto del aprecio de los reyes, de la admiración de los españoles?

—Sí, sí; me lo han asegurado.

—¡Desgraciada!

—Pues qué, ¿no es cierto?

—No.

—¿Qué dices? Habla,—exclamó Anacaona, cogiendo maquinalmente la mano de Mogica y alentándole á que le confiara la verdad.

—Repito que te han engañado villanamente.

—No es posible: Hernando de Guevara, el esposo de mi hija, no ha podido engañarme.

—El es cómplice de los españoles.

—No, no puede ser. Si así fuera, no habría inspirado á mi hija el amor que ha sentido por él.

—Tu hija será su víctima.

—¡Calla!... ¡Calla! No despedaces de esa manera mi corazón.

—Tú me has pedido la verdad, y la verdad te digo. Armate de valor y escucha.

IX.

Caonabo salió con el almirante para España: en medio del camino se acabaron los viveres á los españoles, y en aquella angustiosa situación resolvieron matar á los indios para satisfacer sus necesidades.

Los indios lo supieron, y una mujer, una reina caribe, que habia sido aprisionada por los españoles, y que al hallar á bordo á Caonabo se prendó de él, incitó á todos los indios á la rebelion. En medio del silencio de la noche, cuando rugia en el espacio la tempestad, rompió las cadenas que sujetaban á Caonabo, guió á los indios, los lanzó sobre sus enemigos; pero sus tentativas fueron inútiles, y Caonabo y sus hermanos murieron en la lid. La reina caribe quiso huir, precipitándose en las olas; uno de los soldados disparó su arcabuz, atravesó su pecho, y tiñó con su sangre el agua del mar.

X.

—¡Oh, qué horror!—exclamó Anacaona, poseida

de un inmenso dolor.—Pero no puede ser. ¿Por qué te complaces en engañarme; y si es cierto, qué móvil te guía á matar la ilusion en mi pecho? Sí, en medio de mis desventuras, yo era feliz, porque pensaba en la fortuna que Caonabo habia alcanzado en España, porque gozaba en la felicidad de mi hija, porque soñaba verla algun dia, estrecharla en mis brazos, inundando así de alegría mi corazon... ¿Pero quién me asegura que son ciertas las noticias que acabas de darme?

—Oye, Anacaona, oye: perdóname que turbe tu dolor con una confesion. Te hablo así, porque te compadezco, porque me interesa tu desgracia, porque desde el momento en que te ví he sentido en mi alma una pasion vehemente, un amor sin límites, que hoy es ya tu única salvacion.

—¿Qué dices?

—Digo que te amo, que por tí olvido el amor á mi patria, olvido mis deberes, lo olvido todo. Tengo soldados, tengo fuerzas para luchar al lado tuyo contra tus enemigos, que son los míos, para ayudarte á realizar la más atroz venganza que ha visto el mundo. ¿Quieres que perezcan todos? ¿Quieres que con su sangre paguen los infortunios que han caido sobre tí? Una palabra tuya bastará: dime que me amas, que correspondest á esta pasion que siente mi alma, y yo uniré mis tropas á las tuyas; yo, inspirado por tu amor, destruiré las fortalezas, asolaré los campos, clavaré un puñal en el mismo corazon del almirante, y con mi cariño te haré olvidar las penas.

Y al decir esto quiso estrechar entre sus brazos á la india.

XI.

—¡Huye, miserable, huye!—exclamó Anacaona, dando un salto hácia atrás, como la pantera que se ve presa y toma tierra para caer sobre sus enemigos.

—Anacaona...

—Eres un malvado, y ahora comprendo tus designios; pero si te acercas á mí, ó tendrás que matarme, ó morirás á mis manos.

—¿Estás loca?

—No lo estoy; pero me has engañado, no creo nada de lo que me has dicho. Caonabo vive, mi hija es dichosa... Voy, voy á ver al almirante; él me dirá la verdad, porque es bueno.

Y al decir esto salió precipitadamente, y Mogica desesperado corrió tras ella.

XII.

—Capitan, capitan,—gritaron al mismo tiempo algunos de los soldados.

—¿Qué ocurre?

—Roldan se acerca.

—¡Maldicion!

—Ha sabido que estás aquí, y ha presumido la causa. Trae fuerzas considerables.

—Huyamos entonces; yo le juro que pagará muy cara la traición que me ha hecho.

Y partiendo precipitadamente con los suyos, mientras Roldan llegaba al palacio de Anacaona y registraba todos sus alrededores, se encaminó á Bonao para pedir auxilio á Pedro Riquelme, á quien, como recordará el lector, habia nombrado alcalde el mismo Roldan.

—Nuestro antiguo jefe,—le dijo,—se ha vendido al gobierno; es un instrumento ciego de la voluntad de Colon; por su culpa hemos perdido la ocasion de tener en Ojeda un jefe valeroso y esforzado. Resuelto á que los reyes ratifiquen las concesiones que le ha hecho el almirante, hace todo lo posible por aparecer leal á sus ojos; y como conoce á nuestros compañeros, como sabe sus madrigueras, nos persigue de muerte y es necesario que nos unamos contra él.

—Sí, sí,—dijo Riquelme;—cuenta con mi ayuda.

XIII.

Los antiguos rencores se despertaron.

Los rebeldes volvieron á reunirse con más furia que nunca, porque entonces, al deseo de independencia, unian el de venganza.

Mogica se encargó de salir al encuentro de Roldan, de luchar brazo á brazo con él y con los suyos, y de no detenerse, si vencía, hasta llegar á Santo Domingo para apoderarse del almirante.

XIV.

Mientras esta conjuracion se tramaba, se hallaba Colon en el fuerte de la Concepcion con muy pocos soldados.

Pero no tardó en saber la mina que se formaba á sus piés.

Habia sufrido demasiado para que no se agotase su paciencia.

Todos habian tomado la bondad de su carácter por pusilanimidad.

En la corte le perseguian sus enemigos.

Los mismos reyes rasgaban los tratados que habian hecho con él, y ultrajaban su nombre y eclipsaban su gloria.

En la colonia se habian rebelado contra su autoridad aquellos que más beneficios habian recibido de él.

No era posible resistir más tiempo aquella tiranía de las masas.

XV.

En el colmo de su desesperacion, alentado por Bartolomé, que veia con pena el acrecentamiento de la insurreccion, resolvió castigar ejemplarmente á aquellos miserables, y olvidando toda clase de consideraciones, se decidió á pacificar para siempre la isla con vigorosas y enérgicas medidas.

Sabia que Roldan avanzaba hasta el paraje en donde se ocultaban los rebeldes, para vengarse de Mogica, y con siete criados de su confianza y tres escuderos, todos bien armados, abandonó de noche el fuerte de la Concepcion, y se encaminó cautelosamente á la residencia de los rebeldes, que, confiados en el secreto de su plan y en la debilidad que suponian en el almirante, no habian tomado precaucion alguna.

Colon los sorprendió.

XVI.

En medio de su turbacion se apoderó de Mogica y de algunos otros de sus cómplices, y antes de que pudiesen apercibirse de lo que pasaba sus secuaces, los llevó prisioneros al fuerte de la Concepcion.

Si tarda un dia más en adoptar aquella actitud enérgica, nada más cierto que su ruina.

Riquelme pudo escaparse, y poniéndose al frente de los sediciosos, acordó libertar á los prisioneros, y descaradamente apoderarse del mando de la isla.

En vano habló la piedad al alma de Colon.

Mogica habia sido un traidor, y necesitaba ser castigado.

No bien llegó á Santo Domingo para aprestar lo necesario á fin de sofocar la nueva insurreccion, cuando tuvo noticia de la llegada de Anacaona, que iba á quejarse á él de Mogica, y á preguntarle si eran ciertas las noticias que este le habia dado.

XVII.

Colon no quiso arrebatár la esperanza á la pobre mujer, y las desmintió.

Para convencerla más y más, al mismo tiempo que para castigar al culpable y escarmentar á sus cómplices, mandó que fuese Mógica colgado del asta bandera del fuerte de la Concepcion.

Ni aun el mismo reo creía que se llevaria á cabo aquella sentencia.

La idea que todos tenían del almirante hacia suponer que no tendria bastante energía para consumar aquel castigo.

Pero ya no podia retroceder.

Sofocando la piedad, mandó terminantemente que se cumpliese la sentencia.

XVIII.

Roldan, en tanto, combatia con los rebeldes y procuraba apoderarse de ellos, no sin dificultad, porque la mayor parte de sus soldados le abandonaban.

No habia sonado, sin embargo, para él la hora de la expiación.

II.

Cuando le vió llegar decayó su ánimo por completo.

Aquel hombre que habia tenido bastante valor para rebelarse contra la autoridad, para aclamar á una porcion de foragidos y llevar con ellos la desolacion y el luto á todas las comarcas de la isla; aquel hombre que más tarde habia aspirado, en un momento de soberbia, á concitar á todos los rebeldes contra Colon para matarle, si era preciso, se mostró amedrentado, abatido, y durante su confesion mostró el miedo que tenia á la muerte, prolongando su relato, empezándole varias veces de nuevo, haciendo tiempo, en una palabra, para ver si los suyos llegaban á salvarle.

III.

Pasadas algunas horas en inútiles esperanzas, viendo que su muerte se acercaba, fué miserable hasta en el último momento.

En vez de confesar sus culpas, quiso que alcanzara su pena, no sólo á sus secuaces, sino á las mismas personas que habian sido fieles, y acusándolos á todos, esperó que le acompañarian al suplicio.

No era posible soportar aquella indignidad.

—Basta de consideraciones,—dijo el almirante.—Subidle á la muralla de la fortaleza, y arrojadle desde ella para que muera como un villano.

Capítulo LXXIX.

Indignación y severidad.

I.

La repentina severidad que desarrolló el almirante produjo un gran efecto en todos los colonos.

Mogica fué puesto en capilla, y cuando vió el peligro que le amenazaba, confiando en el poder de sus secuaces:

—Yo no quiero morir como un perro,—dijo;—si está decretada mi muerte, lo cual es una iniquidad, de la que dará el almirante cuenta á Dios y á los reyes, al ménos que me conceda el derecho de confesar mis culpas y de recibir la absolucion de un ministro de Dios.

—Los traidores no pueden ser cristianos,—dijo Colon;—pero no importa, que se confiese.

Y le envió un misionero á la capilla.

II.

Cuando le vió llegar decayó su ánimo por completo.

Aquel hombre que habia tenido bastante valor para rebelarse contra la autoridad, para aclamar á una porcion de foragidos y llevar con ellos la desolacion y el luto á todas las comarcas de la isla; aquel hombre que más tarde habia aspirado, en un momento de soberbia, á concitar á todos los rebeldes contra Colon para matarle, si era preciso, se mostró amedrentado, abatido, y durante su confesion mostró el miedo que tenia á la muerte, prolongando su relato, empezándole varias veces de nuevo, haciendo tiempo, en una palabra, para ver si los suyos llegaban á salvarle.

III.

Pasadas algunas horas en inútiles esperanzas, viendo que su muerte se acercaba, fué miserable hasta en el último momento.

En vez de confesar sus culpas, quiso que alcanzara su pena, no sólo á sus secuaces, sino á las mismas personas que habian sido fieles, y acusándolos á todos, esperó que le acompañarian al suplicio.

No era posible soportar aquella indignidad.

—Basta de consideraciones,—dijo el almirante.—Subidle á la muralla de la fortaleza, y arrojadle desde ella para que muera como un villano.

IV.

La orden fué obedecida, y el malvado Mogica expió de aquel modo su horrible crimen.

Todos los colonos se atemorizaron.

Hasta los mismos rebeldes, al descubrir aquella energía, que no esperaban de Colón, se acobardaron, y esto fué causa de que cayeran en poder de las tropas leales muchos de ellos, y de que se decretara su muerte sin formación de causa.

V.

Pedro Riquelme y muchos de sus compañeros fueron aprisionados en Bonao y conducidos á Santo Domingo.

Los que quedaron libres corrieron á refugiarse en Xaragua, y no tardaron en ser arrojados de allí, porque el adelantado por un lado, y Roldán por otro, los perseguían con la mayor actividad, y hasta la historia cuenta que cada uno de ellos llevaba un misionero, para que apenas cayera uno en su poder lo confesasen inmediatamente para ser pasado por las armas.

VI.

No con todos se empleó esta severidad.

En gran número fueron conducidos á los calabos-

zos de Santo Domingo, y á casi todos se les formó causa.

Este cambio que se habia operado en la política del almirante influyó poderosamente en la realizacion de sus planes.

Los que luchaban entre echarse en los brazos de la rebelion ó permanecer á su lado, optaron por lo último; muchos de los rebeldes se entregaron, y los mismos indios, cuya obediencia estaba relajada, se apresuraron á pagar el tributo.

VII.

Colon pudo restablecer la paz y el orden respecto á los que le obedecian, y castigó á los que, confiando en que aún podrian arrebatarse de sus manos á Guao-rocaya y á Mayabonex, se mostraban reacios en el cumplimiento de sus deberes.

Sin embargo, unos y otros se decian en silencio que la conducta de Colon era abominable, que habia ensañamiento en sus sentencias, que la actitud que habia tomado era peor que la que antes tenia, y aunque todos le obedecian, aunque todos le respetaban, aunque habia adquirido gran prestigio sobre aquella masa de hombres insubordinados, no habia uno solo de ellos que no deseara volver á España, ó al ménos que enviásen los reyes otro gobernador.

Pero los resultados que obtuvo el almirante no pudieron ser más satisfactorios.

IV.

La órden fué obedecida, y el malvado Mogica expió de aquel modo su horrible crimen.

Todos los colonos se atemorizaron.

Hasta los mismos rebeldes, al descubrir aquella energía, que no esperaban de Colon, se acobardaron, y esto fué causa de que cayeran en poder de las tropas leales muchos de ellos, y de que se decretara su muerte sin formacion de causa.

V.

Pedro Riquelme y muchos de sus compañeros fueron aprisionados en Bonao y conducidos á Santo Domingo.

Los que quedaron libres corrieron á refugiarse en Xaragua, y no tardaron en ser arrojados de allí, porque el adelantado por un lado, y Roldan por otro, los perseguian con la mayor actividad, y hasta la historia cuenta que cada uno de ellos llevaba un misionero, para que apenas cayera uno en su poder lo confesasen inmediatamente para ser pasado por las armas.

VI.

No con todos se empleó esta severidad.

En gran número fueron conducidos á los calabo-

zos de Santo Domingo, y á casi todos se les formó causa.

Este cambio que se habia operado en la política del almirante influyó poderosamente en la realizacion de sus planes.

Los que luchaban entre echarse en los brazos de la rebelion ó permanecer á su lado, optaron por lo último; muchos de los rebeldes se entregaron, y los mismos indios, cuya obediencia estaba relajada, se apresuraron á pagar el tributo.

VII.

Colon pudo restablecer la paz y el orden respecto á los que le obedecian, y castigó á los que, confiando en que aún podrian arrebatarse de sus manos á Guao-rocaya y á Mayabonex, se mostraban reacios en el cumplimiento de sus deberes.

Sin embargo, unos y otros se decian en silencio que la conducta de Colon era abominable, que habia ensañamiento en sus sentencias, que la actitud que habia tomado era peor que la que antes tenia, y aunque todos le obedecian, aunque todos le respetaban, aunque habia adquirido gran prestigio sobre aquella masa de hombres insubordinados, no habia uno solo de ellos que no deseara volver á España, ó al ménos que enviásen los reyes otro gobernador.

Pero los resultados que obtuvo el almirante no pudieron ser más satisfactorios.

VIII.

Los indios, no sólo odedecian, sino que se apresuraban á convertirse al cristianismo, y adoptaban los trajes de los europeos.

Los españoles cultivaban las tierras, y todo hacia creer que muy en breve volveria la prosperidad á la isla, y que podria Colon consagrarse de nuevo con tranquilidad de espíritu á los descubrimientos que proyectaba.

Esta trasformacion fué atribuida por el almirante, que no olvidaba nunca sus sentimientos religiosos, á la voluntad de la Providencia.

IX.

Algun tiempo antes, cuando se veia amenazado por la desobediencia de los indios, por la situacion de los rebeldes; cuando creia haber perdido el favor que disfrutaba en la córte, cayó en un profundo abatimiento.

En una de sus cartas refiere este gran hombre, que durante una noche, en la que no pudo cerrar los ojos, oyó una voz que le dijo estas palabras:

«Hombre de poca fé, nada temas ni te apures; yo te protegeré.»

El espíritu habia cumplido su palabra.

X.

Por un instante dejó de atormentarle su enfermedad.

La esperanza le sonrió de nuevo.

Hallábase, pues, muy satisfecho de su triunfo, en el fuerte de la Concepcion.

Bartolomé perseguia con Roldan á los rebeldes en Xaragua.

Su hermano Diego desempeñaba las funciones de gobernador en Santo Domingo.

Los restos de la sedicion desaparecian.

El aura de la libertad se respiraba en la isla.

Todos aseguraban un porvenir risueño, cuando la mañana del 23 de Agosto del año 1500 descubrieron los habitantes del puerto de Santo Domingo dos carabelas, que aguardaban un viento favorable para calar.

XI.

Diego corrió á las embarcaciones, creyó que conducirian víveres, y hasta se figuró que hallaria á bordo á su sobrino Diego, á quien tambien esperaba con ansia el almirante.

Mandó inmediatamente una canoa para que se acercase á los buques, y el emisario á quien confió este encargo no tardó en volver con noticias que alarmaron á todos.

XII.

En aquellos buques iba un comisionado de los reyes de España con el objeto de hacer una investigacion acerca de los últimos sucesos que habian tenido lugar en la colonia, y con la autoridad suficiente para imponer castigo á los culpables.

La actitud del comisario régio no podia ser más enérgica.

Aquel suceso debia tener gran trascendencia en el porvenir de la isla y en la suerte del almirante y sus hermanos.

Vamos á ver ahora quién era este personaje que llegaba con tan ilimitados poderes, cuáles eran los móviles que le guiaban, y por efecto de qué circunstancias iba á destruir la obra que tan supremo esfuerzo habia costado al almirante.

Capítulo LXXX.

Bobadilla.

I.

Grande era la habilidad que desplegaba el obispo Fonseca para satisfacer el odio que habia despertado en él el almirante.

En primer lugar, habia proporcionado á Briviesca una entrevista con los reyes.

En ella, aquel hombre taimado é intrigante, presentándose con humildad á los monarcas, se habia quejado amargamente del desacato que en su persona habia hecho á los reyes el almirante.

—Yo era allí,—dijo,—un infimo empleado; pero al fin y al cabo representaba al gobierno de sus majestades. Sin embargo, me ultrajó, y pasando á vias de hecho, me arrojó al suelo y estuvo á punto de matarme.

Yo hubiera podido oponerme á sus ataques, pero

miraba en él á un protegido de mis reyes, y le respeté.

II.

Para indemnizarle de aquella desventura, por indicacion de Fonseca obtuvo un empleo lucrativo y honroso.

No contento aún con esto, logró por medios hábiles que Margarite y Bernal Díaz de Pisa fueran indemnizados de los perjuicios que habian sufrido con posiciones ventajosas que les proporcionaran los medios de continuar en su empresa.

Además cada uno de los buques que llegaban á España traian cartas para Fonseca, en las que le pintaban con horribles colores la situacion de la isla y el despotismo de sus jefes.

III.

Estas cartas contrastaban, bajo el punto de vista de las esperanzas, con las que escribia el almirante.

Pero coincidian con ellas en la descripcion del angustioso estado en que se hallaban los españoles y los negocios de la colonia.

Fonseca, pretextando que no queria ocultar nada á los reyes, les leia las cartas de sus agentes, y despues de leerlas disculpaba á Colon.

—Natural es que esto suceda,—decia;—es débil de carácter por un lado, por otro se ha hecho muchas

ilusiones, y al ver que no las realiza, natural es que pegue con los que están á sus inmediatas órdenes.

IV.

Este trabajo de zapa iba destruyendo poco á poco en el ánimo de los monarcas el afecto que tenían á Colón, sobre todo en el rey, que empeñado en otra clase de luchas, deseaba que el Nuevo Mundo le facilitase recursos para triunfar en ellas, y veía que, por el contrario, necesitaba consagrar á todas horas el escaso tesoro de la nación para enviar recursos á los que, segun sus promesas, debían inundar de oro á España.

Fonseca procuraba ver á todos los españoles que regresaban, so pretexto de enterarse de su situación, y como todos se quejaban, se apresuraba á darles limosnas ostensiblemente, y hacia que se presentasen á los reyes para pedir que se les abonasen las pagas que no habían recibido, é implorar su caridad.

V.

Tuvo la corte que trasladarse á Granada para sofocar la rebelion de los moros de las Alpujarras, y este suceso coincidió con la llegada de los rebeldes.

Muchos de ellos, aleccionados por los agentes de Fonseca, se dirigieron á la residencia de la corte, y vestidos de harapos, manifestando una miseria que en realidad no experimentaban, cuando salían los reyes

en litera ó á caballo corrian á su encuentro, imploraban su caridad y alegaban que habian estado en el Nuevo Mundo, que habian perdido su fortuna, que habian vivido en la miseria y que no habian podido allí permanecer por la tiranía de Colon y su hermano. Aquello era un continuo semillero de disgustos, que aumentaba la desesperacion de los reyes, y les ponía á punto de retirar toda su proteccion al almirante.

VI.

Fonseca aprovechó una circunstancia para influir contra Colon en el ánimo de la reina, que era la que más le estimaba.

—Cuál debe ser la situacion de la colonia,—dijo á la reina,—cuando Colon, que es tan humanitario, se ha visto precisado á permitir á muchos de los españoles que han vuelto traer indios esclavos.

Esta noticia indignó á la reina.

—¿Esclavos?

—Sí, señora; y no es eso lo peor, sino que algunos de ellos han traído esclavas víctimas de su seducción, no pocas en cinta, y algunas con hijos de los españoles.

—Eso es una iniquidad; no puede ser, Fonseca.

—Y sin embargo, ved las cartas que recibo de Sevilla.

La reina leyó aquellos documentos, é irritada contra Colón:



CRISTÓBAL COLON. — La reina leyó aquellos documentos, é
irritada contra Colon...

—¿Quién ha dado derecho al almirante,—exclamó,—para regalar mis vasallos?

Fonseca habia logrado su objeto.

VII.

La misma reina habló á su esposo.

Los dos llamaron á Fonseca, y convinieron en que regresasen los indios en libertad á su patria, y en que se manifestase á Colon el desagrado con que habian visto los reyes aquel abuso que habia hecho de su autoridad.

Fonseca, que no queria revelar el odio que profesaba al almirante, invocó los grandes servicios que habia prestado á la corona y propuso otros medios más templados, más suaves, para averiguar la verdad, y ver hasta qué punto habia aconsejado la necesidad á Colon aquellos actos, que tanto debian repugnar su carácter.

VIII.

Las últimas cartas que recibieron de Colon proporcionaron á Fonseca el medio de realizar sus designios.

Pedia el almirante una persona de probidad y de talento, un hombre sábio en leyes, que pudiera desempeñar las funciones de juez.

Asimismo rogaba que se nombrase un árbitro imparcial para que dirimiese sus cuestiones con Roldan.

—Nada más fácil que satisfacer sus deseos,—dijo Fonseca;—pero como no merece grandes sacrificios la isla, para evitar gastos, conviene que una misma persona desempeñe esos dos cargos.

IX.

El rey aprobó la idea, la reina accedió á aquellas medidas, al parecer templadas y decorosas, y como siempre, se encargó á Fonseca la eleccion de aquel funcionario.

—La persona que designe,—se decia Fonseca,—tiene que reunir grandes condiciones. Debe ser ambicioso, y poseer en grande dósis la vanidad.

El obispo Fonseca necesitaba que aquel funcionario realizase sus designios; pero sin aparecer cómplice suyo.

Desde luego fijó sus ojos en don Francisco de Bobadilla.

X.

Desde la más ínfima clase de la sociedad habia llegado este hombre á desempeñar el empleo de oficial de la casa real, y era además comendador de una de las órdenes militares.

Era orgulloso, vano, impaciente; tenia sed de riquezas, y la esperanza de desempeñar el puesto de Colón, de alcanzar los títulos y los honores que él habia alcanzado, eran muy suficientes para que lle-

vase á la isla, envuelto en su deseo, todo el ódio que hacía el almirante sentia el obispo Fonseca.

Le designó á los reyes, y estos se apresuraron á otorgarle sus poderes, si bien se aplazó varias veces el viaje por efecto de las complicaciones de la política interior del reino.

XI.

En los poderes que le confirieron, decian, refiriéndose á la queja dada por el almirante contra un alcalde y otras personas que se habian rebelado:

«Asimismo le mandamos informarse de lo antedicho, averiguar quién y cuales personas fueron las que se levantaron contra el dicho almirante y nuestro investigador, y por qué causa; y qué robo y otras injurias han cometido, y además extender su investigacion á todas las otras materias relativas á las premisas, y despues de averiguar quién es el culpable, cualquiera que sea su categoría, secuestrar sus bienes, procediendo despues civil y criminalmente, imponiéndoles las multas y castigos á que se hayan hecho acreedores.»

Posteriormente se dieron otras cartas, dirigidas, sin nombrar á Colon, á los consejeros, justicias, caballeros, escuderos, oficiales y propietarios de las islas y tierra firme, dándoles cuenta del nombramiento de Bobadilla, ó informándoles de los amplios poderes de que iba revestido.

XII.

Entre las facultades que se le concedían, es notable, por más de un concepto, la siguiente:

«Es nuestra voluntad, decían, que si el dicho comendador, Francisco Bobadilla, creyese necesario, para nuestro servicio y los fines de la justicia, que cualesquiera caballeros ú otras personas que están al presente en aquellas islas, ó que lleguen en adelante, las abandonen y no vuelvan á residir en ellas, y que vengan y se presenten ante nos, se lo pueda mandar hacer así en nuestro nombre, y obligarlos á partir; y á quien quiera que así se lo mandare, por la presente ordenamos que inmediatamente, sin detenerse á hacernos preguntas ó consultas, ó recibir de nos otra carta ú orden, y sin interponer apelacion ni súplica, obedezca aquello que él diga y mande, bajo las penas que imponga en nombre nuestro, etc., etc.»

XIII.

Con fecha también 21 de Mayo se mandaba á Colón y á sus hermanos entregar las fortalezas, bajeles, casas, armas, municiones, ganados y demás propiedades al gobernador don Francisco Bobadilla, amenazándoles con las penas en que incurren los que se niegan á obedecer á sus soberanos cuando los mandan entregar fortalezas y otros puestos de confianza.

Al comunicar á Colon estas órdenes, sólo le daban los soberanos el título de *Almirante del Océano*.

Finalmente, otra carta, fechada en 26 de Mayo, dirigida al descubridor del Nuevo Mundo con el único título de *Almirante*, sólo era una credencial para que acatara y reconociera como enviado por los reyes de España á Bobadilla.

XIV.

En honor de la verdad, es lo cierto que las cartas segunda y tercera sólo tenían el carácter de provisionales, no debiendo hacerse uso de ellas sino en el caso extremo en que Cristóbal Colon y sus hermanos mereciesen ser relevados de los cargos que desempeñaban en el Nuevo Mundo.

Capítulo LXXXI.

Un juez apasionado.

I.

Claramente se vé, despues de conocer los documentos que he mencionado en el capítulo anterior, que los enemigos del almirante ganaban terreno en el ánimo de los reyes, y que estos, impulsados por distintos móviles, puesto que el rey lo que queria era poner el gobierno de los países conquistados en manos que le rindiesen más beneficios, y la reina estaba ofendida con Colon por haber puesto al cuello de los indios el dogal de la esclavitud, olvidando ya los servicios que habia prestado Colon, aspiraban á desautorizarle.

No faltaban, sin embargo, al ilustre marino algunos defensores.

II.

Fray Diego de Deza, que ocupaba á la sazón un alto cargo, Pedro Mártir, Santangel, y el mismo fray Pedro Antúnez de Córdoba, sin olvidar al duque de Medinaceli y al arzobispo de Toledo, defendían á su antiguo protegido, y aunque sus adversarios les decían que Colon habia incurrido en graves errores, la consideracion que debían á sus merecimientos les animaban á influir cerca de los soberanos para que no empleasen duras medidas con aquel hombre, que habia logrado en un momento que la Europa entera envidiase la gloria de España.

Las órdenes y los poderes habian sido entregados á Bobadilla, el cual esperaba con ánsia el momento de su partida, siempre aplazada por efecto de los escrúpulos que tenían los reyes de residenciar á Colon.

Pero no por esto desmayaba Fonseca, no por esto dejaba de mover los hilos de su intriga.

III.

Pasaba el tiempo, y cada dia eran más tristes las noticias que llegaban de la colonia.

El permiso concedido á Alonso de Ojeda y á Américo Vespucio se otorgó más tarde á Vicente Yañez Pinzon.

Estos golpes á los derechos adquiridos por el almirante, eran un principio de hostilidad que debia

irritarle, obligándole á tomar medidas dictadas por el despecho; y si esto sucedia, como era de esperar, Bobadilla se pondria en camino inmediatamente, justificando su presencia y su mision los actos desesperados del gobernador de la colonia.

IV.

Diego Colon, el hijo predilecto del almirante, veia formarse poco á poco la tempestad que iba á estallar sobre la cabeza del ilustre marino á quien debia el sér, y ansiaba por momentos satisfacer sus deseos, ir á su lado para compartir con él al ménos los sinsabores de la desgracia.

Pero la reina, que aunque estaba indignada por el abuso que atribuian á Colon, no podia borrar de su pecho el afecto que aquel hombre le habia inspirado siempre, parecia querer indemnizar á los hijos con sus bondades de las desdichas que preparaba al padre, y al verse objeto de las mayores atenciones por parte de la reina, que se opuso á su marcha, pretextando que no podia privarse de sus servicios, confiaba Diego en que la justicia por una parte, su influencia con la reina por otra, bastarian para asegurar el triunfo de su padre.

V.

Aunque su corazon estaba herido de muerte por el hondo pesar que sus desgraciados amores habian dejado en él, todavia le sonreian las ilusiones.

¿Qué hay más hermoso que la juventud?

Las grandes instancias con que Colon pedia que le enviasen un representante de la ley, resolvió la cuestion.

VI.

A mediados de Julio del año 1500 recibió Bobadilla la orden de ir á encargarse del mando de dos carabelas que le aguardaban en el puerto de Cádiz.

Antes de partir celebraron con él una entrevista los reyes, en la cual le encargaron que tratase al almirante con las mayores consideraciones, y sólo hiciese uso gradualmente de los poderes que habia recibido de sus manos.

VII.

Desde que obtuvo el nombramiento, Bobadilla procuró aparecer como un apasionado admirador de Colon, demostrando que sentia sus errores; pero diciendolo al mismo tiempo que no amenguaba en nada su gloria.

Hizo al mismo tiempo ostentacion de sabiduria, de rectitud, de equidad, de benevolencia, y todas estas cualidades hicieron que los reyes, y sobre todo la reina, le considerasen como el más á propósito para desempeñar la delicada mision que le confiaban.

—Examinad,—le dijeron,—con rectitud é imparcialidad la conducta de Cristóbal Colon, y sólo en el

caso de que la situación de la isla sea tan lamentable que necesite medidas prontas y enérgicas para asegurar el orden y la prosperidad, tomareis á vuestro cargo su gobierno; pero tratando siempre con consideracion al almirante.

VIII.

Para que hallase cooperacion eficaz en algunos de los hidalgos que habia en la colonia, le hicieron la merced de darle cartas con su firma en blanco, á fin de que las utilizase cuerda y favorablemente segun los deseos que abrigaban los reyes.

La vanidad de tan fácil triunfo cegó á Bobadilla.

Con un corazon seco, incapaz de gustar las delicias del cariño, vivia enteramente solo.

Ningun lazo le detenia en España.

En el Nuevo Mundo inspiraba á su orgullo la sed de las satisfacciones.

Triunfar de Colon, tener derecho para examinar su conducta, para juzgarle, y como él se decia, para condenarle si era preciso, era llegar de un salto á uno de los primeros puestos de la nacion, era levantar el pedestal de su fortuna sobre aquella columna gigante que la opinion pública habia erigido al descubridor del Nuevo Mundo.

IX.

Hasta el mismo Fonseca, á quien debia sus medros,

le pareció pequeño, y en la última entrevista que celebró con él, cuando el prelado quiso darle instrucciones:

—Dejadlo todo á mi cuidado,—dijo;—vuestros deseos son los míos; no me marqueis la línea que debo seguir: lo único que yo os prometo es que humillaré la soberbia del extranjero, que la Europa entera le verá tan abatido, que el recuerdo de mis hechos oscurecerá las páginas que pueda consagrarle la historia.

X.

No dudó Fonseca despues de oirle que estaba llamado, no á mejorar la condicion de la colonia, no á ensanchar las conquistas de la corona de España en aquellas comarcas, no á sacar partido de aquellos descubrimientos, sino á destruir todo cuanto tocasen sus manos.

Pero qué le importaba, si en la ruina de la colonia iba envuelta la ruina de Colon.

Puso á sus órdenes veinticinco hombres, que formaban su guardia de honor, y entre los demás tripulantes iban seis misioneros.

XI.

Casi en los momentos de partir dieron los reyes á Bobadilla un arma, acaso la más poderosa que podía esgrimir en el Nuevo Mundo.

Mandábanle tomar nota de los atrasos que se debían á los servidores del rey, pagarles en el acto y obligar á Colon á que por su parte satisfaciese sus deudas, «á fin, decia la órden, de que aquella gente recibiese lo que era suyo, y no se oyeran más quejas.»

Una infernal sonrisa jugueteaba en los labios de Bobadilla, cuando las carabelas, abandonando la costa, se lanzaban á las inmensidades del Océano.

Caminaba al mayor de los triunfos que habia podido soñar en su vida, y el viento favorable que empujaba las velas, al murmurar en sus oídos, parecia decirle:

—Corre, corre, allí está tu gloria; vas á triunfar del hombre más grande de tu siglo.

XII.

Diestros pilotos guiaban las embarcaciones, y la travesía fué rápida y feliz.

Al fin llegaron los dos buques á Santo Domingo, y desde el primer momento, Bobadilla, que no podia contener la ansiedad de usurpacion que le devoraba, anunció claramente que llegaba con plenos poderes de los soberanos para residenciar al almirante, para arrebatar de sus manos las riendas del gobierno, para hacer justicia á todo el mundo.

XIII.

Llegó precisamente cuando, resuelto el almirante

á castigar con severidad toda rebeldía, habia mandado levantar en Santo Domingo, á un lado de los fuertes, horcas, en las que expiasen sus culpas los que por sus maldades se habian hecho acreedores á tan atroz castigo.

Desde la carabela vió Bobadilla agitarse, á impulsos del viento, los inanimados cuerpos de dos reos que acababan de perecer en el patibulo, y aún estaban colgados de la horca.

XIV.

Por el emisario que envió don Diego Colon para reconocer las carabelas, supo que siete de los rebeldes, entre los que se hallaba Pedro Riquelme, estaban en el fuerte de Santo Domingo en capilla ya, esperando de un momento á otro sufrir la misma suerte que aquellos dos que habian expiado sus culpas.

Estas noticias y aquel espectáculo convencieron á Bobadilla de que cuantas noticias habian circulado en España los enemigos de Colon eran ciertas, de que su tiranía era abominable, de que mandaba allí como un señor feudal de horca y cuchillo, y dijo á Juan de Espinosa, alguacil mayor, que le acompañaba:

—Ya veis que no eran calumnias las acusaciones dirigidas contra el almirante. ¿Para qué necesitamos inspeccionar su conducta? ¿No basta esto? ¿Cómo han de obedecer los indios á un hombre que trata de este modo á sus mismos hermanos?... Además, los reyes no le han confiado el poder ejecutivo. Si esos hombres

que acaban de espirar en el patíbulo habian cometido algun crimen, su deber era enviarlos á España con la sumaria correspondiente, para que allí fuesen juzgados y castigados. No perdamos el tiempo en inútiles investigaciones; basta y sobra lo que hemos visto para no andarnos con rodeos, para comprender que la situacion de la colonia es muy crítica, y para tomar resoluciones enérgicas, y adoptar medidas instantáneamente, que pongan coto á tamaños desmanes.

XV.

Se decidió, pues, á entrar como en país conquistado en la colonia, que no tenia más defensor entonces que la debilidad del hermano menor del ilustre marino.

Capítulo LXXXII.

La popularidad.

I.

Desde muy antiguo hacen los hombres leña del árbol caído, y rinden culto al nuevo astro que aparece en el horizonte, calumniando, si es preciso, al que ha sido antes objeto de su idolatría y de su adulacion interesada.

Estaban todos los españoles atemorizados, porque sentían el peso de su conciencia; sabían que todos habían contribuido más ó ménos á la situacion angustiosa que habia obligado al almirante á imponer aquel atroz castigo, y aguardaban de un momento á otro que les llegara la vez de expiar sus faltas.

II.

Apenas supieron la mision que los reyes habian confiado á Bobadilla, los altos poderes de que estaba investido para inspeccionar lo que allí pasaba, y dictar

las medidas más convenientes á la terminacion de las luchas intestinas que devoraban la colonia, ensanchando el ánimo, mostraron una alegría inmensa, y corrieron en botes y canoas á saludar á aquel redentor, seguros de que, embriagándole con el incienso de su adulacion, conseguirian ponerle de su parte, aunque para alcanzarlo tuvieran que pagar con la más negra ingratitud al que hasta entonces tantas pruebas de interés y de afecto les habia dado.

III.

Bobadilla quiso, antes de saltar en tierra, oir á aquellas personas que francamente iban á ponerse á sus órdenes, y el resultado de aquella entrevista fué confirmarle, no en su creencia, sino en su opinion, de que lo mejor que podia hacer era considerar al almirante como un enemigo de su persona, usar, y hasta abusar, de sus poderes, y apresurar su triunfo.

Los que volvian de las carabelas hacian en público los mayores elogios de Bobadilla.

—¡Gran confianza deben tener los reyes en él cuando le han encargado mision tan delicada! —decian unos.

—¡Y qué afable, qué recto, qué justiciero parecел! —exclamaban otros.

—¡Con qué atencion nos ha escuchadol

—¡A todos nos ha tendido la mano con la mayor afabilidad!

—No hay duda; abriga los mejores deseos en nuestro favor.

—Gracias á él, podremos dar por terminados nuestros trabajos.

—El destruye las horcas.

—Así nos evitará ese espectáculo horroroso.

Y algunos, por lo bajo, añadian:

—Lo que es el almirante y sus hermanos, han concluido ya.

IV.

No podía Bobadilla llegar más á tiempo para destruir la obra que tan supremos esfuerzos habia costado á Cristóbal Colon.

Al dia siguiente de su llegada á Santo Domingo, con toda su comitiva de gala desembarcó, y sin pedir permiso al gobernador de la colonia, se dirigió á la iglesia para oír misa.

—Hallábanse en el templo Diego Colon, Rodrigo Perez, lugarteniente del almirante, y casi todas las personas más notables de la colonia.

V.

Oyeron todos la misa, y al acabarse, sin cumplir siquiera las fórmulas de la cortesía, sin contar para nada con Diego Colon, salió Bobadilla acompañado de los suyos, se colocó en la puerta de la iglesia, en donde no tardaron en reunirse todos los habitantes de

Santo Domingo, y dió orden al pregonero para que leyese las reales cédulas que le autorizaban para investigar las causas de rebelion, juzgar á los verdaderos motores de ella, secuestrar las propiedades de los delincuentes, y proceder contra ellos con todo el rigor de la ley, mandando al almirante y á las demás autoridades que le ayudasen en tan difícil tarea.

VI.

Asistió á esta lectura Diego Colon, y no sabia qué partido tomar, cuando acercándose á él Bobadilla, le dijo:

—Ya lo habeis oido, tengo que cumplir una mission, y los reyes os mandan apoyarme. Es necesario que inmediatamente me entregueis á los reos que están en el fuerte de Santo Domingo esperando el momento de subir al cadalso. Deseo tambien que los que han acusado se presenten á mí para formular de nuevo sus acusaciones.

VII.

A pesar de la debilidad de carácter del hermano menor de Colon, sintió humillado el derecho del almirante, y contestó con alguna entereza á aquellas peticiones.

—Las personas que quereis que os entregue,—le dijo,—han sido encarceladas y juzgadas por el almirante, cuya autoridad en estas tierras es superior á la

que podais tener. Mientras él no me mande que os las entregue, por más que lo sienta mucho, me veo obligado á responder á vuestras órdenes con una negativa.

—Ved lo que haceis,—exclamó Bobadilla.

—Hubiera debido pedirlos, antes de consentiros penetrar en la colonia, la autorizacion que os da derecho á entrar aquí sin el permiso del almirante; pero os perdono esa fórmula, y ya que habeis dado cuenta á todos los habitantes de ese documento que os acredita aquí, os pido copia de él para enviarle al almirante, á fin de que resuelva lo que crea oportuno.

—Si no teneis autoridad bastante para obedecer mis órdenes, es inútil que os entregue la copia que me pedis; y siento mucho que no deis crédito á mis palabras, que no accedais á mis deseos, porque me poneis en el caso de mandar dar lectura á otra cédula real, por la cual os convencereis de que mi mando no es sólo superior al vuestro, sino al del almirante, porque sus majestades me han nombrado gobernador de toda la isla.

VIII.

Los circunstantes escucharon con asombro aquella determinacion.

Pero confiando en que don Diego le obederia, aplazó hasta el dia siguiente la lectura de aquel documento.

Todos los habitantes de la colonia hicieron los ma-

yores comentarios acerca de la influencia de Bobadilla.

No sólo había recibido el encargo de examinar la conducta de Colón, sino el de despojarle del mando y reemplazarle en él.

No había duda; la estrella de Colón se había eclipsado, y empezaron á reconocer en Bobadilla á su nuevo jefe.

IX.

Al día siguiente, en la misma puerta del templo, mandó leer Bobadilla la real cédula, por la que le nombraban gobernador de las islas y tierra firme, y después de dar cuenta de la real voluntad, exigió el nombramiento acostumbrado á los habitantes de la colonia, mandando, en virtud de aquella autoridad de que estaba investido, que le entregasen inmediatamente los presos.

Muchos de los colonos se apresuraron á jurar obediencia.

X.

Pero Diego Colón y Rodrigo Pérez,

—Gran fuerza tienen para nosotros,—exclamaron,—las órdenes de sus majestades; pero los soberanos han concedido poderes más supremos almirante, y mientras no le despojen de ellos, nuestro deber es acatarlos; no podemos prestaros juramento.

—Tened en cuenta el desacato que cometeis.

—Dispensadnos que no demos entero crédito al documento que acabais de mandar leer. No es posible que soberanos tan excelsos como los que rigen los destinos de España, hayan podido olvidar ni un momento las consideraciones que deben al gran conquistador de estas tierras; y mientras no le destituyan, lo cual seria atropellar los derechos que legítimamente ha adquirido, nos negamos á obedeceros.

Esta respuesta irritó profundamente á Bobadilla.

XI.

Mirando en torno suyo, observó que la mayor parte de los circunstantes parecían dudar de la autenticidad de los documentos que habia mandado leer, y necesitando adquirir pronto el prestigio entre aquella gente,

—Conste,—dijo,—que he querido tratar al almirante con las mayores consideraciones, que vuestra falta de obediencia me obliga á hacer uso de todos los poderes que he recibido, y para que veais que me debéis completa sumision, oid otra real cédula, que no os dejará duda.

Y mandó al pregonero que leyese en seguida el documento en que los reyes ordenaban á Colon y á sus hermanos que entregasen á Bobadilla todas las fortalezas, buques y demás efectos de la propiedad de la corona.

XII.

El momento era decisivo, y Bobadilla quiso tener á su lado á toda la poblacion.

—Como complemento de esta disposicion de los reyes,—dijo,—anuncio á todos que vengo autorizado para pagar inmediatamente los atrasos á los servidores del rey, y para obligar asimismo al almirante á que pague á su servidumbre las cantidades que le adeude.

Una salva de aplausos acogió este anuncio.

La balanza se habia inclinado en favor del agente de los enemigos de Colon.

Ante la idea del lucro, callaron todas las consideraciones.

Bobadilla empezaba á ser popular.

XIII.

Animado con este triunfo, exigió de nuevo que le entregasen los prisioneros, y aseguró que si no se obedecian entonces sus órdenes, se apoderaria de ellos por la fuerza.

—Haced lo que gustéis,—dijo Diego Colon;—pero nos resistiremos siempre, porque no podemos creer en la autenticidad de esos documentos que acreditarían la más horrible de las ingratitudes.

—Bien está,—dijo Bobadilla;—yo os haré ver si tengo ó no derecho para ser obedecido.

Y dejando en la mayor angustia á Diego Colon, y en la mayor perplejidad á los que todavía no se habian decidido á unirse al nuevo jefe, partió con sus soldados y con no pocos de los que hasta entonces habian servido á Colon, con ánimo resuelto de apoderarse de los prisioneros que estaban custodiados en la fortaleza de Santo Domingo.

Capítulo LXXXIII.

Leales y traidores.

I.

Desempeñaba las funciones de alcaide de la fortaleza Miguel Diaz, el esposo de la reina de Hayna, el descubridor de aquellas ricas minas, á quien en cierto modo se debia la fundacion del fuerte de Santo Domingo.

Feliz con el amor de Catalina, y agradecido á las mercedes que le habia otorgado Colon, era uno de sus más fieles servidores.

II.

Habia tenido noticia de la llegada de Bobadilla, y tanto para defender la fortaleza, como para evitar á sus soldados enterarse del objeto de la llegada de aquel

hombre, mandó cerrar las puertas y se negó á abrir-las cuando llamó á ellas el nuevo gobernador de la isla y le entimó la rendicion.

Miguel Diaz apareció en las almenas.

—No os reconozco para nada,—contestó á las intimaciones de Bobadilla.

Este dispuso entonces que se leyesen las reales cédulas, y una vez terminada la lectura pidió la entrega de los presos.

—Tened la bondad de darme copia de esos despachos,—dijo Miguel Diaz,—y obraré entonces con arreglo á mi deber.

—La situacion es critica,—contestó el emisario de los reyes:—no hay tiempo que perder; los presos están sentenciados á muerte, podeis muy bien apresurar su castigo, yo no sé aún si son inocentes ó culpables, y necesito á toda costa que me los entregueis inmediatamente.

—Siento infinito no poder complaceros; pero sólo en vista de una orden del almirante puedo obedeceros.

—¿Eso quiere decir que deseais que emplee la fuerza?

—Lo sentiria en extremo,—contestó tranquilamente Miguel Diaz.

—Pues la emplearé si no acatais mis órdenes, y vos sereis responsable de lo que suceda,—replicó Bobadilla.

—Dadme una copia de los despachos: yo soy alcaide de la fortaleza en nombre del rey, por orden

del almirante, que ha ganado estas islas y territorios, y sólo á él debo obediencia.

—¿Con qué os negais?

—Me niego.

—Bien está; pero si se derrama sangre la culpa será vuestra.

III.

Partió con los suyos, y á muy corta distancia les preguntó si contaba con su apoyo para desalojar la fortaleza.

No hubo uno que no le prometiese su concurso.

—Como conviene evitar la efusion de sangre,—añadió Bobadilla,—sólo en caso de que se resistan haremos uso de las armas.

Esta última medida acabó de captarle las simpatías de todos.

Como si se tratara de tomar una gran fortaleza, llegó armado de escalas al pié de aquel insignificante fuerte, que no tenia más objeto que resistir el empuje de los indios, gente desnuda, sin pericia, sin armas.

IV.

La puerta, cerrada con débiles cerrojos, cayó en seguida á los golpes de los parciales del nuevo gobernador.

Pero no por eso dejaron de lucirse los que llevaban escalas.

Arrojándolas á las almenas, subieron por ellas y penetraron por distintos lados y á un mismo tiempo en la fortaleza.

V.

Ninguna resistencia opusieron Miguel Diaz y don Diego de Alvarado, únicos que se presentaron á los agresores.

Llevaban la espada desnuda; pero no hacian uso de ella.

Bobadilla dispuso su arresto, y penetrando en el calabozo donde estaban los prisioneros, los entregó al cuidado del alguacil Juan de Espinosa.

Este fué el primer acto del pacífico investigador que habian enviado los reyes á la Española para que calmase las pasiones, restableciese la justicia y enmendase los involuntarios errores del almirante, tratando á este y á los que estaban á sus órdenes con las mayores consideraciones.

VI.

No podia haber abusado más de lo que lo hizo de la confianza que habian depositado en él los soberanos.

Arrojada la máscara, no podia ser más de lo que fué.

del almirante, que ha ganado estas islas y territorios, y sólo á él debo obediencia.

—¿Con qué os negais?

—Me niego.

—Bien está; pero si se derrama sangre la culpa será vuestra.

III.

Partió con los suyos, y á muy corta distancia les preguntó si contaba con su apoyo para desalojar la fortaleza.

No hubo uno que no le prometiese su concurso.

—Como conviene evitar la efusion de sangre,—añadió Bobadilla,—sólo en caso de que se resistan haremos uso de las armas.

Esta última medida acabó de captarle las simpatías de todos.

Como si se tratara de tomar una gran fortaleza, llegó armado de escalas al pié de aquel insignificante fuerte, que no tenia más objeto que resistir el empuje de los indios, gente desnuda, sin pericia, sin armas.

IV.

La puerta, cerrada con débiles cerrojos, cayó en seguida á los golpes de los parciales del nuevo gobernador.

Pero no por eso dejaron de lucirse los que llevaban escalas.

Arrojándolas á las almenas, subieron por ellas y penetraron por distintos lados y á un mismo tiempo en la fortaleza.

V.

Ninguna resistencia opusieron Miguel Diaz y don Diego de Alvarado, únicos que se presentaron á los agresores.

Llevaban la espada desnuda; pero no hacian uso de ella.

Bobadilla dispuso su arresto, y penetrando en el calabozo donde estaban los prisioneros, los entregó al cuidado del alguacil Juan de Espinosa.

Este fué el primer acto del pacífico investigador que habian enviado los reyes á la Española para que calmase las pasiones, restableciese la justicia y enmendase los involuntarios errores del almirante, tratando á este y á los que estaban á sus órdenes con las mayores consideraciones.

VI.

No podia haber abusado más de lo que lo hizo de la confianza que habian depositado en él los soberanos.

Arrojada la máscara, no podia ser más de lo que fué.

La tea de la discordia encendió de nuevo las mezquinas pasiones en los otros parciales que la energía de Colón acababa de sofocar.

Pero no fué esto solo.

Dejó el papel de investigador por el de desfacedor de agravios.

VII.

Se apoderó de la morada del almirante, secuestró sus armas, sus joyas, sus libros, sus caballos, sus escritos, hasta los más secretos; pagó con esta confiscación á los acreedores del almirante, y hollando todos los derechos, y deseando que rodease á aquellos crímenes el aura popular, al día siguiente de su fácil triunfo en el fuerte de Santo Domingo, anunció que concedía licencia á todos los colonos para que buscasen oro, y lo aprovecharan durante veinte años, sin dar al gobierno más que la undécima parte, en vez de la tercera que hasta entonces les había exigido el almirante.

VIII.

En cuanto á Colón:

—Pronto, muy pronto,—dijo á los que le seguían,—le vereis volver á España cargado de cadenas, y yo os prometo que ni él, ni algun otro de su estirpe, podrá jamás gobernar la isla.

El almirante ha cometido grandes errores, gran-

des faltas, y ha llegado por fin para él la hora de la expiacion.

La Providencia tiene secretos inescrutables.

¿Cómo era posible que acabase de aquel modo el hombre glorioso, á quien sólo su amor á la ciencia y á la humanidad habian impulsado á arrancar al Océano sus más peligrosos secretos?

Capítulo LXXXIV.

Donde se vé cómo sufren las adversidades los hombres de gran corazon.

I.

Mientras que los sucesos que acabamos de referir ocurrían en la isla de Santo Domingo, Roldan por una parte, y el adelantado por otra, perseguían á los rebeldes en el departamento de Xaragua, en tanto que Colon permanecía en la pequeña colonia que en Bonao habian fundado los españoles, á quienes se les habian repartido tierras en aquella comarca.

II.

Era al anochecer.

Los últimos rayos del sol, que caminaban á sepultarse en las aguas de Occidente, imprimían al horizonte un aspecto melancólico.

Volvían los trabajadores del campo, en donde durante el día habían cultivado la tierra.

A lo lejos se escuchaban los plañideros sonidos de los airecitos que cantaban los indios para olvidar su esclavitud.

Todo era triste, todo era sombrío.

Parecía que en todas partes se reflejaba la amargura que experimentaba el corazón de aquel hombre, de aquel genio, que presentía el porvenir, y era que Colon se hallaba en uno de esos instantes de la vida en que cae el alma en el desaliento, en los que lo vé todo negro, en los que parece que se abre á sus piés la fosa que ha de guardar para siempre sus ilusiones y sus esperanzas.

III.

¡Con qué intensidad pensaba en sus hijos!

¡Con qué afán traía á su memoria los recuerdos de los dos ángeles que habían endulzado las horas de su vida: Felipa y Beatriz!

¡Cómo veía en su imaginación la figura de fray Pedro Antunez, que tan bueno había sido para él!

¡Cómo recordaba las palabras de Diego de Deza para impulsarle en su empresa, haciéndole ver la gloria que le reservaba el porvenir!

Pero por más que quería borrar los tristes colores del horizonte, recordando los alegres matices que le habían sonreído en los momentos de su apogeo, la pesadumbre de su alma se interponía entre su deseo, y

puede decirse que en aquellos momentos no había en su corazón más que melancolía.

IV.

Ojeda, uno de sus más valientes capitanes, había aspirado á usurparle su gloria, y había conseguido licencia de los reyes para hacer exploraciones atentatorias á sus derechos, porque habían otorgado á Colón el privilegio exclusivo de descubrir tierras.

Después de haberse alejado de la costa, otras carabelas habían tocado en ella, y había sabido, con profundo pesar, que uno de los Pinzones, hermano de aquel que murió bajo el peso del remordimiento, de aquel que había sido su primer enemigo en el Nuevo Mundo, se lanzaba á empresas como las suyas.

V.

Pero ¿qué eran estos pesares, que podían herir su amor propio, no su codicia, porque no deseaba más que la gloria?

¿Qué era aquella imposibilidad que veía de realizar sus propósitos, los propósitos que le habían inspirado en el campamento de Granada los frailes que habían llegado allí desde Jerusalem para pedir la protección de los reyes, para arrancar de las manos de los idólatras el Santo Sepulcro?

Nuevos disgustos iban á poner á prueba su asombrosa resignación, su imponderable heroísmo.

VI.

Un inesperado suceso fué á sacarle de su meditacion.

Uno de sus escuderos, que habia ido á Santo Domingo al servicio de su hermano don Diego, llegó al sitio donde estaba Cristóbal Colon acompañado de un paje que acababa de llegar á la colonia á las órdenes de Bobadilla.

La llegada de estas dos personas le sorprendieron.

El escudero se adelantó y le entregó una carta de su hermano.

«Ocurren grandes desgracias, le decia Diego. El paje que acompaña al escudero te enterará.

»Espero inmediatamente tus órdenes.»

VII.

Colon miró al paje y se sorprendió.

No era la primera vez que veia aquel rostro.

Alarmado Colon, entró seguido del paje en una habitacion de la casa donde se hospedaba, y los dos quedaron solos.

—¿No me habeis reconocido?—exclamó el paje.—
No me extraña. ¡He sufrido tanto desde que no nos vemos!...

Colon fijó una penetrante mirada en su interlocutor.

—¿Vos aquí, Isabel?—exclamó, reconociendo en el paje á Isabel Monteagudo.

—Sí; yo, que he venido espiando á vuestro enemigo, porque no soy ingrata, porque no he olvidado los beneficios que os debo, porque al quedarme sola en el mundo, sin más esperanza ni más deseo que la muerte, juré consagrar toda mi vida á velar por vos, y he venido á cumplir mi palabra.

—Hablad, hablad; no sé qué triste presentimiento me dice que son inmensas las desgracias que me amenazan. ¿Habeis hablado con mi hermano?

—Sí; le he descubierto quién soy, y he venido con vuestro escudero á daros cuenta de lo que pasa.

—No demoreis un instante vuestra explicacion. ¡Hablad, hablad por Dios!

VIII.

—Vuestros enemigos de España,—dijo Isabel,—han realizado sus deseos. Ya recordareis que yo estaba al servicio de ellos para poder saber los planes que meditaban contra vos. El obispo Fonseca, explotando los sentimientos de los reyes, ha fraguado la intriga, que ha dado por resultado la llegada á la colonia de don Francisco Bobadilla, el cual ha venido á arrojaros de ella, á apoderarse del gobierno, y á presentaros en la corte como la causa de todos los desastres que han ocurrido en la isla.

—¿Es posible eso?

—Sí: el rey, empeñado en luchas que absorben cre-

cidas cantidades, tiene vivos deseos de que estas tierras produzcan lo bastante para cubrir sus atenciones. Sabe que hay oro, mucho oro en ellas, y vuestros enemigos le han hecho creer que vuestra codicia y vuestros desaciertos son la única causa de los exiguos resultados que dá la posesion de estos países, al mismo tiempo que han presentado á los ojos de la reina, como una indignidad de vuestra parte, el permiso que habeis concedido á muchos de los colonos que han vuelto para llevarse indios en calidad de esclavos; y de comun acuerdo los monarcas, por instigacion de Fonseca, han nombrado á don Diego Bobadilla para que inspeccione vuestra conducta, para que examine la situacion de la colonia, para que juzgue las causas de la rebellion, para que condene á los culpables, y en todo caso, para que os destituya y tome á su cargo la gobernacion de la isla.

—Mentira me parece que hayan podido dar los reyes semejantes órdenes.

—Hace unos cuatro días que hemos llegado. Yo he conseguido, gracias á mi disfraz, volver en calidad de paje de vuestro enemigo, y he venido á anunciaros lo que pasa, para que os dispongais á contrarestar la influencia de ese hombre.

—¿Y cómo, si tan autorizado viene por los reyes?

—Es cierto; trae los más ámplios poderes, y ya ha abusado de ellos. En vano ha tratado de negarse don Diego vuestro hermano á respetar sus órdenes; en vano ha protestado contra todos sus actos. Lo primero que ha hecho ha sido mandar leer en público las rea-

les cédulas que le autorizan á intervenir en todos los negocios de la gobernacion de la isla. Ha pedido que le entregaran los presos. Al ver que se oponian á su mandato, ha forzado las puertas de la fortaleza de Santo Domingo, ha penetrado en ella, ha arrestado á sus jefes, y ha puesto á su disposicion á los reos. No satisfecho, y autorizado por otra real cédula para pagar inmediatamente á los colonos y obligaros á que saldárais las cuentas con vuestros servidores, ha secuestrado vuestros bienes, ha entrado en vuestra casa y se ha apoderado del oro, joyas, escritos, de cuanto poseeis, y contando con el concurso de todos aquellos á quienes ha favorecido, de los mismos rebeldes á quienes ha ofrecido proteccion, seguro de que los tendrá á su lado contra vos, puede decirse que á estas horas no tenéis ni un sólo amigo.

IX.

Colon escuchó estas noticias con profundo abatimiento.

—¿Es posible,—exclamó,—que un hombre como yo, que ha pagado tan caros los beneficios de la suerte, se vea en el ocaso de su vida preso en las redes de viles cortesanos, y herido de muerte con la envenenada espada de la calumnia?

Yo os agradezco las pruebas de lealtad que me habeis dado; pero creedme, Isabel, más me valia haber ignorado todo esto hasta el momento mismo en que ese infame se apoderase de mi persona para ofre-

cerme el triste espectáculo del castigo que me prepara...

—¡Oh! No; no desmayéis de esa manera. Es infame, y por lo mismo cobarde. Aunque la envidia ha formado en torno vuestro gran número de enemigos, la envidia reconoce el mérito, y aún podreis encontrar entre los españoles, entre los indios, elementos bastantes para destruir la obra que por sorpresa ha logrado llevar á cabo Bobadilla. Sí, yo creo que aún podeis reunir un ejército bastante para sofocar esta nueva rebelion, para hacer pasar á los ojos de todo el mundo á Bobadilla como un usurpador de atribuciones, como un aventurero, y en todo caso enviarle á España en una carabela colgado de un palo, para que vean los reyes cómo tratáis á los que quieren humillaros, á los que vienen á romper los sagrados convenios que habeis firmado con los monarcas de España.

—No, no es ese el camino que me traza el deber. La razon está de mi parte, la razon no es la fuerza, no es la venganza. Gracias, Isabel, gracias por los buenos deseos que os inspira mi suerte. Pero yo confío en la Providencia. Yo sé que pone á prueba á sus hijos predilectos; yo sé que cuando acerca el cáliz de la amargura á los lábios de un hombre, es para abrirle los brazos y ofrecerle su gracia despues. Volved al lado de vuestro nuevo amo; que no descubra vuestro secreto, porque podria castigaros. Yo sé lo que debo hacer: estoy tranquilo; quizás una nueva desgracia vá á acabar de purificar mis pecados, vá á consolidar la gloria que se ha servido Dios concederme.

—Ved lo que haceis,—dijo Isabel, que admiraba á Colon y estaba dispuesta á sacrificarse por él;—si Bobadilla perece, todas las cosas volverán á su estado; y yo, que he roto ya los lazos que me ligan á la tierra; yo, que moriria contenta por vuestro bien, puedo libraros de su presencia.

—Callad, callad, y renunciad á ese fatal propósito. Si quereis servirme, si quereis que sea grato á mi corazon vuestro recuerdo, respetadle y obedecedle: ahora partid; pudiera averiguarse que habeis venido á verme, y no os lo perdonarian vuestros enemigos.

Isabel partió.

X.

Conociendo las intenciones de Bobadilla, creyó que aún necesitaba vivir para ser útil á su protector.

Colon halló todavía en su alma resignacion, valor, energía, para soportar aquel nuevo infortunio.

—No es la fuerza la que debe oponerse á la fuerza,—dijo;—luchar con las fieras es ser fiera tambien. La Providencia es quien debe juzgarme.

XI.

A pesar de los actos de Bobadilla, no podia creer que estuviese autorizado por los reyes para relevarle.

Aquel cambio tan repentino en la conducta de los soberanos era inconcebible.

La gran reina Isabel no podía haber enviado á la isla un verdugo para que le juzgase.

Aguardó, pues, á saber de una manera oficial la llegada de Bobadilla para resolver el difícil problema de su situación.

Capítulo LXXXV.

El colmo de la infamia.

I.

Cuanto más meditaba Colon sobre los últimos sucesos de que habia sido teatro Santo Domingo, más se convencía de que los reyes no habian podido autorizar á cometer aquellas agresiones á su agente.

Pensaba que á lo sumo le habrian autorizado á ejercer las funciones de primer justicia, accediendo á los deseos que les habia manifestado varias veces, pidiéndoles que enviasen á la isla una persona autorizada para aplicar la ley en los casos necesarios.

II.

Los abusos que habia cometido Aguado le hacian suponer que Bobadilla se habia extralimitado, y bajo

este supuesto quiso obrar con mesura para que contrastase su conducta con la de aquel hombre, que de ninguna manera podría tener una autoridad igual á la suya.

No tardó Bobadilla en enviarle un emisario para noticiarle su llegada, y leer en su presencia las reales cédulas en virtud de las cuales obraba.

Al mismo tiempo, por orden suya, habían salido otros á recorrer toda la isla con el objeto de que en todas partes fuese acatado Bobadilla.

III.

El almirante, simulando que ignoraba todo lo que habia ocurrido, se limitó á escribir á Bobadilla, dándole el parabien por su llegada á la isla, y aconsejándole que no dictase providencias violentas, sobre todo en lo relativo á los derechos concedidos á los colonos para acopiar oro; esto en vista de la medida que habia dictado, concediendo permiso por veinte años á los españoles residentes en la isla para buscar aquel metal, sin más contribucion que la undécima parte de lo que cogiesen.

Por lo demás, le manifestaba que se alegraba de su venida, puesto que él tenia grandes deseos de volver á España, y entonces aprovecharia la ocasion de realizarlo, toda vez que quedaba en la isla una persona de tanta confianza para los reyes.

Celebró la llegada de los misioneros, y les dirigió cartas sumamente afectuosas.

Ninguno respondió á ellas, y Bobadilla, en vez de contestar, aprovechó las firmas en blanco que le habían dado los reyes para dirigirlas á los más encarnizados enemigos de Colón, y entre ellos á Roldan, ofreciéndole en cambio de su apoyo toda clase de protección.

Esto acabó de destruir la influencia del almirante.

IV.

Viéndose este completamente abandonado, publicó un edicto, manifestando que los poderes de Bobadilla no podían ser válidos ni legales, toda vez que los reyes le habían concedido á perpetuidad facultades amplias para gobernar aquellos países.

Poca fuerza tuvo este documento.

V.

Los emisarios de Bobadilla recorrían la isla, y lo mismo los jefes de las fortalezas se agrupaban en ella, formando el vacío en torno de Colón y de sus hermanos.

Grande era la resignación del almirante.

Pero en honor de la verdad, hay que convenir en que hacía un inmenso sacrificio.

Había llamado á sus hermanos para conferenciar con ellos, y resolver de comun acuerdo el partido que deberían tomar.

VI.

Antes de que llegaran, se presentaron en Bonao el fraile franciscano Juan de Trassierra y Francisco Velazquez, tesorero de la expedicion de Bobadilla, y le entregaron en nombre de este la real cédula firmada por los reyes en 26 de Mayo de 1499, mandando á todas las autoridades dar fé y prestar obediencia á Bobadilla.

—No seré yo,—dijo Colon,—quien desobedezca órdenes tan terminantes.

—Ved además,—dijo Velazquez,—la órden que en virtud de sus atribuciones os envia el nuevo gobernador.

En términos severos, mandaba Bobadilla al almirante que se presentase inmediatamente en Santo Domingo.

VII.

Aquella carta le hirió más que el desengaño que sufría de los reyes, y llamando á uno de sus criados:

—Mi caballo,—exclamó.

Y antes de que pudieran llegar los portadores de aquella órden, se presentó á Bobadilla.

¿Qué amargura debió experimentar al ver á su enemigo rodeado del prestigio, de las atenciones, de la adulacion, en fin, de todos los que antes le habian obedecido y venerado!

VIII.

Los colonos, acusando é injuriando al ilustre marino, ganaban terreno en el ánimo de Bobadilla.

Las conversaciones que con él tenían, eran todas calumniosas para el almirante.

Al recibir aviso de que Colon se acercaba, como si se tratara de dar una batalla á aquel hombre que iba sólo, hizo grandes preparativos, llamó á sus tropas y decretó instantáneamente la prision de don Diego, para que no pudiera prestar ayuda á su hermano.

Don Diego se dejó conducir con grillos á bordo de una carabela sin exhalar una sola queja.

No pensaba Bobadilla que se presentaria Colon tan pronto y sin gente alguna.

El almirante llegó á Santo Domingo, y todos aquellos antiguos servidores suyos que encontró al paso bajaron la vista, atemorizados más aún que si volviera con un numeroso ejército.

Y es que Colon tenia un soldado en la conciencia de cada uno de aquellos hombres.

IX.

Bobadilla supo instantáneamente su llegada, y no tuvo valor para presentarse á su vista.

El almirante llegó á la puerta de su antigua morada, ocupada entonces por el nuevo gobernador.

Con dignidad; pero con acento tranquilo, pidió á uno de los criados que le anunciase su llegada.

La curiosidad llevó á casi todos los colonos á los alrededores de la morada de Bobadilla.

X.

Colon esperaba á la puerta la voluntad de aquel usurpador.

Cada vez que dirigia sus ojos en torno suyo, y los fijaba en alguno de los colonos, los veia humillados, avergonzados, soportando un dolor mucho más grande que el que él sufría.

Al cabo de algun tiempo se presentó un capitán de los que habian llegado con Bobadilla, y le dijo:

—Mi señor no puede recibiros; pero en vista de los cargos que resultan contra vos en las investigaciones que ha hecho, me manda que os arreste y que os conduzca á la fortaleza de Santo Domingo.

Nadie esperaba aquel acto.

XI.

Un sordo rumor se escapó de la concurrencia, rumor que parecia una protesta.

—Cumplid las órdenes que habeis recibido,—dijo Colon con mansedumbre, entregando su espada al capitán.

El capitán, que habia recibido las instrucciones necesarias para llevar á cabo aquel infame atentado, dió

una órden y no tardó en presentarse con grilletes uno de los soldados de Bobadilla.

Los grilletes horrorizaron á todos los circunstantes.

Ninguno de los soldados se atrevió á ponérselos.

XII.

—Acercaos á mí, no temais,—decia tranquilamente Colon;—cumplid las órdenes que os han dado; la obediencia es lo primero.

Pero movidos unos por compasion, y acosados otros por los remordimientos, se negaron abiertamente á cumplir aquella órden.

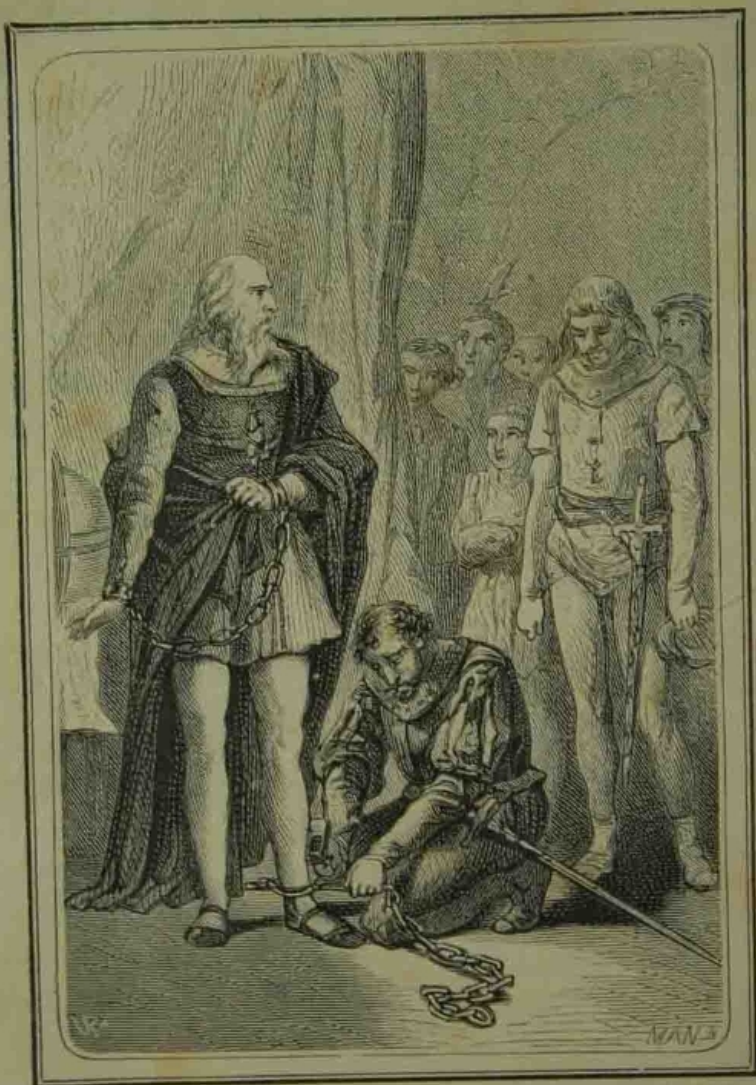
XIII.

En esto estaban, cuando presentándose á la puerta de la casa Roldan, que acababa de conferenciar con Bobadilla, y que se habia entregado á él por completo:

—Por inmenso que sea nuestro pesar,—dijo,—no tenemos más remedio que acatar las órdenes de los reyes. Don Francisco de Bobadilla es su representante; él nos ha mandado aprisionar y encadenar al almirante. ¿No os atreveis á obedecerle? Yo le obedeceré.

XIV.

Aquel infame hombre, que tantos beneficios habia



CRISTOBAL COLON. — Le remachó los hierros en medio de la consternacion general.

recibido de Colon, que últimamente habia obtenido su perdon y parecia ser uno de sus más leales servidores, sin atreverse á alzar los ojos, porque el almirante le miraba con una serenidad que helaba la sangre en sus venas, le remachó los hierros en medio de la consternacion general.

—Decid á Bobadilla,—dijo Colon al capitan,—que proponga á los reyes para un gran premio á Rodan por el servicio que acaba de prestarles.

XV.

Con los grillos puestos, sin desmayar un solo instante, sin que una lágrima nublase sus ojos, sin que una sombra apareciese en su frente, avanzó en medio de la muchedumbre, que bajaba los ojos aterrorizada, hasta la fortaleza de Santo Domingo, con la cabeza descubierta y ostentando las plateadas canas que en el servicio de los que le trataban de aquel modo habia adquirido prematuramente.

XVI.

Ya tenia en su poder Bobadilla al almirante y á su hermano Diego.

Pero Bartolomé era temible, y contaba con tropas que se hallaban á su servicio en el departamento de Xaragua.

Una sola indicacion bastó para que el almirante

escribiese á su hermano, mandándole someterse á Bobadilla.

Bartolomé obedeció.

Abandonando su ejército, se presentó en Santo Domingo, y también fué cargado de cadenas y conducido á bordo de otra carabela.

Los tres hermanos estaban separados, y no les permitían comunicarse unos con otros.

XVII.

En vano quisieron ver á Bobadilla.

Aquel hombre infame no se atrevió á comparecer en su presencia, ni permitió que nadie les visitase.

A las preguntas que hacía Colon acerca de las causas que habían motivado su prision, respondían siempre con el silencio.

—No hay duda,—pensó el ilustre marino, héroe de esta historia,—este hombre infame vá á acabar con mi vida. ¡Tal vez levantan en este instante el cadalso en donde vá á sacrificarme! Cúmplase la voluntad de Dios, si ha resuelto que concluya mis dias de este modo.

Las armas de la envidia no habían podido herirle con más ensañamiento.

XVIII.

Al cabo de algun tiempo, oyó ruido en la puerta de su prision.

Uno de los misioneros entró en su calabozo.

—Se acerca mi última hora,—pensó.

Y con angelical resignacion, llena el alma de fé:

—¡No, no,—dijo;—la Providencia vela por la virtud!

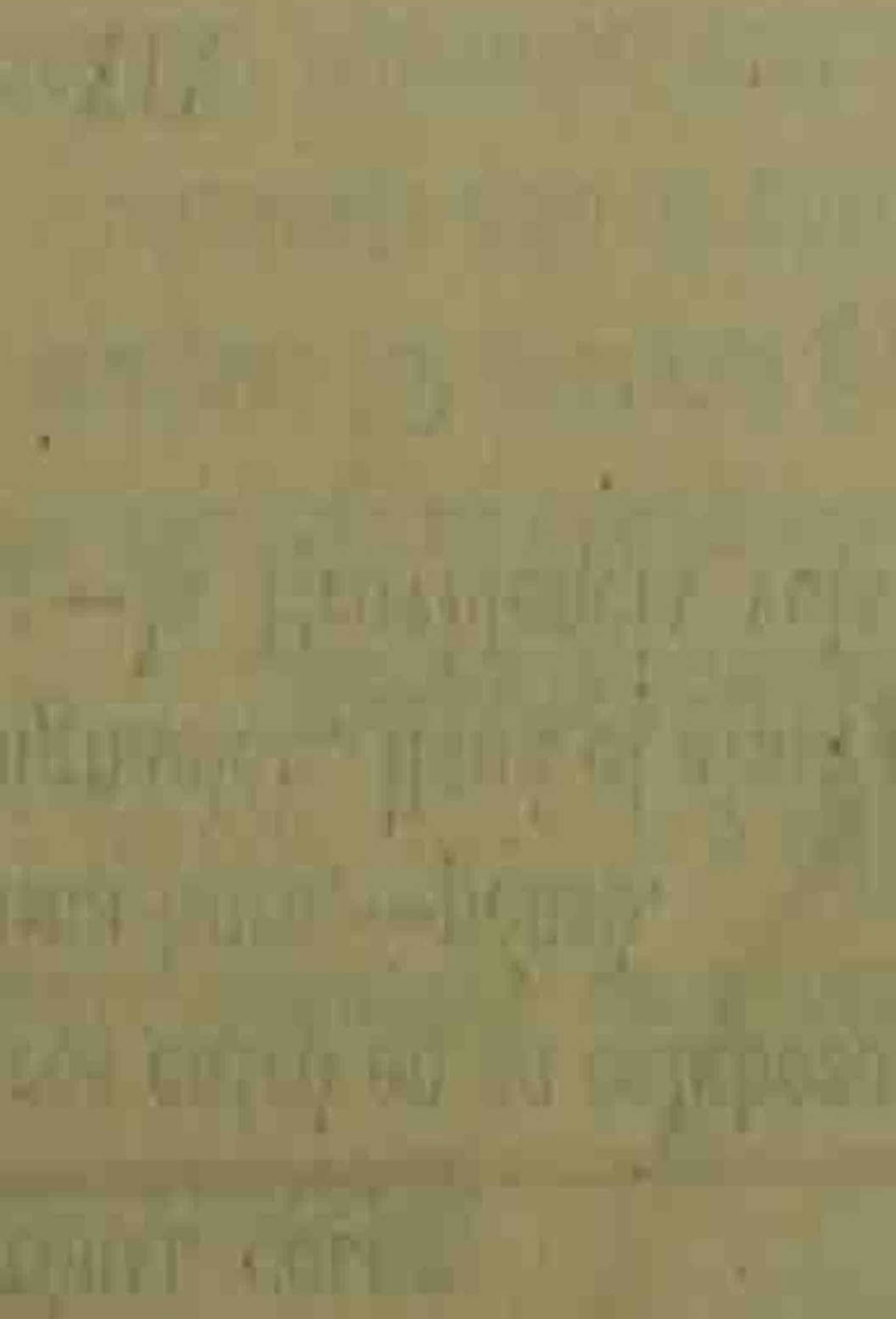
XIX.

¿Se habia levantado, en efecto, el patíbulo para él en aquellas tierras que habia descubierto y que tanta gloria habian dado á su nombre?

¿Era posible que la Providencia permitiese semejante horror?

Era imposible.

FIN DEL TOMO TERCERO.



NOTAS DE ESTE TOMO.

(A) •Sensible es, dice Washington Irving, que empañase Colon su brillante nombre con accion tan fea: es triste ver la clara gloria de sus empresas oscurecida con violacion tan fragrant de los derechos de la humanidad.

•Las costumbres de aquellos tiempos son su única excusa.

•Los españoles y los portugueses habian sentado desde mucho tiempo este precedente funesto en sus descubrimientos africanos, siendo el tráfico de esclavos una de las más ricas fuentes de sus ganancias.

•En efecto: la más alta autoridad sancionaba esta práctica, la autoridad de la Iglesia misma; pues los más doctos teólogos aseveraron que todas las naciones bárbaras ó infieles que cierran sus oídos á las verdades de la cristiandad, son objeto de guerra y de rapiña, de cautiverio y de esclavitud.

•Si hubiese Colon necesitado ejemplos y demostraciones prácticas de esta doctrina, en la conducta de Fernando mismo las hubiese hallado, quien en las últimas guerras contra los moros de Gra-

nada estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, y pretendía obrar sólo por la gloria y progreso de la fé.

En aquella guerra santa, como solían llamarla, era práctica común hacer entradas por tierra de moros, y llevarse *cavalgadas*, no sólo de ganados, sino de hombres, y no precisamente de los que se habían hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labradores, industrioses aldeanos, inocentes niños y desvalidas mujeres, quienes iban al mercado de Sevilla, ó de otra ciudad grande, y se vendían como esclavos.

Sumulatró un ejemplo memorable de tales procedimientos la toma de Málaga, después de la cual, para castigo de una obstinada defensa, que debiera haber causado admiración en vez de venganza, once mil personas de ambos sexos y de todas condiciones y edades, muchas de ellas de la más fina educación, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras, y sujetas á la esclavitud, aun después de haber pagado ya la mitad de su rescate.

Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para explicar la conducta de Colón. Obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo, y sancionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano á quien servía.

Las Casas, celoso y entusiasta abogado de los indios, que aprovechaba todas las ocasiones para clamar vehementemente contra su esclavitud, habla de Colón sobre este punto con la mayor indulgencia.

«Si aquellos hombres doctos y piadosos, dice, á quienes tomaron los reyes por guías é instructores, ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el almirante la ignorase también?»

(B) Cuadrápodo pequeño como el gazapo, con el hocico agudo y las orejas tan pequeñas y tan unidas á la cabeza, que parece que no las tiene. Carece de cola. Sus patas son muy delicadas, blancas como el armiño, ó negras como el ébano. Es muy manso, muy bello, y tiene la ligereza de la gacela.

(C) Este era un arroyo de los más importantes de la isla. Pasando por la ciudad de Bonao, camina á perderse en el mar por el Norte. Después de la conquista se cubrieron sus orillas de palacios, porque era uno de los sitios más pintorescos de la isla.

(D) Árbol que produce un fruto semejante á las moras, con el

que fabrican una bebida, cuya principal propiedad es hacer engordar á los que la toman.

(E) Especie de lanza hecha de palmera, de corbana ó de hicana, de tres dedos de ancho y dos varas y media de alto, que blandian los indios con las dos manos.

(F) *Legendas americanas* de Güell y Renté.

(G) Arbol muy grande, cuyo fruto es amarillo como la ciruela. Los indios hacian una infusion con su corteza, y se bañaban en ella para reanimar las fuerzas de sus miembros. Tambien dormian á su sombra para curarse de las enfermedades nerviosas. Este árbol no tiene hojas más que en la primavera. Cuando carecian de agua los indios, cogian sus raíces y apagaban su sed chupándolas.

(H) La más delicada y la más dulce de las raíces, de la clase de las patatas y de la familia de las cebollas, que se compone de alibianex guaracas, guacaraycas y guanenagas. Los indios las comian cocidas ó asadas.

(I) Banco que hacia entre ellos las veces de reclinatorio. En él se sentaban los caciques para entregarse á sus oraciones.

(J) El Ozama y el Neira son dos arroyos. El Ozama se pierde en el mar del Sur, atraviesa la ciudad de Santo Domingo, procedente del Norte, en donde tiene su origen, y recibe á cosa de una legua antes de la ciudad el gran rio Isabela, que viene desde el Nordeste. Su profundidad es de cuatro brazas.

El Neira atraviesa la ciudad de Maguana, y en sus aguas es donde se pesca el manati.

(K) El jaruma es un gran árbol de muchas y espesas hojas, mucho más grandes que las de la higuera. Su fruta es muy dulce; los indios la comian, y curaban sus heridas con el jugo. Sus hojas son por un lado de un color verde claro, y por el otro casi blancas.

El xagua es un árbol muy alto y muy recto. Con sus ramas formaban sus lanzas los indios. Su fruto es del volúmen de la adormidera. Se saca de él un agua trasparente, con la que los naturales se untaban las piernas y el cuerpo cuando estaban cansados. Esta agua tiene la propiedad de apretar las carnes, y de teñirlas de un negro que dura muchos días. Los indios se teñian con ella cuando iban á pelear, y lograban dar á su cutis el color y el brillo del azabache.

El copeye es un árbol muy grande y muy duro, en cuyas ho-

nada estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, y pretendía obrar sólo por la gloria y progresos de la fé.

•En aquella guerra santa, como solían llamarla, era práctica común hacer entradas por tierra de moros, y llevarse *cavalgadas*, no sólo de ganados, sino de hombres, y no precisamente de los que se habían hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labradores, industriosos aldeanos, inocentes niños y desvalidas mujeres, quienes iban al mercado de Sevilla, ó de otra ciudad grande, y se vendían como esclavos.

•Suministró un ejemplo memorable de tales procedimientos la toma de Málaga, después de la cual, para castigo de una obstinada defensa, que debiera haber causado admiración en vez de venganza, once mil personas de ambos sexos y de todas condiciones y edades, muchas de ellas de la más fina educación, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras, y sujetas á la esclavitud, aun después de haber pagado ya la mitad de su rescate.

Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para explicar la conducta de Colón. Obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo, y sancionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano á quien servía.

Las Casas, celoso y entusiasta abogado de los indios, que aprovecha todas las ocasiones para clamar vehementemente contra su esclavitud, habla de Colón sobre este punto con la mayor indulgencia.

•Si aquellos hombres doctos y piadosos, dice, á quienes tomaron los reyes por guías é instructores, ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el almirante la ignorase también?

(B) Cuadrúpedo pequeño como el gazapo, con el hocico agudo y las orejas tan pequeñas y tan unidas á la cabeza, que parece que no las tiene. Carece de cola. Sus patas son muy delicadas, blancas como el armiño, ó negras como el ébano. Es muy manso, muy bello, y tiene la ligereza de la gacela.

(C) Este era un arroyo de los más importantes de la isla. Pasando por la ciudad de Bonaó, camina á perderse en el mar por el Norte. Después de la conquista se cubrieron sus orillas de palacios, porque era uno de los sitios más pintorescos de la isla.

(D) Árbol que produce un fruto semejante á las moras, con el

que fabrican una bebida, cuya principal propiedad es hacer engordar á los que la toman.

(E) Especie de lanza hecha de palmera, de corbana ó de hicana, de tres dedos de ancho y dos varas y media de alto, que blandian los indios con las dos manos.

(F) *Legendas americanas* de Güell y Renté.

(G) Arbol muy grande, cuyo fruto es amarillo como la ciruela. Los indios hacian una infusion con su corteza, y se bañaban en ella para reanimar las fuerzas de sus miembros. Tambien dormian á su sombra para curarse de las enfermedades nerviosas. Este árbol no tiene hojas más que en la primavera. Cuando carecian de agua los indios, cogian sus raíces y apagaban su sed chupándolas.

(H) La más delicada y la más dulce de las raíces, de la clase de las patatas y de la familia de las cebollas, que se compone de atibianex guaracas, guacaraycas y guanenagas. Los indios las comian cocidas ó asadas.

(I) Banco que hacia entre ellos las veces de reclinatorio. En él se sentaban los caciques para entregarse á sus oraciones.

(J) El Ozama y el Neira son dos arroyos. El Ozama se pierde en el mar del Sur, atraviesa la ciudad de Santo Domingo, procedente del Norte, en donde tiene su origen, y recibe á cosa de una legua antes de la ciudad el gran rio Isabela, que viene desde el Nordeste. Su profundidad es de cuatro brazas.

El Neira atraviesa la ciudad de Maguana, y en sus aguas es donde se pesca el manatí.

(K) El jaruma es un gran árbol de muchas y espesas hojas, mucho más grandes que las de la higuera. Su fruta es muy dulce; los indios la comian, y curaban sus heridas con el jugo. Sus hojas son por un lado de un color verde claro, y por el otro casi blancas.

El xagua es un árbol muy alto y muy recto. Con sus ramas formaban sus lanzas los indios. Su fruto es del volúmen de la adormidera. Se saca de él un agua trasparente, con la que los naturales se untaban las piernas y el cuerpo cuando estaban cansados. Esta agua tiene la propiedad de apretar las carnes, y de teñirlas de un negro que dura muchos dias. Los indios se teñian con ella cuando iban á pelear, y lograban dar á su cutis el color y el brillo del azabache.

El copeye es un árbol muy grande y muy duro, en cuyas ho-

jas grababan los indios ciertos signos, con los que, por decirlo así, escribían sus memorias. En los primeros tiempos de la conquista las emplearon los españoles en reemplazo del papel.

El majagua es un árbol gigantesco, de hojas verdes, frescas y anchas. Su fruto tiene la forma de la aceituna y el sabor de la cezeza.

El guaconex es un árbol de las dimensiones del peral. Su hoja es muy parecida á la del granado, su tronco está lleno de sávia, y con sus ramas se hacen teas muy buenas. Cocidas en agua, producen una especie de aceite, que contiene la sangre y cura las heridas de arma blanca. También cura los tumores fríos.

El macagua, por último, es un árbol cuya hoja se parece mucho á la del madroño, aunque es más pequeña y ménos verde. Produce una fruta pequeña, de un color semejante al ámbar. La infusión de sus hojas cura toda clase de granos, los accesos y las llagas.

(L) El tocororo es un pájaro precioso, de color verde tornasolado, con cabeza y collar escarlata, ó azul oscuro y blanco.

(LL) Yerba olorosa y fresca, que apenas sale de la superficie de la tierra. Produce flores grises muy pequeñas y bonitas, que son símbolo de amor.

(M) Reproduzimos casi al pié de la letra, traduciéndolas del francés, estas palabras que atribuye el Sr. Güell y Renté en sus bellísimas *Leyendas americanas* á Anacaona, porque no encontramos otras más expresivas, nada que dé mejor á conocer el carácter y el espíritu de aquella desgraciada reina, que ha encontrado un intérprete digno en el inspirado poeta. Al mismo tiempo que en su libro, hallamos en la historia de los indios y en algunas otras obras la descripción de los árboles, aves y objetos que poseían los indios, con el fin de completar el cuadro que estamos trazando con tan bellos detalles.

(N) Plaza destinada á los juegos de pelota, á que eran muy aficionados los indios. Las pelotas las hacían con resina al fuego, y eran más elásticas que las que se emplean en Europa. En estas mismas plazas se cantaban los areibas y areitos, especie de canciones destinadas á narrar los acontecimientos de la historia, que los ancianos enseñaban á las vírgenes y trasmitían de generacion en generacion.

(Ñ) Especie de vaso hecho con el fruto del higuero, el que llenaban de magüey, bebida que los sacerdotes indios tomaban para recibir la inspiración de los tzímes.

(O) El padre Las-Casas en su *Historia de las Indias*.

(P) Pan blanco que extraían los indios de una raíz llamada ipatex. La molian con dos piedras, la pasaban por un tamiz, y sólo conservaban la sustancia farinácea. Después de amasarla, colocaban la masa entre dos piedras, bajo las cuales encendían una hoguera. De este modo fabricaban unas tortas muy buenas, á las que daban el nombre de cazalis.

(Q) Una real orden mandó que se vendiesen como esclavos en los mercados de Andalucía, según era costumbre de hacerlo con los negros de la costa de África y los prisioneros hechos en la guerra de Granada.

Pero á Isabel la habían interesado profundamente las descripciones del carácter hospitalario y bondadoso de aquellos isleños.

Los descubrimientos se hicieron bajo sus auspicios; se creía patrona especial de los pueblos del Nuevo Mundo, y anticipaba con piadoso entusiasmo la gloria de conducirlos desde las tinieblas á los senderos de la luz.

Se resistía su ánimo compasivo á tratarlos como esclavos, á pesar de las costumbres de aquel tiempo.

Cinco días después de la real orden para la venta, escribieron los soberanos al obispo Fonseca, suspendiendo aquel mandato hasta que se averiguase la causa por que habían sido los indios hechos prisioneros, y se consultase á los teólogos si sería su venta lícita á los ojos de Dios. Muchas opiniones diversas emitieron los doctos sobre este asunto, y la reina se decidió definitivamente según el dictámen de su ilustrada conciencia y caritativo corazón.

(R) Así llamaban los indios al huracán, y esta palabra, más ó ménos modificada, ha servido desde entonces á todos los idiomas para expresar esos horribles temporales que por primera vez descubrieron los europeos en aquella región del mundo.

(S) Esta suma equivale á 3.195 pesos fuertes.

(T) Aquel terreno bajo de la costa era el que se halla interceptado por los numerosos brazos ó ramales del río Orinoco.

(U) El guanaco es una especie de lagarto, de la familia del cocodrilo, aunque más pequeño. Su deformidad y asquerosa vista ha

causado repugnancia desde el principio á los españoles; pero el adelantado Bartolomé Colon, invitado á comerle por Anacaona, no quiso despreciarla, y gustó el guanaco. Tan bien le supo, que repitió dos ó tres veces. Sus compañeros le imitaron, y muchos de ellos, al volver á España, aseguraban que su carne era mucho más agradable que la del faisán y la perdiz. (*Pedro Mártir.*)

(V) Esta version se encuentra en un escrito de fray Roman Pane, uno de los misioneros que predicaban el Evangelio en aquella época entre los indios.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

PARTE TERCERA.

Las armas de la envidia.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I. —La cueva de una gitana.....	5
II.—Donde Aguado empieza á seguir al pié de la letra los consejos de la gitana.....	17
III.—Un desaire.....	50
IV.—Aberraciones.....	46
V.—La venganza de un marido.....	62
VI.—Expiacion.....	71
VII.—Fin de un drama.....	81
VIII.—El peregrino.....	93
IX.—La resoluciou de un padre.....	104
X.—Ardides femeniles.....	113
XI.—Donde se cuenta cómo asistió Bartolomé Colon al descubrimiento del Cabo de Bue- na Esperanza.....	125
XII.—Aclaraciones.....	132
XIII.—Sitio y defensa del fuerte de Santo Tomás..	145
XIV.—Intrigas de Flor de Palma.....	155

XV.—Donde Bartolomé Colon comunica á su hermano la desercion de Margarite y de otros conjurados.....	164
XVI.—Reconciliacion.....	174
XVII.—Un nuevo triunfo de Colon.....	181
XVIII.—Donde Guarionex forja sin saberlo sus propias cadenas.....	190
XIX.—La vanidad.....	199
XX.—Un lazo.....	209
XXI.—El valor de la desesperacion.....	219
XXII.—Un rayo de luz.....	224
XXIII.—Entereza de Caonabo.....	232
XXIV.—Una triste profecia.....	242
XXV.—La primera batalla en el Nuevo Mundo.....	250
XXVI.—El tributo.....	256
XXVII.—La esposa de Guarionex.....	268
XXVIII.—Muerte de Guacanajari.....	276
XXIX.—La maledicencia.....	284
XXX.—Los calumniadores.....	291
XXXI.—Perfidia.....	302
XXXII.—Rehabilitacion.....	311
XXXIII.—Astucia femenil.....	318
XXXIV.—Al maestro cuchillada.....	327
XXXV.—Arcanos de la Providencia.....	334
XXXVI.—El fantasma.....	343
XXXVII.—Donde se vé cómo un malvado muere á manos de la honra.....	352
XXXVIII.—Donde aparece el tigre bajo el cordero.....	367
XXXIX.—Dios y el hombre.....	379
XL.—La conversion de Uiguanamela.....	392
XLI.—Adonde se prueba una vez más que no hay mal que por bien no venga.....	398
XLII.—Las minas de Hayna.....	410
XLIII.—Hambre á bordo.....	418
XLIV.—El valor de la desesperacion.....	429
XLV.—Consejos de un moribundo.....	437
XLVI.—Donde Colon habla á los reyes, y disipa sus dudas.....	442

XLVII.—Los juegos de la fortuna.....	450
XLVIII.—El arte de hacer fortuna.....	461
XLIX.—Temores y dudas.....	469
L.—Donde se acaba la paciencia al almirante...	476
LI.—Descubrimiento de la Trinidad.....	487
LII.—Impresiones de viaje.....	493
LIII.—Descubrimiento del Golfo de Paria.....	500
LIV.—Donde se forma idea de los indios de Paria, y se saben algunos pormenores curiosos de aquel país.....	508
LV.—Donde Bartolomé Colon obedece las órdenes de su hermano, y va á Xaragua con áni- mo de engañar á Anacaona.....	519
LVI.—Historia de un hombre malo.....	526
LVII.—Diplomacia sentimental.....	537
LVIII.—Alegrias tristes.....	545
LIX.—Mayabonex.....	556
LX.—Profanacion.....	565
LXI.—Historia de un cuento.....	570
LXII.—Donde verá el lector indios buenos y espa- ñoles malos.....	575
LXIII.—Los rebeldes.....	582
LXIV.—Negociaciones de Bartolomé Colon con los rebeldes.....	592
LXV.—Un hombre desalmado.....	599
LXVI.—Donde se vé que es cierto que la Providen- cia ahoga, pero no aprieta.....	607
LXVII.—Pedro Coronel.....	615
LXVIII.—Heroismo.....	620
LXIX.—Desastres de la guerra.....	629
LXX.—Un hombre vil.....	641
LXXI.—Miguel Ballester.....	651
LXXII.—De necesidad virtud.....	665
LXXIII.—Donde se vé cómo juega la maldad con la buena fé.....	672
LXXIV.—Que es poco más ó ménos una continuacion del anterior.....	682
LXXV.—Una historia dentro de otra.....	695

LXXVI.—Ventajas de no dejarse seducir por las ma- las tentaciones.....	707
LXXVII.—Intrigas.....	717
LXXVIII.—Ardides de Magia.....	726
LXXIX.—Indignacion y severidad.....	738
LXXX.—Bobadilla.....	745
LXXXI.—Un juez apasionado.....	756
LXXXII.—La popularidad.....	763
LXXXIII.—Leales y traidores.....	772
LXXXIV.—Donde se vé cómo sufren las adversidades los hombres de gran corazon.....	778
LXXXV.—El colmo de la infamia.....	788

